

Todos los Latidos  
rotos de mi  
Corazón



LORRAINE COCÓ

© 2018, Todos los latidos rotos de mi corazón.

© Lorraine Cocó

© Imágenes originales para la portada, Adobe Stock Photo

Lectoras cero: Marisa Gallen Guerrero

Mónica Agüero Fernández

Diseño de portada: Alicia Vivancos

Corrección: Violeta Triviño

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción,  
distribución,  
comunicación pública o *transformación* de la obra, solo podrá realizarse  
con  
la autorización expresa de los titulares del copyright.

[Agradecimientos:](#)

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[CAPÍTULO 24](#)

[CAPÍTULO 25](#)

[CAPÍTULO 26](#)

[PRÓXIMA PUBLICACIÓN](#)

[SOBRE LORRAINE COCÓ](#)

[OTRAS OBRAS DE LA AUTORA](#)

*Todos los corazones se rompen en algún momento,  
el mío solo hizo más ruido al quebrarse.*

Quiero dedicar este libro a mi marido, Bruno.

Tú, yo, y las vueltas del destino.

## **Agradecimientos:**

Esta es mi novela número veinticuatro, y os puedo asegurar que la experiencia no hace más sencillo escribir los agradecimientos en un libro. Siempre temes dejarte a alguien en el tintero, no agradecer lo suficiente a tus lectoras y a las personas que te ayudan en el proceso. Todas sabéis quiénes sois, y el lugar que ocupáis en mi corazón. Así que no me queda decir más que: os quiero. Y me siento honrada de que todas; lectoras, amigas, compañeras... forméis parte de mi vida. Espero no perderos nunca.

## CAPÍTULO 1

El traqueteo del autobús, a causa de un bache en la carretera, provocó que su cabeza chocase contra el cristal. Había estado apoyada en él, durmiendo las últimas dos horas. Confusa, se frotó la frente y parpadeó varias veces antes de enderezarse en el asiento, intentando desentumecerse. Entonces vio a su nueva compañera de viaje; una señora mayor que cargaba sobre su regazo una enorme cesta de mimbre de la que sobresalían algunas zanahorias y ramas de apio.

Debía haber subido en la parada anterior.

Se dispuso a sonreírle cuando un nuevo zarandeo la removió en el sitio y, entonces, como si de un mago con chistera se tratase, de la cesta asomó la cabeza de una fea gallina. Dio un respingo en el sitio. No es que fuese la primera vez que veía una, pero aquella la miraba con la cabeza ladeada, como si estuviese sopesando la idea de saltar a picarle la nariz.

Por suerte su vecina de asiento la hizo volver al interior de un manotazo, apoyó uno de sus rollizos brazos sobre la tapa y posó un dedo sobre los labios, pidiéndole que guardase el secreto sobre la presencia de la pequeña polizona. Abby le brindó una sonrisa escueta y la mujer le devolvió el gesto, mostrándole su mellada dentadura. Decidió que era mejor concentrarse en la carretera los últimos kilómetros que le quedaban de viaje.

Ya podía apreciar en la lejanía las formas de las edificaciones más altas de su ciudad natal; Destiny, un pueblecito pintoresco y tan diminuto que había que

mirar el mapa dos veces para percatarse de su presencia. Divisó el torreón de la iglesia pugnando por asomar entre los árboles, e instintivamente, sabiendo lo poco que le quedaba para llegar, su cuerpo reaccionó y empezó a rebotar las piernas impulsándose con las puntas de los pies. Un gesto nervioso que la acompañaba desde la infancia y que la convertía en absolutamente irritante, según su hermana mayor.

—¿Vuelve a casa, muchacha?

La pregunta la pilló desprevenida. Miró a la anciana, cuyo análisis no tenía nada que envidiar al de su gallina.

—No... Sí...

—¿No o sí? —la interrumpió antes de que pudiese explicarse.

—Solo por una temporada. No voy a quedarme mucho.

—Pues es una pena. Destiny es un lugar precioso. Yo vivo en Nashville, pero mi marido era de aquí. Cuando mi Josh vivía, veníamos siempre que podíamos a pasar el día...

Sabía que no debía preguntar, pues la mujer parecía cada vez más dispuesta a contarle su vida, pero la pregunta se formuló en sus labios sin querer. Tal vez porque llevaba más de treinta y seis horas sin mantener una conversación con alguien que no habitase en su mente.

—¿Josh era su marido?

La mujer abrió mucho los ojos y sacudió la cabeza con energía.

—¡Nooo! Era mi caballo. Aunque si no hubiese sido tan testarudo, y a mí



hubiesen gustado menos los hombres, habría sido mejor esposo que el que me tocó en suerte. A lealtad no le ganaba nadie a mi Josh.

Abby apretó los labios para no irrumpir en carcajadas. Ya casi había olvidado la excentricidad de las gentes de su tierra. La anciana comenzó a reír mostrando abiertamente ya su dentadura llena de huecos, y el gesto la contagió haciendo que se uniese a ella.

El autobús se detuvo quince minutos más tarde, cuando Esther, que así se llamaba la señora, le relataba algunas más de las asombrosas habilidades que había tenido «su Josh».

—¡Vaya, qué pena! ¡Hemos llegado! Estaba a punto de contarte cómo me salvó en una ocasión de ser zampada por un caimán.

—Sin duda es una historia que habría merecido la pena oír —le dijo sin parar de sonreír mientras se incorporaba para recoger su equipaje, consistente en una única y gran mochila.

Aquella mujer, aunque peculiar, era divertida y había hecho que durante los últimos kilómetros se relajase lo suficiente como para olvidar el inminente reencuentro con su hermana.

—Pues si alguna vez pasa por Nashville, no dude en preguntar por la vieja Betsy, cualquiera le indicará dónde está mi casa.

—¿Pero usted no se llamaba Esther...?

—Sí, Betsy es el nombre de mi cerda, la más hermosa y famosa del condado.

Aquella mujer cada vez le caía mejor.

—No dude que, si paso por allí, la buscaré para que me cuente más anécdotas sobre sus animales. Esther, ha sido un placer conocerla.

—El placer ha sido mío, muchacha —aseguró la anciana tras apartarse para que ella pudiese salir de su asiento—. Y si me permite un consejo... No le cierre las puertas al destino. Él es más sabio que nosotros.

—Aquella última afirmación y la mirada brillante e intensa de la mujer, mientras la pronunciaba, la dejaron confusa en el sitio.

Como si su comentario hubiese sido la despedida más normal del mundo, Esther volvió a su asiento y se dispuso a dar algunas migas que llevaba en el bolsillo a su fea gallina, ya ignorándola a ella por completo. Durante una centésima de segundo estuvo tentada de agacharse a preguntarle por qué le había dicho algo así, pero entonces el conductor del autobús dio el último aviso para que bajasen los pasajeros. Con su mochila al hombro y una mueca en los labios, abandonó el autobús.

En cuanto sus pies tocaron el suelo de Destiny el latido de su corazón se precipitó en una carrera. Miró su pulsera de actividad, en la muñeca derecha, y esta le indicó que estaba a punto de llegar a las noventa pulsaciones. Resopló y se colocó ambas asas de la mochila, ajustándola a la espalda. Era mejor hacer aquello de una vez; rápido y sin contemplaciones. Si se lo pensaba un segundo tomaría otro autobús que la sacase de allí cuanto antes. Y solo había dos cosas que se lo impedían; una, estaba sin blanca. Y dos, su hermana era capaz de buscarla por todo el país para dar con ella, por lo que era mejor entregarse

voluntariamente.

Tomada la decisión, comenzó a caminar por la calle principal de la pequeña ciudad que la vio nacer, y en cuanto inhaló el aroma de las flores que decoraban los maceteros de la acera, los recuerdos se agolparon en su mente, llenándola de imágenes del día que decidió marcharse de allí.

Solo habían pasado nueve meses. Y aun así sentía que, desde aquel día hasta el momento, había transcurrido una vida entera. Se había marchado de allí con la mochila cargada de inseguridades y ahora regresaba llena de experiencias. El problema era que regresar a su ciudad era volver a los recuerdos, al pasado, a todo lo que había querido dejar atrás con su marcha; regresar al dolor. Sin querer pensar en ello aceleró el paso mirándose la punta de las botas y aferrándose a las asas de la mochila, hasta que sus nudillos blanquearon. Estaba a dos manzanas de la peluquería de su hermana. No imaginaba lo que diría al verla allí, pero la sola idea de tener que explicarse hizo que se le secase la boca. Llevaba meses sin ponerse en contacto con ella, más por vergüenza que por desgana. Laila era su hermana mayor y la única familia que le quedaba, junto a su cuñado y su sobrino, Nicholas. Los tres eran su mundo. Y, aun así, tras la muerte de sus padres, tuvo la necesidad de alejarse de ellos.

Seguía teniendo la boca seca y miró hacia la derecha. Al otro lado de la carretera estaba el Stardust, la mejor cafetería de la ciudad. Cuando vivía allí, y hasta el día de su marcha, había ido a diario a tomar uno de sus fantásticos batidos. De hecho, el delicioso sabor de su mezcla de vainilla y tofe era el que la

había acompañado durante su partida, pues lo último que hizo en Destiny fue caer en la tentación de tomar su bebida favorita.

Como cada mañana se había dirigido allí, había hecho su pedido a Sandra, la dependienta del establecimiento desde hacía más de cuarenta años, y había esperado que se lo prepararan mientras ojeaba por encima el periódico local, sobre el mostrador. Nadie a su alrededor habría podido imaginar, viéndola allí con su habitual sonrisa, que bajo esta escondía el nudo que atenazaba sus entrañas por los nervios. Estaba a punto de abandonarlo todo, de saltar al vacío de una existencia sin red bajo sus pies, sin un plan definido. Recordó que el corazón se le desbocó y que con ansiedad miró su pulsera de actividad para comprobar su pulso mientras salía por la puerta del establecimiento, ya con su batido para llevar en la mano.

Y entonces chocó con él; el hombre más guapo que había visto en su vida.

Sus miradas quedaron enlazadas entre disculpas atropelladas, sonrisas espontáneas y cierta e inesperada curiosidad. Se recorrieron sin disimulo y volvieron a sonreír. Recordaba, como a cámara lenta, su mirada gris y cálida. O tal vez fuese ella la que de repente sintió hervir cada poro de la piel, como si el aire ardiese en sus pulmones y se extendiese por su cuerpo con cada inhalación. Caminaron unos cuantos pasos más en dirección contraria. Él entraba en la cafetería, mientras ella la abandonaba. Y aun así no dejaron de mirarse, como si miles de preguntas se formularan en el aire, rodeándolos. Como si el tiempo se hubiese detenido para que pudiesen verse solo el uno al otro. No recordaba lo

que había pensado, tal vez porque se limitó a sentir. Hasta que la alarma de su reloj, con su pitido estridente, la sacudió de la forma más brutal del embrujo del momento. Parpadeó varias veces y se pasó la mano por la frente, recordando que tenía un autobús que tomar. Un autobús que la llevaría lo más lejos posible de allí. El corazón se le detuvo en el pecho en ese momento.

Rompió el lazo con aquella turbadora mirada bajando el rostro, soltó el aire con pesadez y se giró sin dejar que la necesidad creciente que se anidaba en su pecho de volver a la cafetería, la detuviese. Tenía que marcharse de allí, y la súbita, inesperada e inexplicable atracción por un desconocido, no impediría que lo hiciera.

Se prometió a sí misma que no volvería a pensar en él, pero una vez más, como en los últimos nueve meses, aquel recuerdo había inundado su mente. Era ridículo, se dijo. Nunca más volvería a ver a ese hombre. No era de allí. Conocía a todo el pueblo y jamás lo había visto. Debía estar de paso por la ciudad que tenía abundantes y frecuentes visitantes.

Metió la mano en su bolsillo y sacó, en un puñado, las dos coronas noruegas, los cinco francos suizos, el montón de euros, y una mezcla de pesos argentinos y rupias de la India. Nada más que chatarra. Ese era todo su capital, por el momento. Ni siquiera podía ir a tomarse un batido de vainilla y tofe en su precario estado económico.

Tal vez era mejor así. Si se detenía en la cafetería podía sentirse tentada de volver a huir, y había llegado el momento de enfrentarse a su hermana. Hacía

tres días que le había hecho llegar un mensaje a través de una amiga en el que decía que debía volver a casa y que era cosa de vida o muerte. Con lo último que tenía había tomado un vuelo desde Nueva Delhi ese mismo día. Y allí estaba, temiendo la noticia que debía darle, y sintiendo que no podría afrontar más pérdidas.

El dolor quiso abrirse paso en su pecho, pero ella aceleró el paso, como si así pudiese huir de él. Y en unas cuantas zancadas se encontró frente al escaparate de la peluquería de su hermana. Abrió la pesada puerta antes de pensarlo una segunda vez. Los olores tan familiares para ella, de tintes, champús, lacas y demás productos para el cabello, llegaron hasta ella, al tiempo que una jovencísima voz le daba la bienvenida al establecimiento desde el mostrador de recepción, abriéndose paso entre el ruido de los secadores. Sin escucharla apenas recorrió con la mirada la peluquería hasta que divisó, un par de puestos más adelante, a su hermana, de espaldas a ella.

A través del espejo, como si hubiese sentido su presencia, esta le devolvió la mirada y su estómago se encogió dolorosamente.

## CAPÍTULO 2

—¿Abby...?

La voz de Laila mostró sorpresa y ella solo se atrevió a sonreír con nerviosismo.

—Eleanor, dime una cosa —oyó que su hermana preguntaba a la mujer a la que estaba peinando—, ¿tú también estás viendo a mi hermana, o son imaginaciones mías?

Abby hizo una mueca y cruzó los brazos sobre el pecho. Haciendo alarde del sarcasmo que la caracterizaba su hermana hizo que la mujer se girase para reconocerla.

Eleanor Coldwater, antigua maestra en la escuela de la ciudad, achicó la mirada entrecerrando los párpados y giró el rostro estirando el cuello, cual tortuga, para verla mejor. Después volvió a mirar a su hermana a través del espejo y confirmó sus sospechas.

—Es ella. Aunque le hacen falta un par de buenos guisos que se peguen a sus huesos, no hay duda de que es la pequeña Sutton. Reconocería esos ojos azules e insolentes en cualquier sitio.

Laila tomó aire profundamente, hasta el punto de alzar los hombros con el gesto.

—Eso me parecía —dijo mientras se guardaba las horquillas y el peine con los que recogía el cabello a la mujer en los huecos de su delantal, con

premeditada lentitud.

Abby resopló sabiendo que lo estaba haciendo deliberadamente, con el propósito de impacientarla. Finalmente giró sobre sus talones y la encaró con gesto indescifrable, mientras se desataba el mandil. Abby decidió caminar hacia ella. Sabía que su hermana tenía muchas cosas que reprocharle, sobre todo la forma en la que había decidido marcharse de allí, sin contarle sus planes, sin despedirse siquiera. Tan solo con una nota que había dejado junto a su taza del desayuno. Pero por encima de su enfado vio en sus ojos que la había añorado tanto como lo había hecho ella.

Envalentonada, dejó caer la mochila al suelo y corrió hacia ella. No fue hasta que estuvo en sus brazos que se percató de que algo no cuadraba en aquel saludo. Se separó lo suficiente para mirar entre las dos y encontrarse con la prominente barriga que le impedía estrujarla con fuerza.

—¡Estás... muy gorda! —soltó alucinada.

—Bonitas primeras palabras después de nueve meses de ausencia. ¿Has tardado mucho en decidir las? —le preguntó alzando una de sus oscuras y perfectamente delineadas cejas.

—¡Nooo! Porras, Laila, ¡estás gordísima! —recalcó.

—Se llama embarazo gemelar. Y si vuelves a hacer alusión a su tamaño —dijo señalando su abultado vientre—, te juro que te rocío con tinte azul de los pies a la cabeza.

—Ya veo que estos niños también sacan lo peor de ti. En el embarazo de



Nico estabas como poseída. Y ahora son dos... —Abrió los ojos desorbitadamente mientras acariciaba la barriga de su hermana.

—Tú sacas lo peor de mí. Y aun así te quiero.

Abby levantó el rostro para clavar la mirada en la de su hermana mayor, tan azul e intensa como la suya. Y leyó la mezcla de decepción y dolor que había estado evitando durante aquellos meses.

—Y yo a ti... Sabes que te quiero. Y siento...

—No, no, no. De eso nada. No permitiré que te disculpes de cualquier manera, con un par de frases sacadas de alguna postal barata. Tú y yo vamos a tener una conversación de esas que duran horas y en las que terminas llorando.

—¡Yo no lloro! Eres tú la que siempre se emociona.

—Tengo vídeos que demuestran lo contrario.

Abby apretó los labios, pero su hermana ignoró el gesto y volvió a girarse hacia su clienta, manteniendo el brazo sobre sus hombros.

—Señora Coldwater, tiene toda la razón, mi hermana se ha quedado en los huesos. ¿Qué recomienda como tratamiento de choque?

—Un buen asado con patatas y cebollas devolvería algo de color a esas mejillas —dijo la anciana, escrutándola de arriba abajo, para detenerse en su rostro.

—Yo también me alegro de verla, señora Coldwater —le respondió ella con una sonrisa.

La anciana sacudió la mano en respuesta antes de meter la cabeza de nuevo

en el suplemento del periódico semanal. Y Laila y ella se echaron a reír.

—¡Abby! ¡Por todos los demonios! ¿Qué haces aquí? —preguntó Shioban, la más antigua de las empleadas de la peluquería, ya que esta entró en el negocio en los tiempos en los que su madre era quien lo regentaba.

Abby se giró hacia ella y en un segundo se vio envuelta en sus brazos. Olía como siempre, a una mezcla de canela y naranja, y cerró los ojos, reconociendo uno de los signos de estar en casa. La mujer tenía unos diez años más que Laila, y la conocían de toda la vida, pero podía asegurar que su cabello negro como el azabache, trenzado en un moño alto, y su tez canela, no habían cambiado un ápice en todos aquellos años.

—Mi hermana me escribió y aquí estoy... —dijo aún entre sus brazos.

—Me alegro de que haya tenido algo de juicio y te haya llamado al fin. Es muy tozuda, pero está claro que necesita ayuda. Con su problema con el embarazo...

—¿Qué problema? —preguntó interrumpiéndola.

—No es nada importante... ¡Maldita sea, Shioban, acaba de llegar y ya la vas a asustar! —protestó su hermana dándose la vuelta y dirigiéndose a la señora Coldwater con la intención de volver al trabajo para evitar la conversación.

—¿Asustarme? —Fue tras ella—. ¡Tu mensaje decía que era cosa de vida o muerte! ¿Crees que, de no haber estado ya asustada, habría cogido un vuelo para cruzar medio mundo en tres días?

Laila se limitó a encogerse de hombros mientras rociaba la cabeza de la

señora Coldwater con tanta laca como para acabar con la mitad de la capa de ozono.

Tras toser unas cuantas veces mientras sacudía la laca con la mano, Abby volvió a la carga.

—¿Qué es lo que pasa? ¿Te pasa algo a ti? ¿A los bebés?... ¿A Nicholas...?

Abby tomó a Laila por los hombros y la giró obligándola a enfrentarse a ella. Clavó su mirada azul e inquisitiva en la de su hermana mayor y la instó a responder.

—Los bebés están bien, de momento. Tengo más de cuarenta años —dijo bajando la voz y mirando a un lado y a otro, como si todo el pueblo, que las había visto crecer, no supiese de sobra la edad que tenía—, y eso convierte mi embarazo en uno de alto riesgo. El hecho de que sean gemelos solo complica las cosas un poco más. Pero los médicos dicen que estoy bien...

—¡Dicen que tiene que hacer reposo y tomarse las cosas con calma! Trabajar nueve horas diarias, de pie, ¡no es hacerlo! —gritó Shioban, tres puestos más alejada de ellas, por encima del ruido del secador.

—¡Maldita sea, Sib, tienes el oído de una tísica y la lengua de una cotorra! —le gritó su hermana desde su sitio.

Abby se tapó los oídos con los dedos para que su hermana no le reventara los tímpanos. La respuesta de Shioban fue una carcajada y la de su hermana una mueca molesta.

—Está claro que tenemos que hablar de esto también —le dijo Abby con

preocupación.

Laila volvió a tomar aire con pesadez y apoyó ambas manos en los riñones.

—Lo haremos, en la cena. Pero ahora, si quieres hacer algo útil, ¿por qué no vas a recoger a Nicholas de la escuela? Tenía que traer su trabajo de ciencias y él solo no podrá cargar con él hasta casa.

Abby terminó por asentir, aunque sin estar muy conforme. Como había dicho a su hermana, había recorrido medio mundo bajo la advertencia de «vida o muerte», y ahora quería que postergasen aquella conversación hasta la cena. Iba a pasarse todo el día dándole vueltas a la cabeza.

—Está bien, iré a por él. Tengo ganas de achuchar a mi sobrino.

—Seguro que se vuelve loco cuando te vea. Pero antes pásate por casa, date una ducha y cámbiate, hueles a caballeriza y pareces una vagabunda.

Abby repasó su indumentaria; unos pantalones cargo color caqui, desgastados y polvorientos, y una camiseta blanca y arrugada, dos tallas más grandes que la suya. Agachó el rostro para olerse y comprobó que, tras treinta y seis horas de autobús, no olía precisamente a rosas y, con una mueca, aceptó que la sugerencia de su hermana no era mala idea.

Se agachó a tomar la mochila del suelo y se la colocó de nuevo a la espalda. Estaba a punto de girarse hacia la puerta cuando la voz de su hermana la detuvo.

—¡Abby! Me alegro de tenerte de nuevo en casa. Te he echado de menos.

Sus palabras se le clavaron en el corazón.

—Y yo a ti —fue lo único que fue capaz de decir, envuelta en la congoja de

la emoción, antes de salir.

## CAPÍTULO 3

—Doctor West, el señor Cooper aguarda en la sala de espera.

Ryan resopló levantando la cabeza de las anotaciones que hacía en el expediente del último paciente al que había atendido. Llevaba un doble registro de cada uno de ellos. Uno lo dejaba en la base de datos de la clínica y otro, escrito a mano y más personal, lo guardaba en los archivadores bajo llave de su despacho. Le daba más trabajo, pero su meticulosidad le impedía hacerlo de otra manera.

Ojeó por encima la agenda tras ver la mueca de la recepcionista de la clínica de la que era copropietario con otra doctora.

—No tenía cita para hoy, ¿verdad? —preguntó finalmente, temiéndose lo peor.

—Así es. Dice que es una urgencia y que no puede esperar.

Ryan sabía qué tipo de urgencia tenía el señor Cooper. Era hipocondríaco, y con demasiada frecuencia creía que sufría toda clase de extrañas enfermedades que aseguraba que iban a acabar con su vida de manera inminente. Normalmente las elucubraciones de su paciente no le molestaban. Dedicaba todo el tiempo necesario a hacerle entender que no estaba en lo cierto e incluso ordenaba algunas pruebas para asegurarse de que se quedaba tranquilo, pero aquel día tenía algo de prisa. La profesora de Olivia, su hija de once años, lo había citado a la salida de la escuela y no podía llegar tarde.

Miró su reloj y tomó aire armándose de paciencia.

—Está bien, Eliza, hágalo pasar —le dijo finalmente. Y la chica, tras asentir, cerró la puerta para avisar al paciente.

Podía haberle pasado el caso a su socia, pero no le gustaba hacer ese tipo de cosas salvo en ocasiones vitales. El señor Cooper era paciente suyo desde que llegó al pueblo hacía nueve meses y creía haber hecho progresos con él. Fue su primer paciente el día que comenzó a trabajar en la clínica, tras instalarse en Destiny. Y aunque al principio sus visitas eran cada dos o tres días, habían conseguido reducirlas a una por semana, salvo en casos excepcionales como el de ese momento.

El anciano, a pesar de su avanzada edad, aún golpeaba con fuerza con sus huesudos nudillos. Cerró el expediente de su escritorio al escucharlo y se levantó para recibirlo.

—¿Qué tal, señor Cooper? ¿A qué debo el honor de su visita esta mañana? No esperaba verlo hasta dentro de unos días.

El anciano sacudió la cabeza un par de veces mientras arrastraba con cansancio los zapatos para entrar en la consulta.

—¡Ay, joven! ¡No sabe lo que acabo de averiguar!

—No me diga que ha estado usted viendo páginas médicas por Internet, otra vez —apuntó Ryan temiéndose lo peor.

Aun no podía entender cómo a sus setenta y ocho años el hombre era tan hábil con los ordenadores. Algo que a él le complicaba tremendamente las cosas,

pues no había nada más peligroso para una persona con su patología que tener la ventana de Google permanentemente abierta para saciar todas sus curiosidades.

Lo ayudó a llegar hasta la camilla, tomándolo por el codo, hasta que se acomodó sentado sobre ella.

—Pues sí..., pero no me riña. Esta vez no ha sido cosa mía, sino de mi nieta. Se dejó el ordenador abierto en el salón y yo pasaba por allí...

—Y echó un vistazo...

—¡No! Es que ella tenía abierta esa página. Fue más por preocupación hacia ella que otra cosa, ¿me entiende?

—Claro, claro... No se preocupe. Pero dígame, ¿qué clase de enfermedad cree usted que puede estar sufriendo? —lo interrogó sin terminar de creerse la excusa de la nieta. No veía a Sofie, la joven de veinte y pocos años, muy interesada en medicina. Y al señor Cooper últimamente le había dado por las enfermedades tropicales y extrañas.

—Clamidia. Estoy seguro de tener clamidia.

Ryan, que había estado esperando la respuesta del anciano con la cabeza baja, la alzó al instante al tiempo que un violento ataque de tos se apoderaba de él.

—¿Está usted bien, joven? A ver si le ha contagiado algo alguno de esos pacientes enfermos que vienen a verlo... —dijo el hombre cayendo en la cuenta de que estaba en un entorno de alto riesgo.

Comenzó a mirar a un lado y a otro como si fuera capaz de escanear, con sus



viejos ojos ambarinos, los virus y microbios que pudiesen estar acechando a su alrededor.

—Tranquilo, señor Cooper, mi consulta es desinfectada a diario —lo tranquilizó, al tiempo que daba un sorbo de agua tras llenarse un vaso de la máquina expendedora—. Centrémonos, ¿cree usted que tiene... clamidia?

El anciano miró un par de veces más a su alrededor, pero finalmente decidió que el tema de su enfermedad era más importante y fijó la vista en el doctor.

—Sí, clamidia. Es que fíjese, en el artículo que tenía abierto mi nieta decía que se puede contagiar a los ojos. ¿Y no ve usted que tengo este ojo derecho más enrojecido de lo normal?

Ryan inspiró con fuerza mientras apretaba los labios para contener una risa poco profesional.

—Señor Cooper, su ojo está perfectamente. Y siento tener que hacerle esta pregunta, pues ya me hizo saber usted en una ocasión que es un caballero y que hay ciertos temas de los que no habla, pero... ¿ha tenido usted relaciones sexuales recientemente?

El hombre lo miró pasmado, sin entender a qué venía esa pregunta.

—Es muy importante, señor.

—Pues, aunque no sea de su incumbencia, le diré solo por aclarar el tema de mi salud, que no... Hace más de un año que no visito hembra alguna.

—Ya veo —dijo Ryan con seriedad—. Pues puede estar usted tranquilo porque no hay posibilidad de que haya contraído clamidia.

—¿Está usted seguro? Mire que el ojo me pica como el culo a un perro con pulgas. —Y para ilustrar sus palabras el anciano se frotó vigorosamente el ojo, dejándose definitivamente enrojecido.

—No se preocupe, es un picor normal. Se le pasará en un par de días si se limpia el ojo con un algodón y agua de manzanilla. Se lo aseguro.

—Bueno..., si usted lo dice... Sabe que confío en su palabra. Es usted el mejor médico que he tenido en mi larga vida.

—Lo sé, me lo dice en cada visita. Así que créame, solo lavados con agua de manzanilla.

—Así lo haré entonces —aseguró el anciano bajando de la camilla, con una facilidad de movimientos que no tenía al llegar. Lo vio dirigirse a la puerta con paso resuelto.

Ryan se quedó pensando unos segundos mientras lo veía marchar.

—Señor Cooper...

—Dígame, joven.

Fue hasta él antes de que abriese la puerta.

—Estoy seguro de que su nieta necesitaba la información para algún trabajo de la universidad... Y creo que yo puedo darle documentación más fiable, proveniente de mis libros de medicina. ¿Podría decirle que se pase por mi consulta lo antes posible? —dijo teniendo claro que las sospechas de tener clamidia sí eran una posibilidad real en la nieta de su paciente.

—Por supuesto —aseguró el anciano con una gran sonrisa—. El mejor

médico que he tenido nunca, ya se lo digo— repitió complacido.

—Gracias por su visita, señor —se despidió con una sonrisa.

En cuanto cerró la puerta de su despacho sacudió la cabeza sonriendo. Le encantaba su trabajo. Y más los habitantes de aquel pequeño pueblo de Alabama.

Miró su reloj de nuevo y se dio cuenta de que apenas contaba con diez minutos para llegar a la escuela de Olivia. Sin demora se quitó la bata y tomó sus cosas del primer cajón del escritorio. Un minuto después salía de la consulta tras despedirse de Eliza con la mano, dispuesto a descubrir qué tenía que decirle la señorita Brice de la díscola de su hija. Torció el gesto y se preparó para lo peor.

## CAPÍTULO 4

Abby salió de la ducha y se envolvió en una de las mullidas toallas que cuidadosamente lavaba su hermana, con las mismas técnicas que en su día utilizó su madre. Se acercó el filo de la tela hasta la nariz y la olió, inundándose del aroma del jabón de Marsella y el ramillete de lavanda que colgaba su hermana en el armario de la ropa de casa. Cerró los ojos y por un segundo rememoró la sonrisa de su madre. La recordaba perfectamente cuidando de aquellas prendas, en aquella misma casa, en el hogar que la vio nacer y crecer.

Tras la muerte de sus padres Laila se negó a vender la propiedad y decidió mudarse allí con su marido y su hijo. Y por lo que veía, también había resuelto mantener su cuarto tal y como ella lo dejó. Se sentó sobre la cama, frente a las puertas abiertas del armario y resopló. Llevaba nueve meses vistiendo con pantalones desgastados y camisetas raídas. Pero allí estaba toda su ropa, la de su vida anterior. Antes de que todo pasara, antes de que su mundo se rompiera en mil pedazos y su corazón se partiera sin remedio, para siempre.

Frente a sus ojos desapareció el armario y todo su colorido contenido, y brotó la enorme cristalera de la terminal desde la que se veían las pistas del aeropuerto J.F.K. Aún recordaba estar expectante y tan nerviosa que sus piernas cobraron vida propia y rebotaban contra el suelo enérgicamente. El señor sentado a su lado, que hasta el momento había estado concentrado en su periódico, la miró con gesto de desaprobación y se detuvo inmediatamente.

Frotó las manos contra los muslos y cuando sus piernas volvieron a adquirir vida propia, se levantó como un resorte. Miró su reloj de pulsera y comprobó que ya solo quedaban unos minutos para que sus padres aterrizasen.

Era curiosa la forma de trabajar de la mente humana. Apenas recordaba lo que había comido la semana anterior, pero podía revivir en su mente cada segundo, cada pensamiento y cada detalle de aquel día de hacía diez meses.

Ojalá pudiese olvidarlo.

El día que cambió todo Abby llevaba dos semanas en Nueva York, en casa de una de sus antiguas compañeras de la universidad. Esta la había acogido en su pequeño apartamento mientras realizaba unas pocas entrevistas para las revistas femeninas más importantes de la actualidad. Había sido su sueño desde niña; convertirse en periodista y trabajar en la Gran Manzana como reportera para uno de aquellos monstruos de la información. Y lo había conseguido. Su sueño se había hecho realidad cuando dos días antes había recibido la llamada de la directora editorial de *ADICTIVE*, la revista femenina más importante del momento, dándole la bienvenida a sus filas. Cuando habló con sus padres y les contó la noticia, estos no tardaron en sorprenderla con un viaje relámpago a Nueva York para celebrar juntos su éxito.

De no haber sido por ella sus padres jamás habrían tomado ese vuelo.

La visión de la terminal desapareció de sus ojos cuando estos se inundaron de lágrimas. Y el dolor volvió a hacerse tan intenso como para sentirlo recorrer sus venas y atenazar cada centímetro de su piel, hasta las yemas de sus dedos.

Intentó inhalar profundamente, pero el aire, más denso y pesado, de su ciudad hizo que el gesto le costara el doble.

Aquella había sido una de las razones que la llevó a marcharse. Sentía que se asfixiaba. Pero estaba de vuelta. Sabía que tarde o temprano tenía que hacerlo, y así había sido. Por Laila, por sus nuevos sobrinos, por Nico...

Recordar que tenía la misión de recogerlo de la escuela la hizo levantarse de la cama y tomar la primera percha que alcanzó su mano. Se trataba de un vestido turquesa, de largo sobre la rodilla, muy cómodo y apropiado para aquellas temperaturas. Se calzó unas sandalias marrones y cepilló su cabello húmedo un par de veces, antes de decidirse a salir. No quería ahogarse en el pasado, y por ellos solo podía aferrarse al presente. Tenía que ayudar a su hermana y cuidar de su familia. Con la decisión tomada, cogió las llaves colgadas junto a la puerta y salió de casa.

\*\*\*

Ryan llegó a la escuela justo en el momento en el que sonaba el timbre anunciando el fin de las clases. Cerró su coche con el mando y se encaminó hacia la puerta del gran edificio de ladrillo rojo con paso ligero. No se moría de ganas por ver a la señorita Brice, Ya que, por muy entregada a su labor de docente, cariñosa y preocupada por los niños que esta fuese, la cita no era para elogiar el gran trabajo que estuviese haciendo su hija. Olivia era un bicho. Una niña inquieta, rebelde y descarada. También ingeniosa, inteligente y con una rapidez mental que lo dejaba apabullado con demasiada frecuencia. Sobre todo

porque todas esas virtudes no las aprovechaba para cosas buenas, sino para poner a prueba los límites de los mayores que la tenían a su cargo. Y tras la veintena de reuniones que había tenido con el profesorado durante el curso, temía lo que se le podía haber ocurrido hacer esta vez.

Al llegar a los escalones las pesadas puertas de metal de la escuela se abrieron y de su interior, una marabunta de niños deseosa por escapar salió enardecida por el ánimo que solo un viernes a última hora era capaz de provocar. Sonriendo, se echó a un lado y se apoyó en la barandilla para evitar ser arrasado por la masa de niños. Era capaz de imaginar con total claridad la cara de su hija, con los ojos en blanco y una mueca torcida en los labios por estar esperando su llegada en una silla, en lugar de estar escapando con sus compañeros. Saber que ella no lo estaba pasando bien, al igual que él, también ensanchó su sonrisa. Intentó subir un par de escalones más, antes de chocar con un niño que iba cargado con un gran volcán de papel maché que lo cubría por completo.

—Perdone, señor West. —Oyó la voz del muchacho, aunque no pudo reconocerlo hasta que este no bajó un peldaño más. Se trataba de Nicholas, el mejor amigo de su hija.

—¡Hola, Nick! No te había visto. ¿Necesitas ayuda? —se ofreció al ver que cambiaba de postura para cargar su trabajo de ciencias.

—No hace falta, señor. Mi madre viene a por mí. Ella me ayudará en cuanto la encuentre.

Ryan echó un vistazo por encima de las cabezas. Aprovechando su altura le

sería más fácil encontrarla que al muchacho. Estaba escudriñando a la gente cuando una voz femenina lo llamó desde la puerta.

—¡Doctor West! —La profesora de su hija lo observó con gesto serio, por lo que no podía demorarse.

—Señor, no sea muy duro con Olivia. Solo está triste porque se acerca su cumpleaños...

La afirmación del chico lo detuvo en el sitio, petrificándolo. Los ojos castaños se clavaron en él pidiendo compasión para su amiga y cayó en la cuenta del significado de aquella afirmación. Algo se encogió en su pecho dolorosamente. Se limitó a asentir sin poder pronunciar una sola palabra. Ante una nueva llamada de la maestra se apresuró a terminar de subir la escalinata. Sin embargo, a punto de entrar en la escuela, sintió la necesidad de volverse hacia el muchacho para darle las gracias por darse cuenta de algo que él debía haber tenido presente como padre.

Se sorprendió al ver al chico abrazado a la cintura de una chica rubia que revolvía su cabello con cariño. Conocía a la madre de Nick y no era esa mujer. Aunque él debía conocerla bien pues había dejado caer al suelo su volcán sin preocupación. Algo en ella llamó su atención a pesar de no poder verle el rostro. Debía conocerla de la consulta, pues al ser uno de los dos únicos médicos del pueblo, por ella habían pasado todos sus habitantes en algún momento.

—Señor West, no dispongo de todo el día. —La llamada de atención de la maestra lo sacó de su ensimismamiento.



—Disculpe, ya estoy con usted.

—Perfecto, porque la conversación que vamos a tener nos va a llevar un buen rato.

Ryan torció el gesto y se pasó una mano por el cabello antes de adentrarse en la escuela y sentir que la pesada puerta se cerraba tras él.

## CAPÍTULO 5

—Deja de jugar con los guisantes. —La orden de su abuela no consiguió que se detuviese.

Olivia ni se giró a mirar su ceño fruncido. Totalmente abstraída, como si su mente estuviese a kilómetros de distancia, siguió paseando la verdura por el plato con ayuda del tenedor. Cuando resopló con desgana y apoyó un codo sobre la mesa, una nueva reprimenda hizo que alzase con pereza la mirada.

—¡Ponte derecha, niña! ¿Crees que esa es la postura a la mesa de una señorita?

Olivia miró a un lado y a otro, haciendo que su melena dorada girase acompañando su pequeño rostro.

—¿A qué señorita te refieres, abuela? ¿Has invitado a alguien más a cenar?

Los labios de Lenora West se curvaron en un rictus severo. Su nieta cada día era más descarada. Si con once años ponía a prueba su paciencia como no lo había hecho jamás su hijo, no quería imaginar lo qué sería tratar con ella cuando alcanzase la pubertad. Recordando que Ryan le había dicho que quería ser él el que hablase con su hija esa noche sobre su comportamiento en la escuela, tomó aire un par de veces templando los nervios.

—Está claro que no piensas cenar. Será mejor que te levantes de la mesa.

Olivia obedeció como si la hubiesen pinchado en el trasero.

—No olvides recoger tu plato y dejarlo en la cocina —apostilló su abuela

antes de que pudiese marcharse.

—A tus órdenes —contestó la pequeña antes de tomar el plato.

Cuando la dejó sola en el comedor, Lenora soltó el aire contenido y relajó el gesto para tomarlo por otro de preocupación.

Cuando le pidió a su hijo que se mudase con ella a Destiny con la excusa de tenerlo cerca, en realidad buscaba poder ayudar a su único hijo y su nieta. Sabía que para Ryan había sido muy difícil ocuparse él solo de Olivia. Como padre soltero, merecía todas las medallas del mundo, pues poseía todas las cualidades que cualquier buen padre debería tener. Pero sabía que la crianza de su hija se iría complicando conforme fuera creciendo. Él nunca le hubiese pedido ayuda directamente, pero en cada visita se daba cuenta de que debía intervenir y ayudarlos cuanto antes.

Ya antes de que muriera la madre de Olivia, cuando su hijo y su nuera se divorciaron, hacía dos años, la niña comenzó a adquirir malos hábitos de conducta, a tener conflictos con compañeros y meterse en problemas en la escuela. Ella estaba convencida de que la separación la había afectado enormemente, y que los amplios horarios de su hijo en el hospital y el ajetreado ritmo de Nueva York complicaban aún más la situación. Y tras la muerte de la madre de Olivia todo había ido de mal en peor. Por eso, cuando le surgió la posibilidad de volver a Destiny, la pequeña población en Alabama que la vio crecer hasta que se casó con su difunto marido y se marchó a Nueva York, no lo dudó. Allí era poseedora de la antigua casa familiar; una vivienda amplia,

soleada y tranquila. En una población amigable, donde todo el mundo se conocía y apoyaba. Y con la posibilidad de que su hijo trabajase en la clínica, con horarios más flexibles y mucho menos estrés. Lo vio como la solución perfecta inmediatamente. Solo le quedaba convencer a su hijo para que lo viera igual que ella.

Olivia se lo puso fácil, tras quemar todos sus trabajos de dibujo en el baño de la escuela y hacer saltar las alarmas y dispositivos de incendios, consiguió su quinta falta disciplinaria y la expulsión del centro. Ryan se sentía derrotado e impotente y mudarse a Destiny le pareció una salida llena de esperanza. Tendría más tiempo para estar con su hija, que, a fin de cuentas, era lo único que importaba.

Pero, nueve meses después, aunque sí que pasaban más tiempo juntos y las ocurrencias de Olivia habían cambiado el grado de vandalismo por el de travesuras, seguía sin verlos realmente ubicados. Como dos barcos a la deriva que buscan encontrarse, pero no terminan de hacerlo.

Lenora apoyó la frente en las manos entrelazadas y cerró los ojos unos segundos intentando averiguar qué más podía hacer por ayudar a su familia.

—Buenas noches, madre. ¿Dónde está Olivia? —preguntó su hijo al entrar en el comedor. Se acercó a ella y depositó un beso en su frente antes de dejarse caer en una de las sillas.

—Acaba de marcharse a su cuarto.

—¿Sin cenar? —quiso saber al observar el plato prácticamente intacto sobre

la mesa.

—Me temo que la cena no era suficientemente estimulante para ella — contestó tomando un plato y sirviendo una ración de carne con patatas y guisantes a su hijo.

—Gracias —se limitó a contestar Ryan. Se quedó observando la comida con la misma mirada perdida que minutos antes había visto en los ojos de su nieta.

—¿Has tenido mucho trabajo en la clínica?

—No más del habitual, pero estoy agotado. Ahora me siento como el peor padre del mundo...

—¡No digas eso! No te consiento que hables así de ti mismo. Eres el mejor padre que he visto en mi vida.

—Perdóname, madre, pero tus referentes dejan mucho que desear.

Ryan sintió su comentario nada más hacerlo. Su abuelo materno abandonó a su familia cuando su madre tenía quince años y su propio padre era un hombre obsesionado con el trabajo, que no le había dedicado más de media docenas de miradas en toda su vida. Ambos casos eran un peso en el corazón de su madre, y supo que le había hecho daño al ver cómo bajaba la cabeza y comenzaba a doblar en pequeños cuadraditos su servilleta de tela.

—Lo siento, madre. Estoy cansado y no he medido mis palabras. —Posó una mano sobre la suya para reconfortarla.

—Tranquilo, tienes razón. Los demás hombres de mi vida no fueron un ejemplo a seguir en ese aspecto, pero tú sí. No te pareces a ellos en absoluto, y

no quiero volver a oírte decir algo así.

Ryan resopló antes de recostarse sobre el respaldo de la silla.

—Hoy un niño de doce años..., Nicholas, ha tenido que recordarme lo duras que son estas fechas para Olivia. Yo estaba tan concentrado en mis cosas, en intentar llegar a tiempo a todo, que no me había dado cuenta. ¿En qué clase de padre me convierte eso?

—En uno humano, que intenta superarse cada día. Y que se esfuerza tanto por dar a su hija cuanto necesite que comete errores. Las únicas personas que no se equivocan son aquellas que no hacen nada.

—Eso es cierto. Pero..., si al menos supiese de dónde saca esas ideas que tiene...

—¡Dios mío! ¿Qué ha hecho esta vez?

Ryan resopló y se pasó una mano por la barbilla, mientras recordaba la cara de espanto de la señorita Brice relatando la trastada de su hija.

—Según Olivia el profesorado pasa demasiado tiempo encerrado y ha sellado la cerradura de la sala de profesores con pegamento instantáneo. Han tenido que reventarla con un taladro para poder hacer uso de ella.

—¡Madre de Dios! ¿Pero qué pretendía conseguir haciendo algo así? —apuntó Lenora, escandalizada.

—No sé qué decirte, madre. No he conseguido que me dé una explicación coherente. Solo me ha dicho que yo no podía entenderlo. Tal vez tenga que ver con lo de su cumpleaños.

Ryan vio a su madre apretar los labios, asintiendo.

—Faltan solo dos semanas. No puedo imaginar lo que pasa por esa traviesa cabecita.

—Fue la última vez que vio a su madre...

—Lo sé. ¿Quién habría podido imaginar que poco después...?

Ambos quedaron en silencio. La muerte de Sylvia les pilló por sorpresa y fue un duro golpe para todos. Ryan y ella hacía poco más de un año que se habían separado, después de que ella decidiera que quería marcharse. Que quisiera hacerlo no fue una sorpresa. Hacía tiempo que la relación no iba bien, pero lo que él jamás esperó era que su exmujer decidiera que necesitaba espacio también de la hija que habían tenido en común. Él habría estado dispuesto a enfrentar una ardua batalla por la custodia de su hija si hubiese sido necesario, pero no había sido así. Sylvia quería una nueva vida sin ataduras, incluidas las que le proporcionaba su hija. De la noche a la mañana se marchó sin mirar atrás y ese fue el palo más duro de afrontar para Olivia. Llevaba más de un año sin ver a su madre cuando esta llamó pidiendo verla el día de su décimo cumpleaños. Olivia primero se negó, no quiso saber nada de ella. Pero tras hablar con su padre, cambió de opinión dejando que fuese a su fiesta. Eso no evitó que a los pocos minutos de llegar Sylvia, madre e hija tuvieran una enorme discusión, que terminó con la marcha de la primera, y los llantos de la segunda. Esa fue la última vez que Olivia vio a su madre, pues pocos meses después, esta falleció. Su próximo cumpleaños recordaba a su pequeña la última vez que vio a su

madre, y eso le partía el corazón.

—Tengo que pensar en algo. No quiero que cada cumpleaños de mi hija se convierta en una tortura para ella.

—Tal vez necesite ver a un profesional, esto no puede seguir así.

—¿Un psiquiatra, madre? ¿De veras crees que mi hija se abrirá a un desconocido cuando apenas consigo que hable conmigo sobre lo que siente?

—No lo sé, supongo que no. Pero algo hay que hacer, hijo.

—De momento, hablar nuevamente con ella —dijo tras levantarse de la mesa, con convicción—. No quiero que piense que está sola. Y mañana hablaré con su amigo Nick, seguro que él tiene una idea más clara de cómo puede querer mi hija celebrar su cumpleaños.

—Eso espero, mientras sus ideas no incluyan algo que haga explotar la casa, me parecerán bien —apuntó Lenora con una mueca.

La sonrisa asomó momentáneamente a los labios de Ryan, pero hizo un esfuerzo por borrarla, antes de subir los escalones para enfrentarse a su hija, una vez más.



## CAPÍTULO 6

—¡Buenos días, hermanita! —saludó Abby a su hermana aprovechando la penumbra para pillarla por sorpresa.

—¡Demonios, Abby! ¡Me has dado un susto de muerte! ¡Eres como una maldita ninja!

Abby se relamió el cacao de los labios, al tiempo que mostraba una de sus traviesas sonrisas.

—¿Qué haces levantada? ¿Desde cuándo madrugas tanto? —le preguntó su hermana mientras abría la nevera y extraía una botella de leche.

—Desde que tengo que buscar trabajo urgentemente, o me veré obligada a abrir la hucha de mi sobrino, con nocturnidad y alevosía.

—¿Tan pelada estás? —Laila dejó la botella y el vaso sobre la encimera y después de mirar el alto taburete sobre el que había pretendido sentarse, alzó una ceja, sacudió la mano y desechó la idea.

—¿No puedes subir? ¿Necesitas una grúa? —le preguntó aguantándose la risa.

—No intentes acabar con mi orgullo, yo no tengo que romper la hucha de mi hijo como una pordiosera.

—¡Punto para la hermana mayor! —indicó Abby señalándola con el dedo índice mientras le guiñaba el ojo, y su hermana se echó a reír—. Me temo que viajar por el mundo es más caro de lo que calculé en un principio. —Hizo una

mueca y dio un último sorbo a su cacao, apurando hasta la última gota.

—¿Pero ha merecido la pena? ¿Encontraste la paz que necesitabas? —La pregunta de su hermana la hizo inhalar con fuerza. Aquella era la pregunta del millón.

Laila y ella no habían podido hablar la noche anterior porque su hermana se encontraba demasiado cansada. La encontró pálida y ojerosa, la había visto excusarse para irse a la cama al poco de llegar de la peluquería, y no quiso molestarla. Había ido a ayudar y estaba claro que ese era de los momentos en los que se la necesitaba. Peter, su cuñado, era el jefe de policía del pequeño pueblo. Y había tenido que salir tras recibir el aviso de un altercado con heridos en un bar de las afueras. Y la cena familiar había terminado por convertirse en una de tía y sobrino, frente a la tele, mientras veían una serie sobre zombis y él le contaba todas las novedades de la escuela, el equipo de baseball y sobre todo, sobre su nueva mejor amiga, Olivia.

No se quejaba, había sido genial compartir tiempo con Nick, pero seguía preocupada por su hermana y esta parecía evitar el tema de los problemas con el embarazo. Sin embargo, la parte de la conversación en la que debía abrirle su corazón y explicarle los motivos de su marcha, sí quería enfrentarla.

—A ratos. Por momentos pensé que sí. Pero después los recuerdos regresaban con fuerza demostrándome que no había distancia suficiente que pudiese recorrer, ni lugar donde no consiguiesen alcanzarme.

Abby sintió la mano de su hermana posarse sobre la suya y elevó el rostro

para enfrentar su mirada. Solo encontró dulzura y comprensión.

—¿Y qué hacías entonces? —le preguntó con sincera curiosidad.

—Lo menos inteligente: correr más rápido —repuso ella con una sonrisa. Su hermana la acompañó en el gesto, pero entonces Abby se detuvo para decirle—: Lo siento. Debería haberme quedado. Tú tampoco lo estabas pasando bien, pero no pensé...

—No digas nada, hermanita. Las dos perdimos a nuestros padres, pero tú los viste morir. No puedo imaginar lo que fue para ti. Ojalá hubiese sido capaz de aliviar tu dolor. Cuando te marchaste, una parte de mí se sintió herida. Pero no por sentirme traicionada o abandonada, sino porque no había podido llegar hasta ti, ayudarte, hacerte entender que no tenías que superarlo sola. Por eso terminé por entender tu decisión.

El nudo que se instaló en la garganta de Abby no le permitió hablar. En lugar de eso, bajó de su taburete y fue hasta su hermana, a la que rodeó con los brazos en un fuerte abrazo. Durante unos segundos permanecieron en silencio, sintiendo la pena de la otra, e intentando compartir la carga.

—Estás escandalosamente gorda —la chinchó para cortar el momento, demasiado intenso para ella.

—Tú sí que vas a estar escandalosa cuando te cubra de tinte azul. Solo conseguirás empleo en una feria de pitufos.

—Pues mira, igual el señor Morris me ve interesante como fichaje si parezco un personaje de *Avatar*.

Laila sacudió la cabeza, negando mientras reía.

—En fin, tengo que centrarme en la entrevista. Esta mañana conseguiré un trabajo decente que me haga sentir como una adulta, y esta noche no te escapas. Tendremos una conversación seria sobre los cuidados que deberías estar teniendo con el embarazo. Es más, ¿cuándo tienes la próxima cita con el médico? Me gustaría ir contigo.

Laila puso las manos en jarras, apoyándolas en las caderas, y ladeó la cabeza.

—Esta sí que es buena. ¿Quién es la hermana mayor?

—Estoy segura de que la preocupación no es solo patrimonio de las hermanas mayores.

—Mira, sé que eres incansable cuando te lo propones...

—Es una forma suave de decirlo —concedió Abby, interrumpiéndola.

—Lo sé, en realidad quería decir que puedes ser un grano en el culo. Y solo por eso estoy dispuesta a hacer un trato.

—¿Un trato? ¿Qué clase de trato? —Los ojos de Abby se empequeñecieron al tiempo que se cruzaba de brazos.

—Me acompañarás a la próxima cita con el obstetra, si vas a hacerte una revisión... de... lo tuyo.

Laila empezó a señalarla haciendo círculos con el dedo índice, centrándose en su pecho.

—No es necesario, estoy perfectamente.

—No lo dudo. Pero, ¿cuánto hace de tu última revisión?

—¡Estoy perfectamente! No tengo que hacerme revisiones periódicas.

—Sí, si quieres que duerma mejor.

—¡Maldita sea, Laila, eso es chantaje emocional!

—Llámallo como quieras. Pero te pasó aquello... —Volvió a señalarla haciendo círculos con el dedo—, y poco después te marchaste. ¿Acaso crees que no me he preguntado todo este tiempo, un millón de veces, cómo estabas? ¿Crees que ha sido fácil para mí no conocer tu estado mientras vivías a miles de kilómetros de distancia?

—Eres lo peor de lo peor —la acusó pasándose la palma por la frente.

—No voy a negarlo, la maternidad te da superpoderes de manipulación. Y estoy embarazada de gemelos, los tengo a tope.

Abby se dejó caer sobre la encimera de la cocina y se cubrió la cabeza con los brazos.

—No tendrás que hacer nada en absoluto. Yo te pediré la cita y te mandaré un mensaje con la hora —apuntó Laila terminando de acorralarla.

—Está bien, bruja. Mándame ese maldito mensaje y acudiré. Pero ahora voy a prepararme para la entrevista —dijo incorporándose y sacudiendo las manos sobre su cabeza, al tiempo que se alejaba para salir de la cocina, demasiado enfadada como para seguir allí con su hermana sin discutir. Así que empezó a hablar a toda velocidad como cada vez que se enfadaba—. Aún tengo que ducharme, arreglarme, elegir un conjunto que me haga parecer una buena y dulce chica sureña a la par que eficiente y profesional. Y no tengo tiempo para

tus historias.

Laila la vio salir como una exhalación y supo que la había sacado de quicio. Su lado más perverso le dibujó una sonrisa en los labios. Se frotó las uñas contra el hombro y luego se las sopló con autosuficiencia. Lo había conseguido. Definitivamente tenía los superpoderes a tope. Volvió a sonreír disfrutando de su triunfo y se dispuso a empezar aquel día, que prometía ser largo y movidito. Al menos así habían despertado sus gemelos. Se acarició la prominente barriga mientras los pequeños golpeaban con fuerza. Definitivamente, largo y movidito, pensó resoplando al salir de la cocina.

## CAPÍTULO 7

Abby se recolocó en el asiento y sus piernas adquirieron vida propia, rebotando contra el suelo, demostrando que estaba tan nerviosa como creía. Se sentía como si estuviese de nuevo en el despacho del director. Y podía asegurar que había pasado mucho por el de su colegio. Miró a un lado y a otro recorriendo la estancia. Los muebles de madera oscura contrastaban con los oleos coloridos de las paredes, también decoradas con artículos de periódicos enmarcados, algunas fotografías de personalidades y estanterías repletas de libros. En realidad, salvo por los óleos, aquel despacho era muy similar al de cualquier director de escuela. «Debe ser cosa de directores», pensó, justo en el momento en el que se abrió la puerta y el director editorial del periódico local entraba por la puerta.

—Señorita Sutton, ¡qué agradable sorpresa! Cuando declaró al graduarse en la universidad que tenía miras periodísticas más altas que las de escribir para una, y cito textualmente, «gacetilla local de cotilleos», le tomé la palabra al pie de la letra.

Abby sintió cómo se le encendían las mejillas inmediatamente. Una mueca de labios y entrecejo fruncido por la vergüenza se instaló en su rostro.

—Señor Gates, ya veo que está usted dotado de una memoria formidable — dijo levantándose de la silla para ofrecerle la mano al hombre del que no consiguió arrancar una sonrisa, a pesar de mostrar la más enorme de las suyas.

Definitivamente aquella desafortunada declaración, hecha tras su graduación y con una considerable cantidad de alcohol en sangre, no había sido una de las más memorables de su vida. Y para su desgracia, el hombre que debía contratarla recordaba cada maldita palabra.

—Me vanaglorio de ello. Ha sido muy útil en mi dilatada vida como periodista, aunque la mayor parte de ella haya transcurrido en una población pequeña, como esta.

Abby mantuvo la sonrisa, a pesar de estar maldiciendo su boca mentalmente. Estaba claro que Marvin Gates, no iba a dejar pasar la oportunidad de reprocharle aquel fatídico momento, ni por un minuto. Lo miró fijamente a los ojos, y cuando estos le devolvieron el gesto con frialdad absoluta, dejó caer los hombros y suspiró con resignación.

—Está bien, señor Gates. Está claro que aquel día no estaba en uno de mis mejores momentos. Imagino que la expectación por ir a una gran ciudad y la celebración de mi graduación con alguna que otra cerveza de más, me nublaron el juicio, pues de cualquier otra forma jamás habría insultado ni su admirable trayectoria ni el formidable periódico que dirige. Le pido que acepte mis más sinceras disculpas.

Marvin Gates, tras varios y eternos segundos, resopló con fuerza y cuando ya empezaba a pensar que había decidido echarla de su despacho, se inclinó hacia delante, apoyando los brazos en su escritorio.

—Está bien, Sutton, por su apasionada declaración está claro que es usted



capaz de hilvanar varias palabras, y con algo de sentido. Así que dejemos el incidente pasar, y dígame, ¿qué más puede ofrecerme?

La sonrisa satisfecha no se hizo esperar y, con alivio, Abby entregó al señor Gates su currículum. No era muy extenso, pero además de los artículos publicados en el instituto y periódico universitario, podía adjuntar las publicaciones que había hecho como *freelance* durante aquellos últimos meses en diversos medios digitales. Había sido premiada en varias ocasiones por su calidad y labor de investigación, y esperaba que aquello fuese suficiente para que decidiera contratarla. Pues, aunque pudiese seguir realizando ese tipo de trabajos eventuales, estos no le aseguraban una mensualidad con la que vivir con cierta tranquilidad. Y por nada del mundo pensaba convertirse en una carga para su hermana y su cuñado.

—Su trabajo es interesante..., y tengo una vacante disponible en la sección más popular de nuestro periódico. Con sus capacidades no creo que tenga problemas para sacarla adelante.

Abby creyó estar en un sueño al escuchar sus palabras. Lo último que había esperado tras la primera frase que le había dedicado el señor Gates en su encuentro, era que fuera a ofrecerle un puesto tan rápidamente. Tuvo que hacer un gran esfuerzo para que la excitación no la llevase a volver a rebotar las piernas contra el suelo, sin control. En su lugar, colocó las manos sobre el regazo y, sin ocultar su satisfacción, dijo:

—Por supuesto. No dude que haré un buen trabajo. No se arrepentirá, señor.

—Eso espero, como le digo, la sección del horóscopo es la más popular y seguida. El encargado de llevarla acaba de notificarme su jubilación y hoy iba a hacer algunas llamadas para sustituirlo. Pero si la quiere...

—Perdone, ¿ha dicho el horóscopo? —preguntó sin poder evitar interrumpirlo. Sacudió la cabeza esperando haber oído mal.

Si algo tenía claro Abby era que no creía ni quería creer en los supuestos designios del destino. Se negaba a pensar que el camino de cada uno estuviese trazado por una línea imaginaria que diseñaba las vidas de las personas a su voluntad, y que las convertía en simples y meras marionetas. Si en algún momento se hubiese planteado dicha posibilidad, aquella revelación la habría convertido a ella en una herramienta de dicho «destino» para cumplir con su plan y tener un papel fatal en la muerte de sus padres. No, se negaba a creer en el destino, y mucho menos que este estuviese escrito en las estrellas. Aquello era de locos. Y que la sección del horóscopo fuese la más popular del periódico solo le hacía pensar que los habitantes de Destiny y los de las ciudades vecinas estaban locos de remate. Se pasó una mano por la frente, pensando que no podía entrar en el juego de alimentar las chifladuras de sus conciudadanos.

—Sí, el horóscopo. ¿Tiene usted algún problema? —le preguntó el hombre reclinándose en su asiento y entornando los ojos.

Por el brillo en su mirada azul casi pudo asegurar que ansiaba que rechazase su oferta y apretó los dientes para pronunciar sus siguientes palabras con cautela.

—No me malinterprete, le agradezco que me dé esta oportunidad, pero no

tengo experiencia ni conocimiento alguno sobre astrología...

—Eso no importa. Con que tenga imaginación y conexión a Internet para buscar la información necesaria, bastará. —Se quedó atónita, aunque él no pudo ver el reflejo de su sorpresa en su rostro, pues comenzó a sacar folios de una carpeta de cartón azul y colocarlos delante de ella, con premura.

—La columna es semanal, al igual que el pago. La sección está patrocinada por varios empresarios de la zona que se publicitan junto a ella, así que el sueldo no creo que sea un problema. Necesito que me rellene estos formularios con todos sus datos para preparar el contrato. Ya tengo el horóscopo de esta semana, por lo que tendrá que entregarme su primer trabajo en cinco días. ¿Está de acuerdo con todo?

Abby quiso gritar que no, que bajo ningún concepto iba a rebajarse a hacer la ridícula columna del horóscopo, hasta que sus ojos se posaron en la paga semanal que recibiría por su trabajo. Bufó mentalmente al comprobar que era más de lo que había calculado que podría conseguir escribiendo para el periódico. La imagen de sí misma rompiendo la hucha-cerdito de su sobrino se abrió paso en su mente, al tiempo que una mueca de fastidio se dibujaba en sus labios.

—Solo una cosa... —dijo viéndose iluminada por el mayor de los problemas. No quería que encargarse de aquella ridícula sección empañase su currículum como periodista, ya que aspiraba a cambiar lo antes posible de trabajo, e ideó rápidamente la forma de solucionar ese problema—. He nacido en

este pueblo, todo el mundo me conoce y creo que no debería firmar la columna con mi nombre para no restar credibilidad a las predicciones del horóscopo. Sería mejor que utilizase un pseudónimo y mantuviésemos mi identidad en secreto, ¿no le parece?

Marvin Gates se frotó la barbilla sopesando la idea, sin apartar la vista de su rostro, y ella mantuvo la expresión segura para no darle motivos para negarse.

—Puede que tenga razón. No hay motivo para poner la sección en peligro.

—¡Por supuesto que no, es lo último que queremos! —dijo negando con la cabeza mientras ponía los ojos en blanco mentalmente.

Él la miró suspicaz y ella apretó los labios esperando que su sarcasmo no hubiese sido demasiado evidente. La tensión se podía palpar en el despacho, pero por suerte unos contundentes golpes en la puerta interrumpieron el duelo de miradas. Sin esperar una invitación a pasar por parte del director, esta se abrió y asomó la cabeza un hombre joven, de más o menos su edad, que no había visto con anterioridad.

—Sutton, le presento a mi sobrino, Avery. Es el encargado de las columnas de deporte y sociedad —le presentó el señor Gates al recién llegado que terminó de entrar acompañando sus palabras.

El tal Avery era como un anuncio de pasta dentífrica. Con una enorme sonrisa capaz de deslumbrarte. Llevaba el cabello ondulado y perfectamente peinado para hacerlo parecer estudiadamente desenfadado. Sus proporciones tampoco lo hacían pasar desapercibido, pues parecían las de un modelo de ropa

interior. Abby tuvo que levantar la vista hasta creer que se le partiría el cuello cuando él se acercó a ofrecerle la mano a modo de saludo. Sintiéndose ridículamente pequeña se levantó para devolverle el apretón.

—Encantado, señorita Sutton —le dijo el hombre mientras la recorría con mirada apreciativa. Y tuvo la certeza de que el tipo se creía un regalo de los dioses para las féminas.

«Menudo Don Juan», se dijo Abby retirando su mano, al ver que él la apresaba más tiempo del considerado normal para una presentación. Aquel tipo tenía más peligro que una caja de bombas. Y estaba segura de que, en un pueblo pequeño como aquel, su lista de conquistas era la mitad de la población femenina censada entre los veinte y los treinta y cinco años, a no ser que sus gustos en mujeres fuesen más extensos.

—Igualmente —se limitó a decir y apartó la mirada antes de que él confundiese su cordialidad con interés.

—Sutton va a empezar a trabajar con nosotros. ¿Podrías hacerle una visita guiada por la redacción y la imprenta, para ponerla en situación? —oyó que decía el señor Gates.

—¡Por supuesto! Será un placer para mí —repuso el otro encantado. Volvió a mirarla de arriba abajo con descaro y Abby supo que era el momento de batirse en retirada.

—Creo que aceptaré el ofrecimiento en otro momento. La verdad, tengo que prepararme adecuadamente para mi sección, y cuanto antes lo haga, mejor —

dijo tomando los múltiples formularios que el señor Gates le había ofrecido.

—Por supuesto, cuando quieras —respondió Avery con una enorme sonrisa.

Abby se limitó a asentir con la cabeza y girarse hacia el señor Gates.

—Señor Gates, gracias por la oportunidad.

—Lo hará bien, Sutton. Nos vemos en unos días —la despachó el hombre sacudiendo la mano, y dando por finalizada la reunión.

Abby no tardó en dirigirse a la puerta y, aunque Avery no pareció dispuesto a dejarle el camino libre en un primer momento, consiguió escabullirse bajo su brazo y salir pitando de allí con apremio.

Una vez fuera del despacho respiró con alivio hasta que se acordó de que su siguiente cita era con el médico. Y volvió a fruncir los labios, deseando que terminase aquel maldito día de una vez.

## CAPÍTULO 8

—Hola, soy Abby Sutton... —dijo al llegar al mostrador de la clínica, sin el menor entusiasmo.

La recepcionista levantó el rostro del libro de citas y la miró con sorpresa.

—¡Abby! ¡Qué sorpresa! —exclamó la chica con todo el entusiasmo que le faltaba a ella. No tardó en reconocerla: se trataba de Eliza, la hermana pequeña de una de sus compañeras del instituto. De niña siempre iba detrás de ellas, como un perrito faldero. Y en su mirada verde y pícara reconoció a la chiquilla de entonces.

—¡Eliza! Perdona, no te había reconocido. La última vez que te vi fue poco antes de marcharte a la universidad. ¿Qué haces aquí? ¿Cuándo has vuelto?

—Hace seis meses. Me di cuenta de que no quería dedicarme a las finanzas. No me gustaba la gran ciudad y estaba deseando volver a Destiny. Por suerte mi prima Christine, que es una de las doctoras de la clínica, me dijo que estaban buscando una recepcionista y ¡voilà!, aquí estoy —dijo levantando las manos, señalando la pequeña clínica.

—¡Qué bien! —Abby mantuvo la sonrisa, aunque la verdad era que no entendía cómo la chica podía preferir vivir y trabajar allí como recepcionista que hacerlo en la gran ciudad. La recordaba con una gran vitalidad y ambición y no le cuadraba su discurso. Le parecía exagerado y forzado.

—¿Y tú qué haces aquí? ¿Cuándo has vuelto?

—¡Oh! Hace solo unos días. Mi hermana está muy avanzada con el embarazo y quería estar con ella.

—¡Claro, claro! La familia es lo primero —apuntó Eliza frunciendo el ceño.

—Así es. Fue ella la que llamó esta mañana y me pidió cita.

—Es cierto, llamó esta mañana. Pero la apunté a ella, no entendí que la cita era para ti.

Aquella afirmación le hizo pensar que tal vez el trabajo de recepcionista tampoco era el ideal para ella.

—Si hay algún problema puedo venir otro día... No hay prisa. Recuerdo que el doctor Ronald siempre estaba muy ocupado. —Vio el cielo abierto y la oportunidad de huir de la situación y marcharse. Pero no tuvo suerte, porque Eliza, en su ansia por ayudarla, la interrumpió inmediatamente.

—¡No! Claro que no. No te preocupes. Había citado a tu hermana con Christine, que ahora es su doctora, pero la verdad es que tiene la agenda apretadísima. El doctor Ronald se jubiló hace unos meses, pero el doctor West puede hacerte un hueco ahora. Acompáñame, te llevaré a su consulta.

Eliza no le dio opción a protestar, salió del mostrador y la guió hasta la que anteriormente había sido la consulta del doctor Ronald, el médico que la había visto nacer, crecer, y le había hecho las revisiones hasta que decidió marcharse de Destiny. Tener que contar su caso a un nuevo médico era aún peor de lo que esperaba. Contuvo el aliento al entrar en la consulta. Miró alrededor, allí no había cambiado nada, salvo pequeños detalles en la decoración.



—El doctor vendrá enseguida. Es muy majo, te va a encantar —dijo Eliza antes de salir y dejarla allí, mientras el corazón empezaba a latir con fuerza en su pecho. Miró su pulsera de actividad y comenzó a hacer respiraciones para tranquilizarse antes de que llegase el doctor.

Ryan salió del baño de la clínica tras lavarse las manos. Tenía prisa pues, tras el último paciente al que había atendido, necesitaba acortar su jornada esa mañana y marcharse antes. Quería ir a por Olivia a la escuela y de paso invitar a su amigo Nick a cenar con ellos al día siguiente. No quería resultar sospechoso, pero necesitaba hablar con el muchacho para que le ayudase a planear el cumpleaños de su hija. No tenía más citas y era el día perfecto para hacer la invitación. Con suerte, si se marchaba ya, podría acercarse hasta el Stardust y tomarse uno de sus deliciosos batidos de vainilla y tofe. Por alguna extraña razón se había levantado aquella mañana con el deseo de tomar uno, y no se lo había quitado de la cabeza. Estaba a punto de entrar en su consulta cuando se quedó petrificado. La puerta estaba entornada y en el interior había una mujer rubia, sentada frente a su escritorio. Solo podía verla de perfil, pero aun así no tuvo dudas de que era... *ella*.

Contuvo el aliento y se pasó la mano por el pelo, alejándose de la puerta. Había llegado a pensar que era una alucinación. Después de verla el primer día que llegó a Destiny la había buscado por las calles, en la cafetería, había preguntado por ella y no había conseguido averiguar quién era. Al final terminó

por convencerse de que debía olvidarla. Por mucho que le hubiese impactado aquel único momento en el que se habían cruzado sus miradas, no tenía sentido seguir buscando a un fantasma. Pero ahí estaba, sentada en su consulta, y ya podía sentir su corazón acelerándose ante la expectativa de conocerla.

Sin embargo, en lugar de entrar directamente, como si temiese que al hacerlo ella se volatilizase, se aproximó al mostrador y encaró a Eliza.

—Hay una mujer en mi despacho —le dijo sin más.

—Una paciente —repuso ella con esa mirada de Bambi que solía dedicarle cuando no entendía alguno de sus comentarios. Al menos su respuesta le aseguraba que no estaba sufriendo una alucinación.

—Una paciente nueva —apuntó esperando que le diese más información.

—En realidad no. Es Abby Sutton. Era paciente del doctor Ronald. Ha pasado un tiempo fuera...

—Nueve meses —dijo él sin darse cuenta de que su comentario resultaba de lo más extraño. Solo se percató de ello cuando junto al expediente de la paciente, recibió una mirada entornada de Eliza. Con la carpeta en la mano se dirigió de nuevo a la consulta y tomando el pomo de la puerta, inhaló cuanto pudo antes de entrar, intentando aparentar una frialdad que no sentía en absoluto. Hacía años que no se sentía tan nervioso y era muy desconcertante.

—Buenos días, señorita Sutton —dijo tras aclararse la garganta. Y antes de sentarse tras su mesa, le ofreció la mano.

En el momento en el que ella levantó el rostro para enfrentarlo y sus miradas

se cruzaron el mundo se detuvo para él. Tenía el rostro más bello que hubiese visto en una mujer. Parecía un ángel, pero una energía salvaje y rebelde cruzaba su mirada, convirtiéndola en magnética, hipnótica, hasta el punto de no ser capaz de apartar la suya de ella. Fue como revivir el primer momento de su encuentro, aún más cuando reconoció en su rostro la misma turbación que se había apoderado de él. Cuando sus manos finalmente se encontraron, fue como sentir su corazón estallar en mil pedazos. El tacto suave de su piel lo envolvió haciendo que sintiese un hormigueo eléctrico en los dedos.

Ninguno de los dos parecía capaz de romper el momento, hasta que el teléfono de su mesa sonó sacudiéndolos bruscamente. Ella fue la primera en romper el contacto y él tuvo que sacudir la cabeza antes de descolgar el auricular, para volver a la realidad.

Abby lo vio tomar el teléfono y aprovechó para sentarse, antes de que sus piernas, a las que sentía como gelatina, la dejaran caer de bruces. Se aferró al asiento y bajó la mirada intentando averiguar qué le estaba pasando. Era él, eso era lo que le pasaba. Cada una de las veces en las que el rostro de aquel hombre que la hipnotizó el día de su marcha había inundado su mente durante aquellos meses, se había dicho que estaba loca, que no tenía ningún sentido pensar en un desconocido al que jamás volvería a ver. Pero allí estaba, haciendo realidad sus sueños, materializándose ante ella y haciendo que todo su sistema despertase para ser consciente de su abrumadora presencia. Hasta su corazón, que trotaba en

una dolorosa carrera al sentarse en la silla, se había detenido en seco al cruzar la mirada con la suya, tan gris e intensa como la recordaba.

No tuvo tiempo de asimilarlo, pues él no tardó en despachar la llamada más que unos segundos, tras los cuales volvió a dedicarle toda su atención. Cuando, tras otro momento de silencio entre ambos, él sonrió, su corazón dio un vuelco y le devolvió el gesto sin pensarlo siquiera. Era aún más guapo de lo que lo recordaba, pues no eran solo aquellos ojos grises los que la dejaban sin habla, su rostro masculino era todo lo que ella habría buscado en un hombre de haber querido dibujar a su hombre perfecto. Tenía el cabello castaño, algo más largo que la primera vez que lo vio, ondulado y peinado hacia atrás. La mandíbula enmarcada por una barbita que acentuaba sus facciones varoniles y unos labios en los que supo que perderse sería como tocar el cielo con las manos. Tragó saliva y se abanicó con la mano, consciente de cómo se apoderaba de ella el calor que emanaba de la zona baja de su vientre. Por suerte él no pudo ver su gesto, pues en ese momento abría su expediente médico.

—Bien, señorita Su...

—Por favor, llámame Abby —lo interrumpió. Le parecía ridículo que el hombre con el que había fantaseado en más de una ocasión la tratase con tanta formalidad. Si él supiese las cosas que habían hecho en su mente...

—Por supuesto, Abby —dijo él, y ella sintió que la acariciaba con cada letra de su nombre—. ¿Qué le ocurre? ¿En qué puedo ayudarla?

Abby tuvo que morderse los labios para no decirle que podía sofocar la

combustión espontánea que se producía en su interior. Pero en lugar de confesar su estado, se limitó a decir:

—Vengo a hacer una revisión rutinaria, nada importante.

Intentó que su tono sonase casual, pero cuando vio que él recorría con la mirada su expediente, deteniéndose en las anotaciones que su anterior médico había resaltado en negrita, bajó la mirada esperando su siguiente comentario.

—¡Vaya! El Síndrome del corazón roto... Jamás me había encontrado con un caso como el suyo.

Abby levantó la mirada y leyó en la suya curiosidad y perturbación.

—No es fascinante. Todos los corazones se rompen en algún momento. El mío solo hizo más ruido al quebrarse.

Ryan quedó hechizado con sus palabras, y apartó la mirada de sus labios con desgana. Aquella frase lo dejó aún más fascinado si cabía. Abby Sutton era un delicioso misterio. Y en ese mismo instante, decidió que iba a hacer todo lo posible por desvelarlo.

## CAPÍTULO 9

Ryan intentó concentrarse en la cadencia del corazón de Abby, algo harto difícil cuando la tenía sentada sobre su camilla, con la blusa abierta, y sus dedos sostenían, a tan solo unos centímetros de su piel, el estetoscopio. Podía oler su perfume floral y ver como su pecho, preso en una prenda de encaje blanco, se elevaba y volvía a bajar cada vez que cambiaba la localización del aparato para auscultarla, estaba nublando sus sentidos. Por suerte, ella mantenía la mirada gacha y sus fascinantes ojos azules no estaban haciendo estragos en su sistema nervioso.

Intentó concentrarse solo en el sonido de su corazón, no menos fascinante. Tal y como le había dicho a ella, jamás se había encontrado con un paciente con su patología. El «síndrome del corazón roto» o cardiomiopatía de Takotsubo presentaba síntomas similares a los de un ataque cardíaco, como dolor en el pecho y dificultad para respirar. Pero normalmente era temporal, no dejaba secuelas, y no afectaba a las arterias coronarias como un infarto, sino al músculo cardíaco. Poca gente sabía que un episodio de estrés físico o emocional intenso, como la pérdida de un ser querido o una fuerte discusión, podían romper literalmente el corazón. Pero ella estaba entre esos pocos desafortunados.

Se estimaba que algo menos de un 2% de los sujetos diagnosticados de un ataque cardíaco, en realidad sufrían ese síndrome. Y en ocasiones tratarlo como un infarto hacía que el paciente perdiese la vida. La sola idea de que ella hubiese

pasado por eso, le hizo sentir enfermo. Había tenido mucha suerte al sobrevivir a su episodio. Inmediatamente se preguntó qué se lo habría provocado. En el 75% de los casos ocurría tras sufrir un estrés intenso, como un accidente de tráfico, una discusión... Tenía que haber sido algo muy fuerte para que un corazón joven como el suyo, sin ninguna cardiopatía anterior, hubiese sufrido tanto como para quebrarse por el dolor.

Algo en su interior le hizo desear abrazarla, y el sentimiento de protección fue tan grande que se sintió superado por él. Cuando la vio respirar con profundidad y contener el aliento, se dio cuenta de que las yemas de sus dedos habían llegado hasta la piel delicada del nacimiento de su pecho. El corazón de Abby empezó a latir con fuerza en sus oídos, y el aliento contenido de su paciente salió de sus labios en un suspiro ahogado.

Tras la fascinación inicial que le produjeron sus gestos, tardó un segundo en sentirse mal por lo inapropiado de la situación. Estaba totalmente fuera de lugar sentir ese tipo de cosas por una paciente. Ante todo debía ser profesional y se apartó de ella con rapidez.

—Parece que todo está bien —dijo tras aclararse la garganta. Se dio la vuelta y volvió al escritorio para anotar los resultados de las pruebas que le había hecho para el reconocimiento.

—¿Entonces puedo cerrarme ya la blusa? —preguntó ella aún sentada en la camilla.

De no haber estado en su presencia, Ryan se habría golpeado a sí mismo en

la frente con la palma de la mano por su torpeza.

—Sí, por supuesto —repuso con voz grave—. Solo necesito algunas respuestas más.

Abby se abrochó la blusa intentando recuperar el control de sus sentidos, antes de volver a la mesa del doctor West. ¡Maldita sea! Si hubiese estado auscultándola un minuto más, se habría lanzado sobre él. En cuanto sus dedos se posaron sobre su piel había sentido mil mariposas en el estómago. Como si hubiese vuelto a la adolescencia más tonta, en la que una sonrisa del chico que te gustaba en el instituto era capaz de hacerte levitar para el resto del día. Ese era el poder que tenía su recién estrenado doctor sobre ella. Y eso que durante meses se había sentido inmune a los encantos de cualquier hombre. De hecho, aquella misma mañana cuando Avery, el sobrino del señor Gates, la había mirado con interés, ella solo sintió la necesidad imperiosa de salir corriendo de allí. Complicaciones para su vida, y su dolorido corazón, era lo último que necesitaba, pero Ryan West... definitivamente era harina de otro costal.

Volvió a la mesa y se sentó frente a él esperando su siguiente pregunta. Sabía que tendría muchas, porque como bien había dicho, su síndrome no era habitual. Ella había sido un caso extraño, algo que los médicos no podían obviar y ansiaban estudiar. ¿Cuántas veces a una mujer joven, con un estado de salud inmejorable, se le partía el corazón hasta el punto de llevarla al borde de la muerte? Sin embargo, para ella solo era el recuerdo constante del peor momento



de su vida. Sabía que no solo su corazón se había roto para siempre ese día, sino que no volvería a ser el mismo jamás. No podía ver el mundo de la misma forma. No tras la pérdida...

—Ha estado varios meses fuera de la ciudad, ¿durante este tiempo se ha hecho alguna otra revisión? —le preguntó él con esa voz capaz de acariciarle el alma.

—No lo he visto necesario. Los médicos tras... el episodio me dijeron que estaba perfectamente. Que había sido un caso aislado y que lo más seguro era que no se volviese a repetir.

—Así es, no tiene por qué volver a sucederle. Pero si ha tenido algún síntoma...

Abby estuvo tentada de decirle que el corazón solo se le había detenido dos veces desde entonces y que él era el culpable, pero se mordió los labios para no hacerlo.

—Ningún síntoma. Todo ha ido bien.

—Me alegro —dijo él con una sonrisa que casi la hizo suspirar.

—¿Entonces no tengo que volver por la consulta? —preguntó ella quizás con demasiado entusiasmo.

Ryan alzó una ceja ante la ansiedad de su tono.

—No por este tema. Es evidente que tiene un corazón fuerte. Una revisión general al año nunca está de más, pero nada más.

Abby sonrió satisfecha.

—¿Puede ponérmelo por escrito? —Él la miró sorprendido y ella se apresuró a aclarar los motivos de su petición—. Mi hermana se pasa el día preocupada por mí. No estaría mal pegarle su recomendación en la nevera para dejar de oírla.

La risa grave de Ryan inundó la consulta y el burbujeo de su vientre se intensificó.

—Por supuesto, es la primera vez que tengo que hacer un informe para un familiar, pero no hay problema.

Durante el tiempo que él tardó en redactarlo ella se había dedicado a comprobar los cambios que había hecho en la consulta de su antiguo doctor. Lo más notable eran los marcos con fotos que había sobre su mesa, y de los que no podía ver su contenido por estar de espaldas a ella. Estaba segura de que en ellos habría una preciosa mujer o una enamorada novia con la que pasaría el tiempo que no dedicaba a atender a sus pacientes. Un hombre como aquel era imposible que estuviese libre.

Abby sonrió escuetamente cuando él le entregó el informe minutos más tarde. No tardó en levantarse, entendiendo que la consulta había terminado. Y se sorprendió al ver que él lo hacía con ella, acompañándola a la salida.

—Entonces... esto es todo... —comentó sin saber bien qué decir, cuando llegó a la puerta.

Cuando él posó una mano sobre la madera, impidiendo que la abriera, Abby abrió los ojos sorprendida y elevó el rostro para encararlo.

—En realidad no —dijo él y a ella se le antojó que su voz volvía a sonar algo

más grave. La proximidad de sus cuerpos alteró sus sentidos nuevamente.

—¿No? —preguntó ella en tono bajo cuando vio que la mirada masculina se posaba en sus labios.

—Esto es para ti —le dijo él entregándole otro folio con el membrete de la clínica, su nombre y un par de líneas manuscritas—. Me temo que es mi renuncia como médico tuyo. —Los ojos de Abby adquirieron toda su capacidad de expresión—. De cualquier otra forma no me parecería ético invitarte a salir —explicó él.

—¿Me estás pidiendo una cita? —la pregunta escapó de sus labios, empujada por la sorpresa.

—No creo que haya forma mejor de conocerte. Y desde que te vi hace nueve meses no he pensado en otra cosa.

Abby sintió que su corazón se detenía por tercera vez en ese tiempo. Contuvo la respiración y fijó la vista en los labios masculinos, tentadores e hipnóticos.

Sabiendo que aceptar sería como lanzarse al vacío, tomó el pomo de la puerta y abrió, y junto antes de salir, sintiendo de nuevo su latido tronar en los oídos, tan solo le dijo:

—Lo pensaré.

## CAPÍTULO 10

Abby se pasó la mano por la frente y cambió de postura en la silla; una de las que tenía dispuestas su hermana en la sala de espera de la peluquería. Tras pasar las últimas cinco horas y media sentada en una de ellas, se alegraba de que Laila hubiese decidido renovarlas y cambiar las antiguas, de robusta madera, por unas más modernas y acolchadas. No había duda de que su trasero lo había agradecido los últimos cuatro días.

Desde su entrevista en el periódico, había ido hasta allí para supuestamente hacer su trabajo mientras vigilaba a su hermana de cerca. Pues al día siguiente de cumplir su palabra e ir a hacerse la revisión con el doctor West, Laila había tenido que consumir su parte del trato e ir al obstetra con ella. Lo que le había dicho no le había gustado nada. Laila estaba embarazada de treinta y dos semanas y en las tres últimas había tenido episodios de fuertes contracciones que amenazaban con hacerla tener un parto prematuro. Algo nada bueno ni para ella ni para sus bebés. Aun así, la muy cabezota no había querido reducir su jornada de trabajo hasta que ella no le había impuesto su presencia en la peluquería para vigilarla. Al menor síntoma o señal de cansancio o indisposición, Abby entraba en acción y la hacía descansar. Además de prohibirle trabajar más de seis horas cada día. Estaba a punto de finalizar su turno de aquel día y no veía la hora de que se marchasen a casa. Al menos allí podría terminar de redactar su primera sección para el horóscopo, que debía entregar al día siguiente.

Seguía pareciéndole una auténtica locura hacer aquel trabajo pues, entre cosas, esos días había descubierto dos cosas: la primera, que el consejo de usar Internet para encontrar la información necesaria para redactar la columna era una estupidez, al menos para ella, que no tenía nociones de astrología, como bien le había hecho saber a su nuevo jefe. Para ella los resultados de los movimientos y alineación de los planetas eran tan indescifrables como los datos sobre jugadas o resultados de la liga de baseball.

En cuanto al tema de echarle imaginación, empezaba a sospechar que su jefe esperaba que inventase una sarta de patrañas sin pies ni cabeza. La verdad era que, tras leer las columnas de su antecesor en el puesto, solo podía entender su trabajo como producto absoluto de su fértil mente y el consumo de algún que otro psicotrópico. Desde entonces no hacía más que preguntarse si aquello era lo que buscaban los vecinos de aquella localidad: que los engañasen bellacamente.

—¡Te juro que no sé qué más hacer con este hombre! —La voz aguda de Priscila llamó su atención, haciéndola levantar la vista de las pocas anotaciones que había hecho ese día.

—¿Tu marido sigue sin hacerte caso? —le preguntó Shioban mientras con el peine daba más volumen a su cardado.

—Como si fuese una maldita ensalada. Y mi marido odia las verduras.

—No será para tanto, mujer. ¿Has intentado parecerte más a una salsa picante? —Shioban se contoneó moviendo las caderas y los hombros para dar significado a sus palabras y Priscila rio con ganas.

—La semana pasada me paseé delante de él con un conjunto nuevo de lencería, ¿y sabes lo que hizo?

—Pedirte otra cerveza —dijeron al unísono tanto Shioban como las clientas situadas a ambos lados de la silla de Priscila. Todas se echaron a reír.

—Mujer, tu marido es piscis... Y ya sabes lo que dice Orión sobre los piscis.

Abby no se lo podía creer. Orión era el nombre que utilizaba su antecesor para firmar su columna. Y aquellas mujeres lo citaban como si fuese una fuente fidedigna. Sacudió la cabeza, pero muy a su pesar agudizó el oído, con curiosidad, para ver si conseguía averiguar qué era lo que decía el tal Orión sobre los piscis.

—Sí, lo sé. Solo valoran lo que tienen cuando lo pierden. Y os digo una cosa, o se pone las pilas u os puedo asegurar que no llegamos al décimo aniversario.

Abby frunció el ceño. Priscila era una buena mujer; amaba a su marido y a sus tres hijos. Realmente sentiría que su matrimonio fracasase por la comodidad y apatía en la que se había sumido su marido. Se preguntó si Gary, el atontado marido de Priscila, sería aficionado también a la columna del horóscopo.

Desde luego, si lo pensaba con atención, lo único que había obtenido durante esos días eran anotaciones sobre los diferentes problemas de sus vecinos. La peluquería, para eso, era una fuente inagotable de chismes y cotilleos. Las mujeres iban allí para contar sus vidas, las de sus vecinas, y las de los miembros de su familia, como si se tratase del diván de un psiquiatra. Y los temas eran de lo más variado: desde problemas de salud, a matrimoniales, laborales, vecinales,

con los hijos... Miró su libreta y comprobó que, si daba una vuelta a sus anotaciones, podía usarlas para desarrollar la columna y no partir de cero. Sonrió mientras mordía distraída el muñeco trol que decoraba su bolígrafo, hasta que una voz interrumpió su momento de iluminación.

—Buenas tardes, señoras. —Abby sintió que palidecía. Solo había una cosa peor que el hecho de que Ryan West estuviese allí, que lo hiciese cuatro días después de haberle hecho una proposición para salir que ella se había negado a contestar aún.

Se preguntó si la espera lo habría hecho desistir cuando él pasó por su lado y no le dedicó ni una triste mirada. Sin darse cuenta se atusó el cabello y enderezó la postura en la silla. Cuando su hermana la miró elevando una ceja, se dejó caer aparentando indiferencia.

—Doctor West, no hacía falta que trajese a Nicholas. Podíamos haber ido a por él —oyó decir a su hermana y entonces vio entrar a su sobrino, acompañado de una niña de su edad. Ambos reían y se empujaban el uno al otro, chocando sus hombros, con camaradería.

—No ha sido ninguna molestia. Tenía recados que hacer por aquí —dijo él con una de sus sonrisas. Se pasó la mano por el pelo ondulado y entonces Abby vio el efecto que provocaba él en el resto de mujeres allí presentes. Todas ellas, sin excepción, se habían girado en sus sillas para prestarle toda su atención y lo miraban embobadas. Puso los ojos en blanco justo en el momento en el que él decidió voltearse y mirarla.

—Abby..., no sabía que estabas aquí.

La sonrisa de Abby terminó por parecer una mueca en sus labios.

—Esta es la peluquería de mi hermana —fue lo único que consiguió decir que no la hiciera parecer una tarada mental.

Ryan parpadeó un par de veces, miró a Laila, luego a Nicholas y después a ella, como si de repente encajase las piezas de un puzle. Finalmente asintió, entendiendo. Abby supo que, en un pueblo como aquel, las habladurías sobre la muerte de sus padres tenían que haber llegado hasta él y que ese era el momento en el que había descubierto su triste historia. Ella tragó saliva y para no ver su mirada teñida de compasión, giró el rostro.

—Doctor West, ¿va a participar en alguna caseta de la feria de recaudación de fondos para el grupo de teatro?

Abby se prometió mentalmente dar un par de besos a Priscila por propiciar el cambio de tema que haría que él dejase de prestarle atención.

—Pues sí... Olivia pertenece a ese grupo. Me temo que no me dejaría en un buen lugar como padre no hacerlo.

Las sonrisas de las clientas no se hicieron esperar.

—Lo que no sé aún es qué lugar me han asignado.

—Sea el que sea, estoy segura de que su caseta será la más concurrida de la feria —apuntó Shioban, y las demás asintieron dándole toda la razón.

Él se limitó a sonreír algo abochornado, y hasta esa sonrisa le pareció encantadora y sexy.



—Gracias —dijo él mirándolas a todas—. En fin, será mejor que nos marchemos ya —dijo él llamando con un gesto de su mano a su hija. Ahora que la veía de frente, Abby pudo apreciar el parecido entre ambos.

—Hasta mañana, Nick —la oyó decir a su sobrino y este le devolvió el saludo con la mano y una mirada admirada que no escapó al ojo clínico de Abby.

Aún estaba pensando en ello cuando vio que Ryan se acercaba y clavando su increíble mirada gris en ella, le dijo:

—Abby, espero verte muy pronto.

Ella solo pudo tragar saliva mientras asentía.

Cuando padre e hija se hubieron marchado, los comentarios no se hicieron esperar.

—¡Chicas! Eso sí es un hombre... —dijo Priscila con un suspiro.

—Y tanto que sí —apuntó la de su lado.

—Aún no me explico cómo está soltero —esa fue la aportación de su hermana a la conversación y Abby apretó los labios cuando vio que Laila solo la miraba a ella.

—Pues yo solo espero que lo hayan puesto en la caseta de los besos —dijo con anhelo el jovencísimo recepcionista que había contratado su hermana, dejando que sus labios verbalizasen lo que pensaba en voz alta.

Las mujeres lo miraron y todas rompieron a reír.

—Ya era hora de que salieses del armario, chico. Empezábamos a pensar que te ibas a asfixiar dentro —dijo otra de las clientas. El aludido, primero

avergonzado, se puso como un tomate y sacudió las manos con dramatismo para abanicar su sofoco, para después unirse a las risas.

—Está bien, hermanita, creo que tus seis horas terminan... ¡ya! —dijo Abby a su hermana señalando su reloj y deseando salir de la peluquería. Tenía mucha información que procesar y una extensa columna que escribir. Y no sabía cuál de las dos tareas la ponía más nerviosa.

## CAPÍTULO 11

—¡Cuatrocientos dólares! —oyó Ryan que decía una de las animadas voces femeninas congregadas entre el público. Encogió la mirada intentando adivinar de quién se trataba, pero uno de los focos que apuntaban hacia el escenario lo tenía cegado por completo.

La exclamación eufórica de Sally Baker, la alcaldesa de la localidad, no se hizo esperar. Cuanto más entusiasmada estaba ella, más ganas tenía él de salir corriendo de allí. Se giró a mirar a sus compañeros en el escenario. Juntos formaban un grupo de una decena de víctimas que compartían el mismo gesto angustiado. No sabía a quién se le había ocurrido aquella actividad recaudatoria, pero estaba claro que las mujeres la estaban disfrutando más que ninguna de las otras preparadas para la feria. Si le hubiesen dicho que apuntarse como voluntario incluiría la posibilidad de que lo subastasen como a un pedazo de carne, se habría negado en redondo. Ya cuando le explicaron que había una caseta de besos, le había parecido algo de adolescentes. Al informarle que no estaba en esa actividad se sintió aliviado, hasta que le explicaron en qué consistiría su participación.

De los allí presentes, solo había uno que no parecía tener el menor reparo en ser subastado y era Avery Gates. Lo había visto una vez en su consulta y estaba claro, por el clamor popular femenino y las sonrisas que repartía a diestro y siniestro, que aquello de ser deseado y que se peleasen en fieras pujas por una

cita con él, era una especie de sueño dorado que inflaba su orgullo masculino.

Él, sin embargo, no hacía más que mirar con ansiedad la salida de emergencia de la carpa.

—¡Quinientos! —La subida enérgica de la apuesta le erizó la piel de la nuca. Y lo que era aún peor, creyó reconocer la voz de la mujer en cuestión, como la de su compañera en la clínica, Christine.

No hubo más dudas cuando tras colocar la palma de su mano como visera, la encontró entre el público, dando pequeños saltitos, feliz por haber hecho la puja más alta hasta el momento. Mientras, a él le parecía de lo más bochornoso. Era su colega en la clínica, nunca la había visto como algo más. Y se preguntaba cuáles serían sus motivos para participar en aquello. Estaba a punto de quitar la mano de su frente cuando vio a Abby, a su hermana y a Peter, el marido de esta, entrar en la carpa y caminar entre el gentío para tomar sitio en una de las mesas.

En ese mismo instante tuvo que tragar saliva. Abby estaba preciosa. Llevaba un vestido de tirantes, celeste y holgado, que dejaba tanto sus hombros como sus bonitas piernas bronceadas al descubierto. El cabello suelto y dorado acariciaba esos hombros que quería besar. Era exactamente lo que había soñado la noche anterior: que la abrazaba desde atrás, apoyaba la barbilla en su hombro y lo besaba, haciéndola reír.

En ese momento la mujer de sus sueños lo miró y él a ella, enlazando sus miradas. El resto de los presentes desaparecieron para él, al igual que el malestar por estar participando en ese circo, pues ya solo tenía ojos para ella. Hacía una

semana que le había pedido una cita y aún esperaba una respuesta, pero algo le decía que por una mujer como ella merecía la pena esperar la eternidad.

—Muy bien, señoras, tenemos la puja más alta de la noche. La doctora Jones acaba de subir a quinientos dólares por conseguir una cita con su compañero y colega en la clínica. No sé vosotras, pero yo huelo a amor en el aire...

Ryan se pasó la mano por el cuello sintiéndose asfixiado, mientras su colega sonreía al resto de mujeres en las mesas adyacentes como si diera crédito a las palabras de la alcaldesa. ¿Qué demonios se le había pasado por la cabeza para levantar esas sospechas? Lo último que hacía falta en una población como aquella era encender la mecha de un chisme de ese calibre.

Abby, sentada en su mesa, se preguntó qué estaba pasando. Acababan de llegar a la carpa de las subastas y lo primero en lo que habían reparado sus ojos era en Ryan West sobre el escenario. Tras el primer momento de sorpresa se dio cuenta de lo que estaba pasando. Su exmédico estaba siendo subastado y por lo que veía había varias mujeres con las manos en alto, muy interesadas en conseguir su premio, en especial Christine Jones, la otra doctora de la clínica. Se preguntó si habría algo entre ambos, pero el gesto apurado de Ryan le decía que no estaba disfrutando con la experiencia.

La doctora estaba en la mesa contigua a la suya, y parecía cerca de sufrir un ataque de euforia por estar a punto de conseguir su premio.

—¡Ay, Dios mío! ¡Andrómeda tenía razón!

A Abby se le erizó hasta el último cabello del cuerpo. Cuando terminó su columna del horóscopo se encontró en la tesitura de tener que elegir un pseudónimo con el que firmarla. En un principio, y en un arrebató de rebeldía, pensó en hacerlo como «Princesa Canalla», pero la absurda idea le duró lo que tardó en imaginarlo impreso en el periódico local. Entonces pensó en imitar a su antecesor y elegir el nombre de una constelación. Finalmente, tras buscar unas cuantas y sopesar sus opciones, se decidió por Andrómeda. A fin de cuentas se trataba de otra princesa, ya que en la mitología Griega Andrómeda era la hija de Casiopea y Cefeo, el rey de Etiopía. Y ahora, para su estupor, oía que la estaban citando, dando tanto crédito a sus consejos y predicciones como lo habían hecho con Orión. «¿Pero de cuál de sus predicciones se estarán haciendo eco?». Agudizó el oído para ver si lo averiguaba.

—Sí, es increíble. Llevo meses detrás de ese hombre sin atreverme a dar el paso, si no llega a ser por la predicción del horóscopo, habría seguido esperando a que él se decidiese, y lo habría perdido.

Abby apoyó la mano en la frente, encogiendo el rostro en una mueca. ¡Madre mía! Aquella era la predicción que había hecho para el marido de Priscila. En ella lo animaba a sorprender y cortejar a la persona amada, de lo contrario, corría el riesgo de perderla irremediabilmente.

—¡Qué sorpresa! ¡Tenemos otra puja y esta vez se trata de Abby Sutton! — Abby levantó el rostro y se encontró con las miradas atónitas de su hermana y su cuñado. Después miró su mano apoyada en su frente y se dio cuenta de que

habían confundido su gesto con una puja. Bajó la mano inmediatamente y recibió como primer gesto la mirada entornada y furibunda de la pelirroja sentada a su derecha. Christine, evidentemente molesta tras fulminarla, se dio la vuelta dándole la espalda.

—¡Cuñadita! ¡Qué callado te lo tenías! —le dijo Peter al tiempo que su hermana contenía la risa cubriéndose la boca—. Pero me alegro, el doctor West es un buen tipo.

—No lo entendéis, lo he hecho sin querer, solo estaba tocándome la frente, así... —Repitió el gesto e inmediatamente volvió a escuchar a Sally Baker alzando la voz.

—¡Abby Sutton! ¡Qué ímpetu! Nadie te ha rebatido aún, chica. Está claro que no quieres perder la oportunidad de salir con el buen doctor...

Abby quiso que se la tragara la tierra. ¿Cómo se podía ser tan torpe? Cometió el error de volver a mirar a Ryan y vio que este sonreía, divertido. Deseó que la fulminara un rayo en ese mismo instante.

—Pues si no hay otra puja a tener en cuenta... A la una, a las dos, y... a las tres... —dijo Sally justo antes de golpear con su mazo en el atril—. ¡El doctor West queda adjudicado a Abby Sutton por seiscientos dólares!

Abby forzó una sonrisa a los asistentes, apretando los labios, y dándose cuenta en ese momento de que acababa de perder íntegramente su primer cheque como pago por la columna. Y por salir con un hombre al que se había negado a responder durante toda una semana. Pero cuando él bajó del escenario y

comenzó a caminar directamente hacia ella, el dinero fue lo último en lo que fue capaz de pensar.

\*\*\*

—Aún no puedo creer que tu tía y mi padre vayan a salir juntos —dijo Olivia a Nicholas mientras caminaban entre los puestos de la feria. Ambos niños miraron hacia atrás y los observaron con curiosidad. Después se dieron la vuelta, riendo.

—No te preocupes, mi tía es guay. Está un poco loca y es divertida. Te gustará —apuntó Nicholas.

—Eso ya lo veremos —repuso ella, volviendo a mirar de reojo a la pareja que caminaba a pocos pasos de distancia.

Dio un buen lametón a su helado de fresa y entornó la mirada observando a los mayores. En ese momento su padre se inclinaba para decir algo al oído de la tía de su amigo y esta sonreía. Era guapa, no lo iba a negar, pero en ese pueblo había muchas mujeres guapas y la tía de Nick no era la primera que quería convertirse en la novia de su padre. La diferencia era que sí era la primera vez que veía a su padre interesado en una mujer, desde que sus padres se habían separado.

—No te pongas a maquinar, que te conozco. Ya te digo que es guay, solo dale una oportunidad —insistió Nick en un susurro, y ella hizo una mueca en respuesta—. Vale, ¿por qué no vamos a hacernos unas fotos? —propuso él buscando distraer a su amiga.



La sonrisa traviesa de Olivia no se hizo esperar. Y antes de que Nick pudiese reaccionar, ella le dio un golpecito en el hombro y gritó:

—¡El último en llegar al fotomatón es una mofeta apestosa!

Abby y Ryan vieron correr a los chicos frente a ellos, en dirección a una de las máquinas para hacerse fotografías divertidas repartidas por la feria. Habían acondicionado media docena de fotomatonos con accesorios para disfrazarse en su interior. Y tuvieron suerte porque cuando llegaron estaba vacía y los niños entraron a hacer uso de ella. En cuanto se quedaron a solas Ryan le susurró al oído.

—¿Sabes? Yo tampoco me creo que vayas a salir conmigo —le dijo tan cerca que Abby se vio atrapada entre la máquina y su cuerpo.

—La verdad es que no estaba en mis planes —le dijo temiendo estar perdiendo el control de la situación. Aunque era exactamente lo que estaba sintiendo.

—¿No estaba en tus planes? —le preguntó él alzando una ceja—. ¿Y por eso has pagado por una cita que te había ofrecido yo gratis?

Abby se puso roja como un tomate.

—Tranquila, sé que ha sido un accidente.

—¿Lo sabes? —preguntó sorprendida.

—Me he dado cuenta en cuanto he visto tu cara de horror.

—¡Yo no he puesto esa cara!

—¿Entonces no te parece tan horrible tener una cita conmigo? Te advierto que después de haber «hecho» la puja más alta por mí me siento en la obligación de organizar la mejor cita de la historia.

La sonrisa pícaro de Ryan hizo que a Abby se le despertasen las mariposas del estómago. Pero no pudo contestarle, pues en ese momento Olivia y Nick salieron del fotomatón.

—Os toca —anunciaron ambos, invitándolos a hacer uso de la máquina.

—Es cierto, nos toca —dijo él. Y antes de que ella pudiese oponerse a compartir un sitio diminuto junto al hombre que era capaz de detener su corazón, él la tomó de la mano y la introdujo en la máquina tras él. La espesa cortina que cerraba el habitáculo se cerró tras ellos y ambos se miraron en la penumbra.

Una vez en el interior el espacio se le antojó aún más reducido. Ambos dieron vueltas, tropezándose el uno con el otro, buscando la mejor manera de colocarse.

—Perdón —le dijo él cuando le rozó el pecho con el codo.

—No es nada —repuso ella rápidamente—. Disculpa —fue su turno de disculparse cuando cayó sobre él, perdiendo el equilibrio.

Antes de que ambos pudiesen darse cuenta, Ryan estaba sentado en el pequeño banco y ella sobre él. Sus rostros quedaron pegados y en un instante estaban compartiendo el aliento el uno del otro. Abby apoyó la palma de la mano sobre su pecho y sintió el latido fuerte de su corazón bajo la palma. Lentamente levantó el rostro y en cuanto sus ojos se encontraron con los de Ryan sintió que

el mundo volvía a detenerse para ella. La fuerza hipnótica que la atrajo hacia él era tan fuerte y abrumadora que se vio transportada en poco más de nueve meses antes cuando se vieron por primera vez y supo que algo había cambiado en ella para siempre. Ya no podía oír el gentío de fuera, la música de las atracciones, ni la maquina lanzando flashes para hacerles las fotos. Solo estaban él y el latido ensordecedor de su corazón, zumbándole en los oídos. Ryan, sumido en el mismo torbellino de emociones que ella, elevó una mano y le apartó el cabello del rostro, con una delicadeza que la dejó extasiada. Las yemas de sus dedos tocaron su rostro y ella contuvo el aliento, sabiendo lo que venía después, pues ambos se miraron a los labios, anhelando dar rienda suelta a la necesidad que habían sentido juntos. Como si fuese inevitable, como si no tuviesen nada más que decir. Abby aproximó su rostro y Ryan la tanteó con el roce de su nariz. La agonía de sentirse tan cerca y tan lejos se hizo insoportable hasta que, tomando su rostro, Ryan terminó de acércala a él y se apoderó de su boca.

Abby supo lo que era sentir el universo estallar en sus labios cuando estos entraron en contacto con los de él. El anhelo se apoderó de ella y se aferró a sus hombros necesitando un punto de apoyo que evitase que cayese al mayor de los vacíos. Sus lenguas no tardaron en entrar en acción y buscarse con premura, se acariciaron, tantearon, saborearon y reconocieron. Y cada uno de los poros de su piel despertó para recibir sus caricias. Sus papilas se emborracharon del sabor extasiante de su boca y su cuerpo se encendió con un fuego abrasador que amenazó con consumirla sin remedio.

Ryan no podía creer que estuviese allí. Desde que la vio por primera vez sabía que era suya. No tenía ninguna duda y después de tantos meses anhelándola en sueños, ahora estaba entre sus brazos. Se apoderó de su boca con una necesidad desesperada y agónica. Y cuando la probó finalmente ella le supo a felicidad. En el momento en el que sus lenguas se tocaron, cada parte de su anatomía despertó con la intención de poseerla, como no había querido conseguir a ninguna mujer antes; con todo su cuerpo, con toda su alma. Como si ella hubiese estado escrita en las estrellas, solo para él.

—¡Papá, nos vamos al paintball, que sois unos tardones! —gritó Olivia desde fuera y ambos se separaron abruptamente, volviendo a la realidad, sin ser capaces de asimilar lo que acababa de suceder entre los dos.

## CAPÍTULO 12

—En momentos como este es en los que me planteo abandonar a mi familia, irme con un circo ambulante y convertirme en domadora de pulgas.

—Aja...

Laila sonrió de oreja a oreja mientras daba un gran sorbo con la pajita a su limonada. Se le había antojado esa tarde tomar una y había embaucado a su hermana para que la acompañase. Aunque ese no había sido su único propósito para querer salir con ella. Desde que envió a Abby a la consulta del doctor West, la veía diferente. Y sus sospechas se confirmaron cuando él fue a llevar a Nicholas a la peluquería y vio como ambos se miraban. Pero su interés había pasado a cotas astronómicas cuando tras la subasta y la feria, su hermana pasaba más tiempo en las nubes que centrada en cualquier cosa. Con frecuencia le preguntaba algo y recibía como respuesta sonidos ininteligibles. Ya empezaba a convertirse en un divertido pasatiempo inventar historias descabelladas y contárselas para comprobar que no la estaba oyendo. Y en esa ocasión no había sido diferente.

—¿Sabes? Siempre quise dedicarme a la doma de esos bichejos. Pueden parecer poca cosa, pero creo que en el fondo tienen mucho que ofrecer al mundo. Si cierro los ojos puedo verlo claramente. Yo me pondría un traje de lentejuelas doradas y un sombrero con plumas azules y blancas. Y con una pequeña varita las dirigiría por un escenario de siete pistas...

—Claro, claro —le dijo su hermana pasando el dedo índice por el filo de su vaso, distraídamente.

Laila bufó.

—Y después saldrías tú, vestida de foca y darías palmas para animar al público. Mira, sería algo así...

Abby sacudió la cabeza cuando vio a su hermana hacer palmas con las manos invertidas y soltar gritos como una puñetera foca loca.

—¡Maldita sea, Laila! ¿Qué estás haciendo? —le preguntó deteniendo el movimiento de sus manos y mirando a un lado y a otro, confirmando que todos los presentes en la cafetería las estaban observando.

—¡Abby! Pensé que me apoyabas con lo de mi sueño... —dijo Laila haciendo ver que se sentía confusa y desconcertada.

—¿De qué diablos estás hablando? —le preguntó parpadeando frenéticamente, sin entender qué tipo de aspiración podía tener su hermana que incluyese hacer la payasa.

—¡La de ser domadora de pulgas! —repuso Laila muy seria y convencida, clavando su mirada azul en ella.

Abby abrió los ojos de par en par ante aquella ridícula respuesta, hasta que vio que las comisuras de los labios de su hermana se inclinaban hacia arriba y al poco tiempo empezaba a reír a carcajadas, sujetándose el vientre con las dos manos.

Abby soltó el aire lentamente y bajó la cabeza asintiendo.

—Está bien, riéte de mí, me lo merezco. Supongo que he estado un poco... distraída.

—Distraída es poco. Esta mañana has estado a punto de tomarte el café con un chorrito de ketchup.

—En la India es la última moda —bromeó con gesto pícaro—. No, en serio. Perdona si no te he hecho mucho caso. Tengo muchas cosas en la cabeza. Entre el trabajo y...

—Y el doctor West —terminó la frase su hermana por ella.

Abby la miró durante un segundo en el que su mente buscó alguna forma de negar aquello, pero se dio cuenta de que iba a ser un esfuerzo vano.

—Está bien. Sí, el doctor West. Aunque no hay nada entre nosotros —apuntó levantando un dedo—. Salvo un par de besos...

—Abigail Jaime Sutton, ¿has besado al doctor? —preguntó su hermana falsamente escandalizada.

—En realidad empezó él...

Laila elevó una ceja y dio otro gran sorbo a su limonada.

—Apuesto a que sí. Y a que después protestaste muchísimo por su atrevimiento —dijo divertida.

—¡Oh, Dios! ¡Es que tiene una boca...! —dijo ella tocándose los labios para ilustrarlo—. ¡Fue tan...! Nunca había sentido nada igual... Superó todos los sueños que he tenido con él durante estos meses...

—¿Meses? Pero si hace unos pocos días que lo conoces.

Abby se encogió de hombros y apretó los labios escondiendo una sonrisa.

—En realidad no.

—¿Cómo?

—Lo vi el día que me marchaba del pueblo —Abby vio la cara de estupefacción de su hermana y se apresuró a continuar—. Ni siquiera hablamos. Solo nos cruzamos en la puerta del Stardust. Pero... sentí algo. Algo que hizo que no lo olvidara durante este tiempo. Pensé que no volvería a verlo jamás, pero aquí está...

—¡Fascinante! —dijo Laila con una enorme sonrisa en los labios.

—Sí...

—¡No! ¿Te estás oyendo? Es como si hablaras del destino. —El comentario de su hermana le provocó un escalofrío.

—¡No seas ridícula! ¡Yo no he insinuado nada de eso!

—¡Claro que sí! No pienses en ti e imagínate que es una película. Dos desconocidos que cruzan sus caminos —comenzó a relatar su hermana gesticulando con las manos como si le presentase el argumento de una novela—. Nunca se han visto antes, pero una fuerza superior a ellos hace que queden hechizados el uno por el otro. Tienen que separarse, pero ninguno de los dos puede olvidar ese momento. Y cuando vuelven a encontrarse, ¡zas! —La palmada de su hermana, frente a sus ojos, la hizo dar un respingo hacia atrás. Y Laila volvió a reír con ganas.

—¡Dios mío! ¡Cómo me arrepiento de habértelo contado!



—No seas así, estoy de broma. Aunque no te voy a negar que sí creo que hay algo mágico entre vosotros. El destino existe y en este pueblo tenemos pruebas constantes de ello.

—Como me digas que tú también estás enganchada a la chorrada esa el horóscopo...

Abby temió su respuesta. Para Laila, ella había sido contratada en el periódico para hacer trabajos de corrección. No se había atrevido a contarle nada sobre su nuevo cometido. Y si le decía que creía en esas tonterías, no sabía cómo se lo iba a explicar.

—Pues sí. Veo como acierta cada semana. Sin ir más lejos, ¿recuerdas que el otro día Priscila se quejaba del poco caso que le hacía su marido?

Abby asintió y se inclinó hacia delante. La predicción que había hecho para piscis esa semana había ido enfocada directamente a solucionar sus problemas matrimoniales.

—Pues Gary apareció el otro día en su casa con un enorme ramo de rosas y dos billetes para una escapada romántica a Napa —le dijo abriendo mucho los ojos, como si fuese un milagro—. Esa Andrómeda ha salvado el matrimonio de Priscila. Y dudo que a ella la puedas convencer de que su destino no estaba escrito en las estrellas.

—Eso... eso... es una coincidencia —dijo restando importancia a sus palabras, pero una parte muy oculta en su interior se alegró de haberla podido ayudar, aunque fuese inventando consejos para la columna.

—Y eso no es todo —añadió su hermana. Y esta vez sí que se sorprendió. «¿Hay más?»—. Los hermanos Hayes se han prometido por fin con las mellizas de los Stevens. ¡Once años llevaban esperando esas pobres muchachas! Y ahora van a celebrar una boda doble este mismo verano.

Abby frunció el ceño. Dudaba mucho que eso fuese obra suya.

—Y Amy McGregor ha encontrado un nuevo empleo en Mobile. Y el horóscopo le había dicho que, si se atrevía a dar un gran paso en su carrera, obtendría una gran recompensa.

Ese era un comentario para Leo. Abby se preguntó cuántos leos habrían seguido su consejo.

—¿Alguien se ha quedado sin empleo por hacer caso a esa chalada? —preguntó encogiendo la mirada y temiéndose lo peor.

—¡Claro que no! No seas boba. El horóscopo no hace esas cosas.

—¡Ya! En fin, yo de ti no haría caso de esas majaderías —le dijo a su hermana apuntando mentalmente ser cautelosa con cualquier cosa que escribiese en aquella maldita columna.

—Pues yo de ti, sí lo haría. Si no fíjate en el tuyo. «Algo increíble está a punto de ocurrirte». Y si besar al macizo del doctor West no es increíble, no sé qué más lo será.

Abby volvió a echarse hacia atrás en el asiento, derrotada. Esa sí que era buena, ahora resultaba que vaticinaba las cosas que le iban a pasar a ella misma. Estaba definitivamente perdida.

## CAPÍTULO 13

Abby presionó el botón y empezó a escuchar el zumbido monótono de su vibrador. Eso era lo que necesitaba. Los meses de sequía la estaban volviendo loca, haciendo que ni se pudiese centrar en su trabajo, pues solo pensaba en Ryan y en lo que había provocado en ella con un par de increíbles besos. El hecho de que su cuerpo hubiese sufrido una especie de explosión sensorial solo podía deberse a que hacía mucho, mucho tiempo que no tenía un rollo con nadie. Era una mujer adulta, y estaba claro que su cuerpo le gritaba que era hora de desfogarse y darle un orgasmo. No es que hubiese estado manca esos meses. No había tenido parejas ni fijas ni discontinuas, pero había tenido múltiples fantasías con el hombre que ahora la estaba volviendo loca. El problema era que desde que se embarcó en su viaje de regreso, no había tenido tiempo para dedicarse unos minutos y atender a su libido. Algo que tenía que cambiar esa tarde.

Por fin se había quedado sola. Laila, Peter y Nick se habían ido a casa de unos vecinos a una barbacoa, ella también había sido invitada, pero la verdad es que ansiaba algo de paz, para quererse un poco y para pensar en soledad sobre todo lo que le estaba pasando. Las palabras de su hermana sobre el destino retumbaban en su cabeza una y otra vez. Como una pesada y pegadiza canción que no eres capaz de eliminar de tu mente, aunque quieras. Si a eso le sumábamos que la columna del horóscopo le estaba resultando una ardua tarea, y que Ryan le había mandado tres mensajes para concretar la cita que tenían

pendiente y ella no sabía qué responder, podría decirse claramente que estaba a punto del colapso.

Sacudió la cabeza cuando se dio cuenta de que seguía llenando su mente de todo lo que la agobiaba, en lugar de vaciarla para poder excitarse. Movi6 un poco el vibrador, arriba y abajo, sobre sus braguitas, intentando estimularse el cl6toris, y el hormigueo en la zona baja de su vientre no se hizo esperar.

¡Eso es! ¡Eso es! Ah6 estaba, eso era lo que necesitaba. Respir6 con profundidad un par de veces y se dej6 llevar por las sensaciones que la embargaban. La humedad comenzaba a acrecentarse en su sexo, que sent6 cada vez m6s henchido, y el rostro de Ryan inund6 su mente sin invitaci6n. Sus ojos grises se clavaron en ella y sinti6 c6mo se humedec6 los labios anticipando el beso que imaginaba que le dar6. Uno como el de la feria; c6lido, apasionado, necesitado y devastador. Apret6 los muslos y sinti6 con m6s intensidad la vibraci6n mientras se mord6 el labio inferior. Peque6as descargas sacudieron su vientre y la palpitaci6n subi6 de intensidad. En su mente, Ryan tomaba uno de sus pechos y lo masajeaba sobre su vestido, cuando este rasg6 la tela y se introdujo su pez6n en la boca, su espalda se arque6 sobre el colch6n, sintiendo que el orgasmo estaba a punto de llegar.

El tono de llamada de su m6vil hizo que frunci6se el ce6o, molesta. ¿Qui6n demonios la llamaba en ese momento? Decidi6 que era m6s urgente terminar con su sesi6n de autocomplacencia y desech6 la idea de tomar la llamada. «¡Vamos Abby, c6ntrate!», se dijo a s6 misma, volviendo a inhalar y presionando m6s el

aparato contra su clítoris. Estaba a punto, solo necesitaba un minuto más...

La llamada acabó y ella sonrió, viéndose a punto de conseguir su propósito, pero cuando estaba a punto de asomarse al abismo del deseo, el teléfono volvió a sonar. Gruñó con fuerza, dejando salir la frustración. ¡No podía ser! ¿Por qué tenía tan mala suerte? Una idea pasó por su cabeza, ¿y si era su hermana? ¿Y si le había pasado algo? Antes de volver a sopesar esa posibilidad una segunda vez, tomó su móvil y cogió la llamada.

—¿Diga? —respondió rezando para que no fuese su hermana.

—Hola, Abby. —La voz de Ryan al otro lado de la línea despertó inmediatamente su sexo y entonces se dio cuenta de que seguía con el vibrador allí, haciendo su trabajo. Las sensaciones que disfrutaba minutos antes, volvieron a ella con intensidad al saber que el objeto de su deseo estaba al otro lado del teléfono.

—Ryan..., q-qué sorpresa. —Abby se mordió el labio inferior al percatarse de que su voz había sonado como un jadeo grave.

—¿Es mal momento? —preguntó él notando que algo estaba pasando.

—No... sí... bueno... Tenía algo entre manos —terminó por decir, y en sus labios se dibujó una sonrisa traviesa.

—¿Prefieres que te llame en otro momento?

Abby apretó los labios, dudando. Una parte de ella quería quedarse a solas con su fantasía, pero otra mucho mayor, estaba tentada de hacerlo participe, aunque él no lo supiera. Mientras, su mano derecha seguía con aquel juego,

masajeando con el vibrador su sexo, a través de su ropa interior, sin tregua.

—En realidad, ¿puedes hacer una cosa por mí? —le preguntó dejando que su lado perverso tomase el control.

—Claro, lo que quieras... —Su voz sonó tan prometedora e insinuante que Abby la percibió como un susurro en los oídos y lo imaginó tras ella, pegado a su cuerpo desnudo, acariciándola allí donde sentía palpitar su feminidad.

—¿Puedes decir «chocolate caliente»? —Abby apretó los ojos, muerta de vergüenza y excitación en partes iguales. Si aquella era una fantasía inconfesable y si él pronunciaba aquellas palabras...

El silencio se hizo entre los dos cuando ella esperaba que él le preguntase a qué estaban jugando, la llamase loca, o algún que otro impropio. Pero entonces él la sorprendió.

—Chocolate caliente —le dijo despacio, con esa voz grave que le erizaba la piel y la hacía estremecer. Y todo su cuerpo reaccionó en respuesta, haciendo que se convulsionase en un gran orgasmo que la sacudió sobre la cama.

Se mordió los labios con fuerza para que él no la oyese gemir, pero cuando vio que eso sería imposible, cortó la llamada rápidamente.

Durante unos segundos permaneció sobre la cama resollando como si hubiese corrido una maratón. El calor le abrasaba la piel y el corazón bombeaba con tanta fuerza que podía sentirlo zumbando en sus oídos. Se estaba estirando en la cama plenamente satisfecha, cuando el teléfono volvió a sonar.

Ahora se sentía mortificada y abochornada. Miró la pantalla y vio que se

trataba de él, nuevamente. No lo iba a negar, se moría por hablar con él de nuevo, y contestó.

—Perdona, se me ha corta...

—¿Eso ha sido lo que creo? —le preguntó él interrumpiendo su disculpa.

—Mmm..., No sé lo que crees, pero seguro que te equivocas —dijo ella sonriendo, tapándose el rostro con la mano que tenía libre.

—Seguro que sí... —repuso él sin convicción y en sus labios también se dibujo una sonrisa—. Intuyo que ahora es mejor momento, y quería aprovechar para invitarte a cenar.

A Abby se le detuvo el corazón. Una cita, en serio. Ellos dos solos... No había nada más peligroso.

En ese momento otra llamada entró en su teléfono.

—Espera un segundo, tengo otra llamada —le dijo. Más para tomarse unos segundos para pensar, que por interés de hablar con otra persona.

—¿Abby? Soy Avery...

Ante el silencio sepulcral que se produjo en la línea, él se apresuró a continuar, mientras ella se preguntaba por qué la llamaba el sobrino de su jefe. Ni siquiera sabía que tuviese su teléfono.

—Avery Gates...

—Sí, ya sé quién eres. Hola, Avery. Me sorprende tu llamada.

—¿Ah, sí? Yo pensaba que no. Que mi forma de mirarte te habría dejado claro mi interés el otro día.

Abby puso los ojos en blanco.

—Pues la verdad es que no me di cuenta de nada —mintió.

—Bueno, supongo que he dejado pasar muchos días, pero te llamo porque quiero invitarte a cenar esta noche.

Abby no se lo podía creer. Sacudió la cabeza y dijo:

—Dame un segundo.

Lo puso también en espera.

¿Qué estaba pasando esa noche? ¿Cuántas posibilidades había de que dos hombres la invitasen a cenar la misma noche? Pero ella tenía las cosas claras. Uno de los dos no le interesaba lo más mínimo, y el otro era el mayor peligro que podía correr en su vida. Tomó aire profundamente antes de colgar una de las llamadas y tomar la otra para decir:

—Sí, Avery, saldré contigo a cenar.

—¿Avery? —Oyó la voz de Ryan, evidentemente sorprendido—. Creo que te has confundido de llamada.

Esta vez su tono era tan pétreo que Abby sintió cómo se le estrujaba el corazón en un puño.

—Lo siento... es que... había olvidado que tenía otro plan para hoy —mintió ella intentando infundir una confianza que no tenía, en su voz.

—Claro, no te preocupes. Otro día será. Siento haberte molestado —le dijo él justo antes de colgar la llamada.

Abby se quedó mirando el aparato durante largos minutos.



¿Desde cuándo era una cobarde?, se preguntó a sí misma, dejándose caer en la cama. No tuvo que esperar, una vocecita en su interior le contestó: «Desde que está en juego tu corazón».

## CAPÍTULO 14

—¿Interrumpo? —La voz de Christine en la puerta hizo que levantase la vista del teléfono. Aunque su ceño fruncido no cambió al ver a su colega en la clínica.

Desde la subasta de la feria, encontrársela cada día se había convertido en una fuente de tensión. Christine siempre había sido simpática y agradable, pero ahora le regalaba sonrisas coquetas e interesadas, y él no lograba verla de esa forma. Había podido conocerla bastante bien esos meses que habían compartido negocio y podía decir bien claro que no tenían nada en común. Y aunque era una mujer hermosa; con interminables piernas, un cabello largo y rojo como el fuego y un rostro de proporciones armónicas, como mujer no le despertaba el más mínimo interés. La respetaba como médico y en ocasiones había creído encontrar en ella a una amiga, pero parecía que se había equivocado.

Y allí estaba, haciéndose la encontradiza nuevamente, buscando una excusa para quedarse a solas con él. En nueve meses, Christine jamás había salido más tarde del horario estipulado en la consulta. Pero en los últimos días, esa era la tercera ocasión en la que lo hacía, permaneciendo allí hasta que él terminaba de atender a su último paciente.

—¿En qué puedo ayudarte, Christine? —le preguntó sujetándose el puente de la nariz. Aún no era capaz de asimilar la extraña conversación que había tenido con Abby, y no le apetecía lidiar con ese tema ahora.

Esa era su única noche libre esa semana. Su madre y Olivia habían ido a Mobile para comprar un vestido a su hija para su celebración de cumpleaños, y él había pensado que era el momento perfecto para invitar a Abby a cenar y por fin poder hablar con ella con calma. El día de la feria, salvo el increíble beso que habían compartido, apenas habían podido cruzar un par de frases en una conversación trivial, en presencia de los niños, antes de que ella tuviese que marcharse con su sobrino. Y empezaba a impacientarse.

—He visto que te quedabas hasta tarde, y he pensado qué quizás te apetecía ir a tomar una copa. Llevamos una semana de locos en la consulta, de vez en cuando viene bien relajarse. —Las pestañas de Christine aletearon y a él le pareció que veía a un dibujo animado.

En otro momento, tal vez hubiese aceptado. No sería la primera vez que tomaban algo, pero en aquellas ocasiones solo lo vio como dos compañeros que intentan conocerse para trabajar mejor juntos. Ella nunca había mostrado interés por él y no entendía qué le pasaba de repente. No le había demostrado ningún afecto y sin embargo ella no solo no cesaba en el empeño, sino que insistía más.

—Lo siento, ya tengo planes —dijo con una escueta sonrisa. Tampoco pretendía hacerle daño.

—¿Una cita? —preguntó ella y su falsa sonrisa pareció una mueca a causa de la tensión.

—Más o menos, sí —repuso esperando que se diese por aludida.

—¿Y conozco a la mujer en cuestión? —Ryan decidió que era el momento

de marcharse. Y se levantó rápidamente de la silla, cogiendo sus cosas.

—Pues probablemente, Christine. Este es un pueblo pequeño. Es difícil no conocerse. Y ahora, si me disculpas. No me gustaría llegar tarde. —La cortó rápidamente, saliendo por la puerta—. Nos vemos mañana —terminó, no dándole lugar a continuar con el interrogatorio.

La verdad es que necesitaba airearse y pensar. Y sin mirar atrás, salió de allí con la intención de pasar una aburrida pero tranquila noche que le permitiese poner la mente en orden. En definitiva, necesitaba encontrar explicación a lo que había sucedido en la conversación con Abby. Pues no creía equivocarse con ella. Sabía lo que ella despertaba en él, y tras besarla, no tenía duda de que ella sentía lo mismo. Sin embargo, por alguna extraña razón, ella se negaba a aceptarlo. Le había mandado un par de mensajes que ella había contestado cortésmente, sobre la cita que había preparado para ambos, tras el cumpleaños de Olivia. Y si la había llamado esa noche era porque no sabía cómo podría aguantar sin hablar con ella tantos días. Cuando oyó su voz al otro lado del teléfono, se sintió como un quinceañero nuevamente. Y al escuchar su tono afectado, excitado, estuvo a punto de ir a su casa a saciar el hambre desmedida que tenía de ella. Jamás habría imaginado que tendrían una conversación tan extraña, y mucho menos que esta terminase con ella aceptando una invitación a cenar de otro hombre.

Frunció el ceño y decidió no coger su coche e ir caminando hacia su destino. En ese momento solo había un lugar que le podía proporcionar la tranquilidad que buscaba; el cine.

Cuando llegó casi media hora más tarde, la taquilla estaba vacía. No era de extrañar, una noche entre semana y en un horario en el que solo reponían películas antiguas. Y más una noche de miércoles como aquella, en la que no había forma de saber qué proyectarían. Pues era la sesión de la «película sorpresa», Una peculiaridad más de aquella pintoresca población que no hacía más que maravillarle. A él no le importaba lo que pusiesen, solo encontrar paz. Tras pedir la entrada, fue a comprar un vaso grande de refresco y unas palomitas y entró en la sala, que, como pensaba, estaba prácticamente desierta. Tan solo dos personas más habían tenido la misma idea que él; el señor Miller, que ocupaba un asiento de las últimas filas, y una cabecita rubia que enseguida despertó su interés. Conforme sus pasos se fueron acercando a ella, sus sospechas se fueron confirmando, y al alcanzar la fila de asientos en el que la encontró, parpadeó perplejo sopesando estar teniendo una alucinación. Cuando Abby giró el rostro y lo vio allí parado se quedó petrificada, con la mano a medio camino de su boca, para llenarla de palomitas de caramelo.

—Vaya... ¿No tenías una cita? —le dijo él y ella dejó las palomitas dentro de su cartón. Ryan miró a un lado y a otro, recorriendo la sala. Estaba sola. No había quedado con nadie, pero había evitado salir con él.

—Yo no he dicho eso —intentó excusarse, intentando averiguar por su tono si estaba enfadado o no.

—Es lo que has insinuado —repuso.

—Es lo que has querido creer.

Ryan encogió su mirada gris y ella tragó saliva.

—¿Me tienes miedo, Abby? —La pregunta salió despedida de sus labios, al no encontrar otra explicación a haberlo engañado por teléfono. Era evidente que le había hecho creer que iba a salir con Avery Gates, y fuesen cuales fuesen sus motivos para hacerlo, quería saberlo.

Abby miró hacia atrás en los asientos, encontrándose con la mirada expectante del señor Miller, que había empezado a comer de sus palomitas observándolos fijamente, como si fuesen el mejor de los espectáculos.

—¡Eso es una ridiculez! —dijo con énfasis, pero bajando el tono para no dar más que hablar a su vecino—. ¡Solo he dicho que tenía otro plan para esta noche!

Abby vio a Ryan entrar en la fila y acercarse a ella, con la intención de sentarse a su lado, y los nervios se apoderaron de ella, haciendo que se enderezase en el asiento.

—Vamos a aclarar un par de cosas... —le dijo ya acomodado en la silla contigua—. Esta noche no tenías ninguna cita —afirmó.

—No, no la tenía, pero...

Ryan detuvo su alegato con un gesto de su mano. Y ella cerró la boca apretando los labios.

—No habías quedado con Avery.

—Noo.

—Y preferías venir sola al cine a quedar conmigo.

—Nooo.

Ryan sonrió y ella se dio cuenta de que acababa de darle la respuesta que buscaba.

—Entonces, si no has quedado conmigo, aunque era lo que deseabas, es que me tienes miedo.

Abby se quedó mirándolo un segundo bajo la tenue luz de la sala. Su voz susurrante y la cercanía de su rostro eran demasiado para su sistema nervioso. Como un suero de la verdad que la dejaba tan aturdida que le impedía usar dos neuronas a la vez para mentirle. Y decidió que estar jugando al gato y al ratón con él por todo el pueblo era una estupidez.

—No te tengo miedo a ti, sino a lo que me haces sentir. ¿Contento? Ya lo he dicho —Abby miró hacia adelante, a la pantalla aún en blanco, para no tener que leer la burla en sus ojos.

—Te entiendo —le dijo él en tono calmado.

Y no pudo evitar volver a enfrentarlo.

—Yo tampoco llego a comprender qué me pasa contigo. Pero ahí está. Y la verdad, es algo tan fuerte, que me niego a luchar contra ello.

Abby tragó saliva y contuvo la respiración. Él parecía no tener problema para verbalizar lo que ella tanto temía.

—Solo quiero conocerte, Abby. Algo me dice que hay una razón para que nos encontrásemos ese día en el Stardust, para que hayas vuelto, y para que estemos aquí juntos esta noche... a pesar de no haberlo buscado.

—Hablas como si fuera cosa del destino. Y eso es algo en lo que me niego a creer.

—Está bien, pues no lo llames así. Podemos pensar que es casualidad, oportunidad... una hermosa y misteriosa coincidencia, que no deberíamos dejar escapar.

Abby contuvo el aliento cuando él, sin previo aviso, tomó un mechón de su cabello y después deslizó la mano hasta acariciar su mejilla. Como si fuese atraída hacia un imán siguió la caricia e inclinó el rostro buscando su contacto, tan electrizante como hipnótico. Y cerró los ojos, dejándose llevar por la abrumadora sensación que la poseía cuando él la tocaba.

—Tú también lo sientes —le dijo frente a los labios. Notando el aliento masculino tan cerca que su cuerpo empezó a anhelarlo con necesidad.

Su mente estalló en mil pedazos cuando él terminó por apoderarse de su boca, al tiempo que la sala quedó a oscuras, a punto de comenzar la proyección.



## CAPÍTULO 15

—¡No puedo creer que lo digas en serio! —Abby rió con ganas y Ryan la acompañó mientras salían de la fila de asientos.

—Es la verdad. «Regreso al futuro IV» es la mejor de todas.

—¡Noooo! La primera es indudablemente mejor que las demás. Hay que estar muy ciego para pensar lo contrario...

Abby se detuvo al sentir a Ryan pegado a ella. Lo observó atentamente y vio que este le indicaba que bajase la voz. En la penúltima fila, el señor Miller dormía plácidamente recostado en la butaca, con la cabeza hacia atrás y la boca abierta.

—Pobre hombre. Según tengo entendido, desde que nacieron sus trillizas, no ha vuelto a pegar ojo. Parece que ha encontrado aquí su lugar de descanso —le dijo Abby en un susurro.

—¿Y de dónde has sacado tan succulenta información? —le preguntó él elevando una ceja, mientras salían de la sala.

—¡Uf! No te creerías las cosas que se llegan a oír en la peluquería de mi hermana. Si quisiese, tendría material para escribir un libro.

—Seguro que sí, aunque seguro que las historias que se cuentan allí no son tan escabrosas como las que disfruto yo en la consulta. Pero las mías se irán conmigo a la tumba. Me debo al secreto profesional —aseguró él sonriendo, con un halo misterioso.

Habían llegado a la calle. Y aunque ya era tarde, el aire templado y húmedo de principios de junio, los envolvió haciendo más evidente su sofoco. Abby no podía creer que finalmente, disfrutar de una película con él, hubiese sido tan divertido. Y ahora que estaban afuera, no le apetecía mucho terminar con la velada. Como si le estuviese leyendo la mente, Ryan le tomó la mano y durante unos segundos ambos observaron sus dedos entrelazados.

—No quiero que termine la noche —dijo ella, dejando que sus pensamientos cobrasen vida.

—Yo tampoco —repuso él y ambos sonrieron, como la primera vez que se vieron.

Ryan acortó la distancia entre ambos y parecía a punto de besarla cuando en lugar de ello le propuso:

—Me apetece un batido —confesó dejándola anhelando el beso.

Abby se mordió los labios. Durante la película habían estado hablando todo el tiempo, comentando escenas de «Regreso al futuro» y alternándolas con comentarios sobre ellos. Tan conscientes el uno del otro, que parecía que habían estado en una burbuja, sin más testigos que la película y el ronquido monótono del señor Miller. Y ahora, en el mundo exterior, se daba cuenta de que estaba siendo real. Él le había tomado la mano, de la forma más natural y buscaba su contacto sin pudor.

—De vainilla y...

—Tofe —terminó él por ella.

Y volvieron a sonreír.

—Está bien. Esto empieza a resultar muy raro —dijo comenzando a andar, sacudiendo la cabeza.

—No, solo es una maravillosa coincidencia, ¿recuerdas?

Ella asintió, pero el nudo de su estómago se hizo más intenso. Y dejó que fuera él el que hablase y le contase cómo fue su adaptación al pueblo cuando llegó, mientras paseaban de camino a la cafetería.

—¿Y para Olivia fue tan sencillo como para ti? —le preguntó minutos más tarde, ya sentados a una de las mesas del interior, con sendos batidos delante.

Durante la película, Ryan no había podido evitar contarle alguna de las anécdotas de su hija, incluyendo un par de trastadas que había hecho en la escuela. Abby no había sido una niña fácil tampoco. Siempre fue bastante rebelde y se sintió identificada con ella al instante. Y cuanto más le contaba él sobre ella, más ganas tenía de conocerla mejor.

—No, me temo que no —dijo él borrando la sonrisa de su rostro por primera vez en la velada.

—Lo siento, tal vez no he debido preguntar —se apresuró a decir.

—No importa. No es ningún secreto. Olivia es una niña muy inteligente, su mente no deja de fascinarme día a día. Pero ha pasado por mucho. Cosas muy duras que ningún niño debería vivir.

—¿Hace mucho que os separasteis su madre y tú?

—Dos años. Sin duda ese hecho le afectó, porque poco después Sylvia

decidió desaparecer durante un tiempo. Decía que necesitaba espacio y eso fue algo que mi hija no llegó a comprender jamás. Cuando su madre regresó a la ciudad, tras un año de ausencia, apenas pudo disfrutar de ella. La vio el día de su cumpleaños. El sábado hará un año. Poco después, su madre falleció.

El corazón de Abby se encogió en un puño.

—¡Oh! Lo siento mucho —dijo Abby y fue ella la que tomó la mano de Ryan en ese momento, percibiendo su dolor.

—Gracias. Fue duro para todos. Sylvia era una mujer joven, tenía toda la vida por delante y el shock fue tremendo. Pero mucho más para Olivia, que de alguna manera se niega a asumir que no volverá a verla jamás.

Abby bajó el rostro, con pesar.

—La entiendo perfectamente. Yo tengo unos cuantos años más que ella y sigo sin querer asumir mi pérdida. A veces me despierto en mitad de la noche y durante unos segundos creo que todo lo que he vivido desde la muerte de mis padres ha sido solo un mal sueño. Pero la realidad regresa con fuerza y te sacude. Aunque no se desprende del dolor.

Abby lo miró y se dio cuenta de que por primera vez desde que fallecieron sus padres, había contado a otro ser humano cómo se sentía. La sorpresa hizo que sacudiese la cabeza parpadeando varias veces.

—Lo siento. Estábamos hablando de Olivia. No he debido...

—Claro que sí. Es importante para ti. Y quiero que me lo cuentes —le dijo él impidiendo que ella apartase la mano y se alejase de él.

—No me gusta hablar de ello. De hecho, no lo había hecho hasta ahora — confesó soltando el aire que se hacía denso en sus pulmones—. En lugar de hacerlo salí corriendo cuando creí que no lo soportaría más.

—¿El día que te marchaste? ¿Cuándo nos vimos por primera vez? —apuntó él dando en el clavo.

—Sí —afirmó con una sonrisa triste—. Creí que si me alejaba lo suficiente volvería a respirar con normalidad. Que los recuerdos de ese día dejarían de acecharme.

—Por tu forma de hablar, imagino que no llegaste a conseguirlo.

—No —suspiró—. Las imágenes de ese día vuelven a mi mente una y otra vez, cuando menos lo espero. Cualquier cosa me recuerda a ellos. Hasta el latido de mi corazón.

—¿Tuviste el ataque el día que fallecieron? ¿Estabas con ellos? —le preguntó tomándola por la muñeca para sentir su latido, cada vez más acelerado.

—No, pero vi cómo morían.

Ryan la miró a los ojos y leyó el dolor en los mismos, hasta que ella desvió la mirada.

—El avión estaba a punto de aterrizar y yo veía la pista a través del cristal de la terminal. Contaba los minutos para reunirme con ellos. Habían ido hasta Nueva York para verme, teníamos mucho que celebrar. Estaba nerviosa y feliz. Y de repente aquel enorme aparato, llegando al suelo, estalló. Estaba allí y un segundo después era un amasijo de hierros. Una nube de humo, llamas y

desolación. Y mis padres ya no existían, ya no volverían conmigo nunca más —relató Abby con la mirada en la copa del batido, reviviendo en la retina las imágenes del estallido del avión. Su piel se erizó y solo despertó de la visión cuando escuchó su nombre de labios de Ryan.

—Abby...

Lo miró y entonces oyó el pitido de su pulsera de actividad, avisándole de que su pulso se había disparado, como si estuviese corriendo una maratón.

Ryan no lo dudó, y a pesar de la estupefacción que le provocó su relato y el descubrimiento que acababa de hacer, tomó su rostro entre las manos y la besó con suavidad en los labios. Quería beberse su dolor, su tristeza, y la sensación de pérdida que la embargaba, llenándola de todo lo que sentía él por ella. Percibió su estremecimiento bajo su contacto y su aliento entrecortado cuando él abandonó sus labios para apoyar la frente en la suya. Recibió toda la ternura que ella escondía celosamente, y su vulnerabilidad le traspasó la piel.

Ella no quería ni oír la palabra destino, pero ¿de qué otra forma podría describirse que ella estuviese allí, con él? Que sintiesen lo que sentían y que las vidas de ambos hubiesen cambiado el día que los dos perdieron a seres queridos en el mismo accidente. Su exmujer había muerto en el mismo accidente, en el mismo avión, que sus padres. Sus mundos y los de sus seres queridos se quebraron en el mismo momento. Y de alguna manera, ese hecho había unido sus destinos. Y aunque ella no creyese la providencia, ¿qué otra forma habría de describirlo?

## CAPÍTULO 16

Abby despertó aquella mañana con la sensación de haber dormido lo que hacía meses que no conseguía. No recordaba lo que había soñado, pero sí la sensación de seguridad y placidez. Y tenía claro que el culpable no era otro que Ryan. Aún no conseguía entender de qué manera él había logrado que se abriera y le contase cómo se sentía, pero lo había hecho. Estaba tan sorprendida, que durante todo el día se descubrió a sí misma recordando momentos de su cita y sonriendo. Se sentía con energías renovadas, hasta el punto de conseguir escribir la columna al completo en unas pocas horas.

Quizás sus predicciones habían sido demasiado positivas y entusiastas. Estaba segura de que la felicidad nunca era completa y que la vida estaba llena de altibajos, pero la sintió como un soplo de aire fresco y renovado. Cerró su ordenador portátil con una sonrisa y lo aferró como una adolescente a su carpeta llena de fotos de sus actores favoritos.

—¿Por qué suspiras así? —le preguntó su hermana quitándose el delantal. Ya era hora de salir de la peluquería e irse a casa a comer, y ni se había dado cuenta del paso de las horas.

—Por nada —repuso ella rápidamente, quizás demasiado rápido para no hacer sospechar a su hermana, que sonrió enigmática como si pudiese leer en su rostro cuanto necesitaba.

—Si tú lo dices... —dijo Laila dejando el delantal y su contenido tras el

mostrador.

—No te pongas a inventar, que te conozco. Y no hay manera de tenerte contenta. Si estoy seria, me ha pasado algo. Y si sonrío, tengo algún motivo siniestro para hacerlo.

—Lo de siniestro lo has dicho tú. Yo no creo que el doctor West lo sea en absoluto.

—Laila Sutton, ¡cierra esa boca! —la calló tomándola del brazo para salir de la peluquería—. Podría oírte cualquiera.

—Es verdad, después de verte media docena de personas besando al buen doctor en el Stardust, lo más grave sería que me oyesen hablar de él.

Abby abrió la boca y la volvió a cerrar como un besugo.

—Lo que me parece alucinante es que dejes que me entere por los chismes que corren entre los secadores de la peluquería, en lugar de ser sincera con tu hermana.

—Es que... no es para tanto.

—Perdona si no te creo. Ni de adolescente te conocí novietes. Eras de las que se dejaban querer y preferían soñar a enamorarse de verdad. Fuiste al baile con el primo Carl. Y ahora andas besándote por ahí con uno de los solteros más codiciados de la zona.

—Lo que pasa en este pueblo no es normal. No sé para qué necesitan un periódico si se enteran de todo con un margen de seis horas, y solo con el boca a boca.



—Nos gusta cuidar de nuestros vecinos.

—Desde luego, es la forma más suave de decirlo.

—Lo más importante ahora es que vas a contármelo todo con pelos y señales. De lo contrario me veré obligada a hacer un interrogatorio a los testigos que os vieron anoche.

—Vale, vale, pesada. Ahora te lo cuento todo, pero tendrás que hacer algo por mí a cambio.

Laila enarcó una ceja, temiendo qué podría pedirle a cambio. Pero finalmente y sabiendo que la información sería mayor que cualquier precio a pagar por saber lo que ocurría en el corazón de su hermana, aceptó.

\*\*\*

Abby se estiró la falda del vestido y se miró los flamantes zapatos de tacón antes de entrar en la clínica. Estaba segura de que, si su hermana hubiese sabido que le pediría su par favorito, se habría negado en redondo a hacer aquel trato. Tampoco ella misma habría imaginado que llegaría a pedírselos antes de ese día. No le gustaban los tacones, solían hacerle daño y destrozarle los pies, pero estaba decidida a dar una sorpresa a Ryan, y para ello si sus piernas aparentaban unos centímetros más, mejor que mejor.

—¡Wow! ¡Qué guapa, Abby! —le dijo Eliza nada más verla.

—Gracias —repuso con una radiante sonrisa.

—No recuerdo que tuvieses cita para esta tarde —indicó de repente la chica entornando la mirada y empezó a revisar su libro de citas.

—No, no la tenía. Solo necesito saber si el doctor West está con algún paciente ahora mismo.

—No. Hasta dentro de media hora no tiene citas.

—Perfecto. Muchas gracias —dijo ella con una radiante sonrisa, y antes de que Eliza pudiese impedirselo, se dirigió a la puerta de la consulta de Ryan. La gracia de dar una sorpresa residía en que no te esperasen así que no podía esperar a que ella lo avisase.

Pero cuando Abby abrió la puerta, con una enorme sonrisa por bandera, la que se llevó la sorpresa fue ella.

\*\*\*

Ryan se quedó de piedra al ver que la puerta de su consulta se abría abruptamente y Abby aparecía en el marco de la puerta. En cualquier otro momento habría estado encantado, no, feliz de que ella estuviese allí. Pero de todos los momentos inoportunos ella había elegido el peor de todos.

Tan solo un cuarto de hora antes, él estaba tan tranquilo en su consulta. Acababa de despedirse de Bobby Todd y su madre. El chico se había caído en una zanja y se había hecho un corte bastante feo en la pierna. Coserlo había sido una ardua tarea, dado que el niño de nueve años tenía pánico a las agujas. Pero finalmente le había dejado su móvil, sus auriculares y un juego que a su hija le encantaba y había conseguido terminar la cura sin más problemas. Acababa de quedarse solo en la consulta cuando su colega, Christine, entró en ella con el pretexto de pedirle su opinión sobre el caso de uno de sus pacientes.

Tenía que reconocer que ni cuando entró, ni cuando ella rodeó su mesa y le puso el expediente delante, ni cuando se pegó a él con la excusa de subrayarle algunas de las anotaciones que había hecho, había sospechado de sus siguientes movimientos. Pues con la habilidad de un mago sacando un conejo de su chistera, Christine se puso ante él, sentando el trasero sobre el expediente, en la mesa, se abrió la bata y la camisa y sacó sus pechos dejándolos rebosantes ante sus ojos.

Tan solo pudo parpadear atónito cuando ella se lanzó sobre él para besarlo. No tardó en poner las manos sobre sus hombros para apartarla, pero en ese momento Abby abrió la puerta y sintió que todo lo que habían construido el día anterior se hacía pedazos. Ella no permaneció en la puerta ni un segundo. Su rostro pasó de la sorpresa a la consternación, y de ahí al dolor más profundo. Y cuando ella salió corriendo supo que, si no iba tras ella, jamás tendría una nueva oportunidad de explicarse.

Apartó a Christine de encima suyo y esta protestó.

—¡Abby! —gritó escuchando el sonido de sus tacones por el pasillo que llevaba a la calle.

—¡Ryan! ¡No puedes dejarme así! Estamos hechos el uno para el otro —le dijo Christine mirándolo como si no pudiese entender la gravedad de lo que acababa de hacer.

—No sé qué te pasa, pero déjalo ya. No hay nada entre nosotros, y jamás lo habrá. Solo somos colegas, no puedo verte de otra forma.

Sin tardar un minuto más, Ryan corrió saliendo poco después a la calle. La bofetada de calor lo recibió, acompañando a la desesperación de no verla allí. Miró a un lado y a otro, abatido. Y entonces la vio entre un grupo de chavales que iban calle abajo. Corrió en su dirección como hacía años que no lo hacía, hasta que consiguió alcanzarla. Cuando la aferró por el brazo para voltearla, se le partió el alma al comprobar los ojos rojos e inundados en lágrimas de Abby.

—Abby, no es lo que crees.

—¡Oh, Dios, mío! No te atrevas a tomarme por imbécil. ¡No te lo permitiré!

—No te miento, no es lo que parece. No estaba haciendo nada con Christine.

—Solo estabas a punto de darte un banquete con sus pechos —dijo ella con sarcasmo e intentó sortearlo para seguir caminando, pero él se lo impidió.

—No tengo nada con ella. Tienes que creerme. No podría. ¿No lo entiendes? Lo que hay entre nosotros...

—¿«Nosotros»? No vuelvas jamás a referirte así a ti y a mí. No hay un «nosotros», y jamás lo habrá.

Tras sus duras palabras y la mirada de odio que le dedicó, Ryan se quedó petrificado. Ella no iba a escucharle. No en ese momento, tal vez no volviese a hacerlo. Y temió que la felicidad que había llegado a tocar con las manos, solo le hubiese durado unas horas.

## CAPÍTULO 17

—Tía Abby, ¿está ya la pizza?

Abby presionó la tecla de «enviar» de su ordenador portátil antes de levantar el rostro para contestar a su sobrino.

—En un par de minutos. Olivia y tú podéis ir eligiendo la película —le dijo cerrando la tapa del portátil.

—¡Vaaale! Pero no tardes, nos morimos de hambre —repuso Nick con un resoplido.

En cuando él salió de la cocina, Abby resopló también. Acababa de enviar la columna de esa semana, que finalmente había sufrido algunas modificaciones. Efectivamente, después de haber descubierto la verdadera naturaleza de Ryan, se había dado cuenta de lo excesivamente optimista y permisiva que había sido con el género masculino. Pero afortunadamente había tenido tiempo de remediarlo. Su plazo de entrega finalizaba a las doce de la noche, y le habían sobrado tres horas. Ahora ya podía disfrutar de aquella velada con su sobrino y Olivia, que había ido a casa para ver una película juntos.

Sabía que Ryan estaba organizando la fiesta de cumpleaños de Olivia para el día siguiente. Él mismo se lo había contado en la única cita que habían llegado a tener, y se alegraba de poder ayudar, por la niña. Olivia llevaba poco más de media hora en la casa y en ese tiempo ya había podido comprobar que su padre no exageraba al hablar de ella. Era muy inteligente, sagaz y perspicaz. Miraba de

una forma que te hacía pensar que podía leer a través de tus palabras. Era rápida, muy rápida, y la conexión con ella se hizo evidente en pocos minutos.

Sacó las pizzas del horno y llenó un cuenco con las patatas fritas favoritas de su sobrino. Laila y Peter habían salido a cenar fuera tras la última visita al ginecólogo, y no podían quejarse sobre la cantidad de comida basura que iban a ingerir. Por una noche no creía que fuese a pasar nada, y la verdad es que a ella solo le apetecía atiborrarse de todo aquello que calmase su maltrecho estado de ánimo. Ya había llorado cuanto estaba dispuesta a llorar por un hombre al que apenas conocía. De hecho, lo que se había dicho a sí misma era que no era por él, sino por lo estúpida que había sido ella, abriéndose, desnudando su alma con él. Tras meses y meses de encierro, la primera persona a la que abría su corazón no había tenido ningún problema en pisotearlo a la primera de cambio.

Sacudió la cabeza dándose cuenta de que una vez más se estaba dejando llevar por el dolor y decidió que no volvería a hacerlo en lo que restaba de velada. Los chicos no tenían que verla en ese estado. Ella era la tía Abby, la más divertida y enrollada de todas las tías, no un paño de lágrimas patético.

Colocó las pizzas en sendos platos y después cortó las porciones. Cargando todo cuanto pudo se acercó al salón donde la esperaban los chicos en una animada discusión.

—Tenemos que hacer el trabajo sobre el libro —decía Nicholas.

—Sí vemos la película evitaremos leernos ese tostón romántico —repuso Olivia.

—No puedes hacer un trabajo viendo la peli. Te suspenderán. —Como siempre su sobrino sonó a la voz de la razón. Era igualito que su hermana; responsable, serio y demasiado adulto para su edad.

Olivia sin embargo se parecía más a ella. Le gustaba transgredir los límites y sustituirlos por los suyos propios. Poner nerviosos a los mayores y hacerles sentir perdidos. Sus pobres padres habían pasado un calvario con ella de niña. Hasta que no alcanzó la pubertad fue una autentica pesadilla. Sin duda, Nicholas y Olivia se compenetraban perfectamente como amigos. Ella haría que Nick fuera algo más espontáneo y aventurero, y con suerte él infundiría sentido común a la niña. Algo que debía estar pasando ya, de lo contrario no se habrían convertido en mejores amigos.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó dejando los platos y el cuenco sobre la mesa.

Olivia fue la primera en lanzarse sobre las patatas.

—Tenemos un trabajo que hacer para literatura, sobre «Orgullo y prejuicio».

—Y Nick no quiere que veamos la película. Dice que eso es hacer trampas.

—No le falta razón. Es hacer trampas.

Olivia la miró con los ojos entornados.

—Ni siquiera tú puedes rebatir que está en lo cierto. Es trampa. ¿Por qué no quieres leerlo? Puedo asegurarte que es un gran libro. Uno de mis favoritos.

—Es un rollo romántico. Yo paso de leer un pastel como ese —repuso Olivia cruzándose de brazos.

Echando una rápida mirada a su sobrino y viendo la forma que este tenía de mirar a su mejor amiga, Abby adivinó que él estaba mucho más predispuesto a dejarse llevar por el amor preadolescente que Olivia.

«¡Amor! ¡Menudo espejismo!», pensó. Una idea pasó por su mente.

—¿Por qué estás tan segura de que no te gustará? —dijo sentándose en el sillón, junto al sofá que dejó para ellos.

—¿Perdona? ¿Amor? ¡Es una chorrada! —Abby no vio solo cinismo en su mirada, también el dolor de alguien a quien le han partido el corazón. La entendió perfectamente, pero no podía dejar que tan joven empezase a ver el mundo sin las gafas rosas propias de su edad.

—Bien, hagamos una apuesta.

Los ojos de Olivia brillaron al tiempo que los de su sobrino se escandalizaban.

—Os voy a dejar ver la película basada en el libro. Si te gusta, te comprometes a leer el libro para hacer el trabajo.

Abby sostuvo la mirada a la niña que levantó la barbilla, desafiante. Y por el rabillo del ojo vio a su sobrino dispuesto a protestar. Sin duda él pensaba que ella vería la película y después no leería el libro. Pero Abby se guardaba un as bajo la manga.

—No hay problema —dijo Olivia.

Abby le ofreció la mano y ella la estrechó para cerrar el acuerdo.

—No intentes engañarme, si te gusta la película, lo sabré.



—Tengo palabra —respondió la niña tras el primer momento de sorpresa.

—No lo dudo. Yo también —apuntó ella y mientras buscaba la película que necesitaba, sonrió orgullosa de si misma.

Cuando los chicos vieron que elegía en la cartelera «Orgullo + Prejuicio + Zombies», se quedaron con la boca abierta.

—¿Pero esto qué es? —preguntó Olivia.

—Lo que hemos acordado. Una de las películas basadas en el libro.

—Pero no es la que pensábamos... —protestó— En esta dice que hay zombis...

—Y acción, lucha, algo de sangre y un poquito de amor. ¿Qué ocurre, ya no estás tan segura de ganar? —la provocó Abby.

Olivia se cruzó de brazos y adquirió su pose más dura e inexpresiva para enfrentarse al reto.

Su estrategia de parecer indiferente le duró apenas quince minutos, lo que tardó en empezar a saltar en el sofá con cada pelea que transcurría en la pantalla. Pero no fue hasta que llegaron a los créditos de la película que tuvo que confesar. Durante la hora y tres cuartos que duró habían dado buena cuenta de toda la comida y un par de cubos de helado de vainilla con cookies y chocolate y Abby solo pudo agarrarse la barriga y esperar sonriente el veredicto.

—Está bien, está chula. Me ha gustado —dijo la niña con una sonrisa.

—Entonces, asumo que cumplirás con tu parte del trato y leerás el libro.

—Por supuesto. Ya te contaré qué me parece —aseguró Olivia y por alguna

extraña razón le gustó que quisiese compartir con ella sus percepciones del libro.

Asintió sonriendo cuando unos golpes en la puerta del jardín que daba a la cocina, los interrumpió.

Abby no tuvo tiempo de levantarse. Olivia y Nicholas fueron más rápidos y abrieron la puerta por ella. Cuando Abby llegó a la cocina, Ryan ya estaba dentro.

El corazón de Abby se detuvo rápidamente. Cuando él la recorrió con la mirada, se dio cuenta de que iba con pijama de pantalón corto y top de tirantes. Inmediatamente se sintió expuesta y cruzó los brazos sobre su pecho.

—Hola —la saludó él, clavando su increíble mirada gris en ella.

Ella se limitó a asentir. Las palabras no le hubiesen salido por mucho que lo hubiese intentado. Se recriminó mentalmente por ser tan patética. En un momento como aquel debía mostrarse fría, distante e impasible. Pero su presencia allí y las reacciones de su cuerpo le dejaban bien claro que no estaba preparada para verlo, aún.

—Solo he venido a por Olivia. Espero que se haya portado bien.

—¡Papá! —protestó la niña, junto a él.

—Claro que sí. Y lo hemos pasado genial—apuntó ella.

Durante un segundo volvieron a mirarse, y la tensión se hizo palpable ente ambos. Hasta que Abby apartó la mirada para dirigirse a Olivia.

—No olvides nuestro acuerdo. Espero impaciente tu opinión.

—¿Qué acuerdo? —preguntó él con curiosidad.

—Papá, no seas cotilla. Son cosas de chicas —repuso Olivia riendo.

La sonrisa que Abby dirigió a su hija le sacudió el alma. Le habría encantado encararla, obligarla a escucharlo, explicarle lo que había pasado y lo que sentía por ella, pero no podía delante de los niños. Finalmente, con pereza y desgana decidió que tendría que esperar y que era el momento de marcharse.

—Bien, pues será mejor que nos vayamos.

—Claro —dijo escuetamente.

Abby abrió la puerta y los dejó pasar. Tras despedirse Nicholas de Olivia, cerró la puerta con rapidez. Y se apoyó en la madera, resoplando. Lo último que escuchó fue la voz entusiasmada de Olivia, al otro lado, diciendo a su padre:

—Abby es super guay. Sería buena idea que salieses con ella.

## CAPÍTULO 18

Abby se quedó maravillada. Era la segunda vez que iba al cine esa semana, pero esta vez era por Olivia. No lo sabía, pero al parecer la niña quería ser directora de cine y su padre había decidido organizar su fiesta sorpresa en la sala en la que ellos habían tenido su primera cita. Había ido hasta allí por petición de su sobrino. Le dijo que le había caído muy bien a Olivia y que a ella le gustaría verla en su celebración. Acompañando a su hermana y a Nick, se sentó en una de las filas de la zona de atrás. Le sorprendió la cantidad de gente que había reunida, no solo compañeros y amigos de Olivia, sino personas del pueblo que evidentemente querían a la familia. Estaba observando al resto del público cuando un cuerpo masculino se interpuso en su camino.

—Muchas gracias por venir. —No tuvo que levantar el rostro para saber que era él.

—¡Doctor West!

—Por favor, Laila, llámame Ryan —oyó que le decía a su hermana.

—Por supuesto. No nos lo habríamos perdido. Nicholas lleva toda la semana hablando de ello.

—Es que estoy deseando ver qué le parece —apuntó Nick frotándose las manos. El chico había estado montando un vídeo para su amiga con fotos y mensajes de todas las personas que formaban parte de su vida, incluida ella.

Abby sabía que su sobrino se había involucrado bastante en la organización

de esa sorpresa y sonrió al ver su gesto nervioso y expectante. Hasta que Ryan se dirigió exclusivamente a ella.

—Estoy segura de que Olivia se alegrará mucho de verte, aunque no es la única.

El corazón se le aceleró y tragó saliva antes de hablar.

—No podía faltar. Olivia no se merece menos.

A Ryan no se le escapó su velado mensaje.

—Claro... —dijo tras resoplar. Abby pensó que entonces él se marcharía, pero no fue así. En su lugar él acortó la distancia entre ambos y se pegó a su cuerpo no dejándole aire que respirar—. Pero estoy seguro de que, si me dices la oportunidad de explicarme, también creerías que yo lo merezco —le dijo en un susurro.

Sin pretenderlo enlazó la mirada con la suya y fue un tremendo error. Las sensaciones que él le provocaba se apoderaron de ella, en ese mismo instante, y se sintió perdida. Tuvo que dar un paso atrás y sentarse para volver a respirar.

—Si necesitas ayuda para algo de la sorpresa, no dudes en decírnoslo.

Ryan no pudo responder pues en ese momento lo llamaron desde la otra punta de la sala. Se excusó con pereza y terminó por marcharse. Abby se hundió en el asiento y se aferró las sienes, cerrando los ojos.

—Estás siendo muy tonta, ¿sabes? —le dijo su hermana al oído.

—¿Perdona? —preguntó sin terminar de creer que Laila no se pusiese de su parte en ese tema.

—Shioban me contó que Berta le había dicho, y antes que a ella Eliza, que su prima Christine se ha ido del pueblo unos días.

—¿Y eso qué tiene que ver conmigo? ¿No estarás insinuando que debería aprovechar con Ryan ahora que su amante está fuera de la ciudad?

—¡Tan lista y tan cortita a veces! —Laila negó con la cabeza y Abby sopesó la posibilidad de dejarla sin palomitas, como castigo—. Dicen que se ha marchado porque no aguanta la vergüenza por su numerito del otro día. Que el rechazo de Ryan fue un duro golpe y que tenía que tomarse unos días para pensar.

A Abby le sorprendieron sus palabras, pero no podía admitir haberse equivocado tan pronto.

—Es una locura, ¿qué persona en su sano juicio se desnuda delante de un hombre con el que no tiene nada?

—Una que se deja llevar demasiado por las predicciones del horóscopo.

Abby se quedó petrificada en el sitio. ¿Podía ser culpable ella de lo sucedido con Ryan en su consulta?

—No puede ser... —dijo medio ida, entre cavilaciones.

—Pues sí. Aún no sé cómo Andrómeda se ha podido equivocar tanto. Le aconsejó que se lanzase con el objeto de su deseo y ella siguió el consejo al pie de la letra.

Abby descendió un palmo más en el asiento. Quería que se la tragara la tierra. Por suerte nadie pudo ver su rostro descompuesto. La luz de la sala se

apagó y todos los presentes tomaron posiciones para sorprender a Olivia, a punto de entrar junto a su abuela.

\*\*\*

Ryan decidió que aquel iba a ser el día. Ya había pasado el cumpleaños de Olivia, y los días suficientes para darse cuenta de que Abby no iba a ponerle las cosas fáciles. La había llamado varias veces y ella no le cogía el teléfono, ni le devolvía las llamadas, y ya no podía más. No pensaba perderla antes de que hubiesen podido estar juntos siquiera.

El trabajo se había vuelto un caos absoluto. Su número de pacientes se había cuadruplicado, en parte por la marcha de Christine, y por otro lado, sin motivo aparente, sus pacientes habían decidido hacerse todos un chequeo para asegurar su buena salud. La cosa era que, en medio de aquella locura, solo había una cosa en la que pensase; las ganas que tenía de hablar con ella, de contarle cómo le había ido el día, de saber cómo había ido el suyo, de compartir un helado, de perderse en su mirada o beberse su risa.

Los días pasaban y tenía claro que, si no era él el que movía ficha, no volvería a estar con ella. Con esa resolución había salido de la consulta e ido a buscarla a la peluquería, pero allí Laila lo informó de que su hermana estaba en el periódico. No lo pensó y fue hasta allí. Si tenía suerte la encontraría antes de que se marchase y podría invitarla a comer. Cuando llegó al antiguo edificio de ladrillo rojo en el que se ubicaba la imprenta y redacción del periódico local, casi saltó de alegría al darse cuenta de la suerte que había tenido.

Abby salía en ese momento, y estaba más bella que nunca. Llevaba un vestido blanco con falda de vuelo y ceñido a su estrecha cintura. El cabello recogido y algunos mechones ondulados enmarcaban su precioso rostro de ángel. Sus brillantes ojos azules no tardaron en percatarse de su presencia, a unos metros de la puerta. Ella se quedó inmóvil en el sitio, observándolo, y al comprobar que su mirada no estaba cargada de aquel rencor y dolor que le había visto las pocas ocasiones que se habían visto tras el incidente, decidió terminar de recorrer la distancia que los separaba. Pero entonces Avery Gates surgió tras ella, saliendo del edificio y la interceptó, interponiéndose entre los dos.

\*\*\*

Abby se había quedado absorta al encontrar a Ryan a la salida del trabajo. No iba a negar que no hacía más que pensar en él. Y si no había ido a verlo ella misma, era porque se sentía responsable y avergonzada por lo que había pasado. ¿Cómo iba a enfrentarlo, a dejar que él volviese a disculparse, sin ser ella la que confesase su implicación en la locura que había sufrido Christine? Pero él había ido hasta allí, y evitar hablar con él le parecía aún peor. Sería como seguir castigándolo por algo que no había hecho. Estaba a punto de salvar la distancia entre ambos e invitarlo a comer, cuando Avery la sobresaltó apareciendo de repente.

—¿Adónde vas, rubita? No me has dado tiempo a invitarte a tomar algo —le dijo el tipo regalándole una de sus enormes sonrisas de anuncio.

—Lo siento, Gates, pero tengo prisa. No puedo entretenerme —dijo para



intentar deshacerse de él.

—¡Ah, no! Llevo semanas queriendo pasar más tiempo contigo, pero pasas poco por aquí, estás siempre muy ocupada.

—Exactamente, es lo que acabo de decirte, sigo estándolo.

Abby intentó sortearlo, pero él apoyó uno de sus largos brazos en el dintel de la puerta, impidiéndole el paso. No pudo menos que resoplar, molesta.

—Sé que te gusto. He visto cómo me miras.

Fue el momento de alucinar y taparse la boca para no reírse en su cara.

—Sí, ¿verdad? ¿Y qué me ha delatado, mi aleteo de pestañas, la forma insinuante de lamerme los labios, o el poderoso olor a feromonas que desprendo cuando estás cerca de mí?

La sonrisa de Avery quedó congelada en su rostro, al no terminar de entender qué quería decirle. Tardó un par de segundos en hacerlo.

—¿Estás siendo sarcástica?

—Vaya, si al final no eres solo una cara bonita —dijo ella dando la conversación por finalizada.

Pasó debajo de su brazo y volvió a enlazar la mirada con la de Ryan. Estaba a punto de sonreírle cuando sintió que Avery la tomaba por el brazo.

—¿Te burlas de mí y quieres irte sin más?

Abby lo miró con frialdad de arriba abajo.

—Puedo irme sin más o dándote una patada en los genitales que te deje doblado por la mitad.

Avery la soltó inmediatamente al comprobar el centelleo peligroso de su mirada.

—Y ahora si me disculpas, ha venido mi novio a recogerme y no quiero hacerle esperar —dijo temiendo que quisiese volver a insistir a pesar de su amenaza. Pensar que no estaba disponible seguro que lo hacía desistir del todo.

Efectivamente, no dijo nada más. Y Abby siguió caminando los pocos metros que la separaban de Ryan. Mientras disminuía la distancia entre ambos sintió que sus sentidos ya empezaban a reaccionar. No sabía qué iba a decirle, ni cómo explicaría lo que con seguridad acababa de oír que declaraba, pero no le hizo falta. Pues cuando iba a saludarlo con el beso en la mejilla, él la rodeó por la cintura, y pegándola a su cuerpo, la besó.

La calle empezó a dar vueltas a su alrededor. Todo desapareció para ella, salvo Ryan. Con uno de sus brazos la pegaba a su cuerpo con posesión mientras con la otra la tomaba de la nuca y devastaba su boca con pasión desmedida. Sus lenguas no tardaron en buscarse y sumergirse en un baile endiablado que encendió cada uno de sus sentidos. Lo deseaba, lo deseaba tanto que sentía cómo su voluntad se desvanecía y su sexo reaccionaba con ansiedad, palpitante y húmedo. La estaba volviendo loca, y cuando creyó que estaba a punto de desmayarse, él dejó de besarla.

No la soltó. Solo dejó sus labios para acercarlos a su oído. Y provocándole una descarga de placer al sentir su aliento en el cuello, le dijo;

—No sé cómo serían tus novios anteriores, pero así es como se besa a una

mujer cuando te importa de verdad.

## CAPÍTULO 19

—¿Echas de menos Nueva York? —Ryan formuló la pregunta, al tiempo que enlazaba los dedos con los suyos en una caricia íntima.

La había sorprendido con un picnic a las afueras de Destiny. Y ahora, sobre una manta de cuadros, charlaban los dos, a la sombra de un árbol y acunados por el murmullo del río. No había un paisaje más idílico ni una compañía más perfecta.

Abby suspiró con la espalda apoyada en su pecho, mientras observaba sus dedos enlazados.

—De vez en cuando. Algunas cosas. La vida en Manhattan tiene otro ritmo, otros alicientes. Tú debes entenderlo, eres de allí.

—Es cierto, soy neoyorkino, pero la verdad es que prefiero este pequeño pueblo a una ciudad grande, como la gran manzana.

—¡No lo puedo creer! ¿No hay nada que añores?

—No. Tienes que entender que mi vida allí carecía de muchas cosas importantes, como el tiempo que paso ahora con mi hija. Aquí soy médico de familia, allí era cirujano cardiovascular. Mis turnos eran imposibles y casi no tenía tiempo para disfrutar de ella.

Abby asintió y sonrió. Le encantaba que él fuera tan buen padre.

—Así que definitivamente, mi corazón contigo está en buenas manos —dijo ella pretendiendo que fuera un comentario ligero y sin importancia.

—Puedo asegurarte que sí. Nadie va a cuidarlo más que yo. —La severidad con la que pronunció su afirmación le dejó claro que él estaba hablando de algo mucho más profundo.

Se giró entre sus brazos, poniéndose de lado. Quería mirarlo a aquellos increíbles ojos grises. Y sin pensarlo, solo dejándose llevar por la necesidad de sentirlo, posó una mano en la mejilla masculina y con la otra le apartó un mechón de la frente. Muy despacio se acercó a él y lo besó en los labios con sutileza, necesitando sentir la suavidad de sus labios, el calor abrasador que él provocaba en su cuerpo, que despertó inmediatamente bajo su contacto.

Cuando se separó de él, las respiraciones de ambos estaban afectadas.

—Será mejor que sigamos hablando. Entre mis planes no está hacerte el amor en medio del campo, a plena luz del día, donde nos pueda ver cualquiera.

La abierta declaración sobre un futuro encuentro sexual hizo que a Abby le faltase el aliento.

—¿Tienes planes? —preguntó no sabiendo si era buena idea mirarlo directamente a los ojos.

—Muchos planes. Y para algunos de ellos es preciso el uso de... chocolate caliente —dijo con voz grave e insinuante.

Abby bajó la vista inmediatamente, al tiempo que sus mejillas enrojecían como quemadas por el sol. La vergüenza y el recuerdo de la conversación telefónica en la que le pidió que le pronunciase esas palabras mientras se masturbaba, la abochornaron.

El movimiento rítmico del pecho de Ryan le dijo que él reía. Y se tapó el rostro con las manos.

—¡Dios mío! ¡No te rías!

—No lo hago. Pero gracias por la confirmación. Creía no haberme confundido al pensar que te había interrumpido en un momento... delicado —dijo apartándole las manos del rostro— Déjame verte. Si te hace sentir mejor, yo no he dejado de pensar en ti de esa manera, desde que te vi por primera vez.

—La verdad es que sí, me consuela un poco —dijo ella mordiéndose el labio inferior.

Ryan se quedó mirando su gesto, extasiado. Y al cabo de unos segundos, sacudió la cabeza y se pasó la mano por el pelo, resoplando.

—Está bien, cambiemos de tema. Dime, ¿qué es lo que más te gusta de Nueva York?

Abby empezó a reír con ganas.

—Me gusta el ruido, el tráfico... Y, llámame loca, pero me encanta que me griten en todos los idiomas.

—Loca —repuso él en respuesta a su comentario.

—¡Oye!

—Pero me encanta tu locura. También tu vitalidad, tu forma de pensar, de hablar... Hasta has conquistado a mi hija. Y ella es la persona más exigente que conozco.

—Olivia es un encanto —repuso, abrumada.

—Sí que lo es, aunque lo esconde muy bien. Estoy seguro de que en la escuela no opinan lo mismo.

—A los profesores suele costarles ver más allá de la superficie. Olivia es muy inteligente, perspicaz, y el otro día, observándola mientras veía la película, me di cuenta de que tiene un gran sentido de la amistad, la justicia y el valor. Todo eso, mal enfocado, puede hacerte crear algunos problemas a los mayores. Lo sé por experiencia.

—¿Eras una niña rebelde? —le preguntó él, sorprendido.

—Noooo, era una niña terrorífica —aseguró abriendo mucho los ojos.

—Me cuesta creerlo con esa cara de ángel —apuntó él acariciándole la mejilla.

—En el mejor de los casos, un ángel travieso —dijo sintiendo que se le erizaba la piel.

Él tendría planes, pero ella estaba a punto de morir por combustión espontánea. Él la enardecía con cada caricia, con cada mirada, con cada pequeño beso que depositaba de cuando en cuando sobre su hombro, su cuello, o sus labios. Y ya no lo soportó más. Posó una mano en su pecho, sobre su camisa celeste y tanteó con las yemas de sus dedos los fuertes músculos de su torso. Cuando pasó sobre su pezón él encogió el estómago y contuvo el aliento. Sonriendo con picardía, continuó su exploración.

—¿Qué haces? —le preguntó él con voz ronca.

—Nada... Es una caricia de lo más inocente.

—Ahora mismo no tienes nada de inocente —dijo él elevándole el rostro y viendo el fuego de su mirada, que lo dejó fascinado.

El siguiente movimiento de Abby le dejó claras sus intenciones. Pues ella se puso de rodillas ante él, le rodeó el cuello con los brazos, y pegándose a su cuerpo, se sentó sobre su regazo, a horcajadas.

—Maldita sea, Abby, vas a matarme —confesó él en tono afectado. Cuando ella sonrió y pegó la frente a la suya, él apoyó las manos en sus caderas, extasiado.

Abby no tardó en besarlo. Sabía lo que quería e iba a ir a por ello. Abrió los labios y lo invitó a invadir su boca con la lengua. Él sabía a deseo, a pasión y promesas de lo que sería fundirse definitivamente con su cuerpo. Cuando él gruñó su deseo contra su boca, e intensificó la presión de las manos en sus caderas, supo que estaba tan afectado como ella, que estaba conteniendo su deseo y quiso verlo desatado. Enredó los dedos en su cabello y mordió con suavidad su labio inferior. Él llevó una de sus manos hasta su muslo y lo acarició, subiéndole el vestido. Ella comenzó a moverse sobre él, buscando sentirlo. El calor de su vientre casi hizo fundir su sexo cuando la erección de Ryan se hizo presente, soberbia y pétrea, a pesar de estar contenida en sus pantalones. La única barrera que tenía ella eran sus braguitas, y la fricción la hizo enardecer, dilatando el centro de su feminidad. Lo que hizo que sus caderas adquiriesen vida propia y empezasen a moverse buscando intensificar su placer. Un nuevo gruñido le dijo que lo tenía al límite.



No tuvo dudas cuando él elevó las manos y tomó sus senos por encima del vestido. Fue su momento de gemir. Sus pezones erectos eran la prueba de lo mucho que le gustaba la forma en la que él los estimulaba, pellizcándolos con suavidad sobre la fina tela.

—No puedo más... —dijo él contra su boca—. Necesito hacerte mía.

—Y yo que lo hagas...

—¡Doctor West! ¿Está usted por ahí? —la voz del señor Cooper los sacudió de la nebulosa de deseo en la que estaban sumergidos.

—¡Maldita sea! —gruñó Ryan.

Abby se levantó de su regazo inmediatamente, y tan abochornada que supo que por mucho que intentase disimular, el anciano imaginaría lo que estaban haciendo sin problemas.

—¡He visto su coche y hemos parado para hacerle una consulta! —siguió explicando el señor Cooper mientras se aproximaba.

Acababan de sentarse cada uno en su lado y colocarse la ropa, lo más estirada posible, cuando el anciano, acompañado de su nieta, aparecieron tras unas matas.

—Señor Cooper, Sofie... —dijo Ryan saludándolos aparentando una naturalidad que ella no conseguía expresar.

—Lo siento mucho, doctor, mi abuelo... —Quiso excusarse la nieta del anciano, percatándose al instante de que los había interrumpido.

Abby apartó la vista y tomó la botella de agua sobre la manta, para beber con

ansia.

—¡Calla, Sofie! —dijo el hombre cortándola—. El doctor es el mejor médico que conozco y no está haciendo nada, ¿no lo ves? Seguro que no le importa contestar una preguntita...

Ryan se levantó de la manta y forzando una sonrisa se dirigió a su paciente.

—Estábamos disfrutando de un picnic, pero dígame, señor, ¿qué duda tiene que no puede esperar a mañana?

—¿Lo ves? No le molesta —dijo el hombre a su nieta, obviando por completo su indirecta. Y después se dirigió a él—. Pues mire, no consigo ir al baño. Atascado, completamente atrancado. Estoy hasta arriba de mierd...

—¡No siga...! Me hago una idea —se apresuró a detenerlo rápidamente antes de que les hiciera una descripción aún más gráfica de sus problemas para evacuar adecuadamente.

Se giró para mirar de soslayo a Abby que seguía en la manta y la vio cubrirse la boca para ocultar la risa.

—No tardo, lo prometo —le dijo frunciendo el ceño por la estrambótica situación.

—No te preocupes, es una urgencia médica grave. Lo entiendo perfectamente —repuso ella y apretó los labios, disimulando.

—Efectivamente, eso es —dijo el hombre.

—Está bien. No se preocupe. Lo acompaño a su coche y le digo lo que tiene que hacer, ¿de acuerdo? —le propuso ya guiándolo hacia su vehículo.

—El mejor médico del mundo, se lo digo siempre y no miento. Yo nunca miento, ¿sabe? —Oyó Abby que decía el anciano mientras se alejaban.

Ella se mordió el labio nada más quedarse sola. Miró la manta arrugada y recordó lo que había estado a punto de pasar. Estaba tan encendida que nada la hubiese detenido.

Era una locura. Una auténtica locura. Una deliciosa locura.

## CAPÍTULO 20

—Aún no puedo creer que hayas montado todo esto —le dijo su hermana en la cocina de la casa. Desde allí podían ver a más de una docena de mujeres congregadas en el salón. Hablaban entre ellas y reían divertidas.

—Puedes dar a luz en cualquier momento. Me he estado informando. Los partos gemelares suelen adelantarse. Y pensé que estaría bien organizar tu fiesta de los bebés ya.

—No digo que no me guste. Es que me ha sorprendido. Normalmente suelo adivinar qué te traes entre manos, pero no he sospechado nada en absoluto.

Abby sonrió con picardía. Su hermana no solo no había podido anticiparse a su fiesta. Tenía una sorpresa que sabía que animaría la velada aún más. Pero se giró en el sitio, con la excusa de coger una de las bandejas de cupcakes rosas, y así evitar que ella viese su sonrisa satisfecha. Unos días antes, Peter y Laila habían recibido la noticia de que serían padres de dos niñas. Y la decoración de la fiesta al completo iba a ser rosa y blanca, como sabía que era el gusto de su hermana, que estaba encantada con la noticia de tener dos bebés a los que cubrir de lazos, encajes, vestiditos, diademas y demás accesorios que convirtiesen a las pequeñas en dos pequeños repollos.

Por suerte, sus sobrinas la tendrían a ella para echar algo de sal a tanto merengue. Se detuvo al percatarse de que, por primera vez desde que llegó, se estaba planteando quedarse en Destiny después de que su hermana diese a luz y

estuviese fuera de peligro. Se quedó perpleja al sopesar la posibilidad de que Ryan tuviese algo que ver con esa idea.

—¿Va todo bien? —preguntó Shioban adentrándose en la cocina—. ¿Necesitáis ayuda?

Abby se giró con una sonrisa en los labios.

—Todo bien. Haz el favor de llevarte a mi hermana de aquí. Debería estar sentada y no trasteando en la cocina. No se entera de que esta fiesta es para ella.

—¡Por supuesto! —apuntó su amiga. Y volvieron a dejarla sola. Sacudió de su mente los pensamientos sobre su permanencia o no en el pueblo y se decidió a centrarse en la celebración de la fiesta, que prometía que sería cuanto menos divertida.

Dos horas más tarde, reían a carcajadas hasta el punto de pensar que a su hermana le estallaría la barriga. Durante el juego de «adivina qué comida es», había dispuesto distintos tipos de papillas, compotas y cremas de chocolate, servidos en pañales. Y cuando su hermana se quitó la venda y vio la pinta de la crema de cacao en el que le había tocado a ella, su cara de repulsión no tuvo precio. Después jugaron a adivinar cuánto le medía la tripa, y las que menos se acercaron a la cifra tuvieron que ataviarse con un gorrito de bebé y un chupete. Las barrigas falsas de globos, la cronometración de cambio de pañal y el juego de las fotos de las asistentes cuando eran bebés, hicieron las delicias de todas, pero el momento álgido fue el campeonato de velocidad de tomarse el biberón. Ver a todas esas mujeres enganchadas a los biberones llenos de refresco de

frambuesa, succionando como locas, fue sin duda lo mejor de la fiesta.

Todas reían con ganas, hasta que llamaron a la puerta.

—¿Es el momento de abrir los regalos? —preguntó Laila como una niña pequeña el día de su cumpleaños.

—¡No! Aún no. Antes queda otra sorpresita...

Abby se frotó las manos y fue hasta la puerta, antes de que su invitado tuviese que llamar una segunda vez.

Las chicas la miraron con curiosidad y expectación.

—¿Qué has maquinado? ¡Abby, me das miedo! —le gritó su hermana desde su sillón.

Cuando regresó al salón, con el recién llegado, todas la miraron sin entender nada.

—¡Abby! Esta no es una fiesta de esas en las que se contrata un *boy* —le dijo Shioban.

—Pues qué suerte que Adrien no lo sea. —Su sonrisa maliciosa puso aún más nerviosa a su hermana, que parpadeó varias veces.

—¿Y entonces qué hace aquí? —quiso saber ella.

Abby se colocó delante de las chicas para hacer su presentación.

—Hermana, vecinas y queridas amigas, las que ya habéis sido madres sabréis que, con frecuencia en el momento de tener un bebé, las mamás tienden a olvidarse de que también son mujeres. Y no solo hay que cuidar de los más pequeños, nosotras también debemos cuidarnos y no dejar a un lado nuestra

feminidad...

—¡Ay, Abby! —exclamó su hermana llevándose la mano a la boca.

—Y para enseñarnos la mejor forma de hacerlo, ha venido el doctor Adrien Ferrec. Es sexólogo y será nuestro guía esta mañana en un mundo nuevo de descubrimientos —dijo gesticulando con las manos y señalándolo como si el recién llegado fuese una gran estrella.

\*\*\*

—¿Un huevo? ¿Quieres que me meta ahí un huevo? —La pregunta de su hermana resonó en la habitación deteniendo las risas de sus amigas.

—Créeme, querida, ese huevo será tu mejor amigo cuando quieras recuperar la elasticidad de tu suelo pélvico tras el parto —le dijo el hombre; francés, gay, y con un sentido del humor ácido que había hecho las delicias de su exposición durante la última hora en que les había mostrado, explicado su funcionamiento y vendido, todo tipo de juguetes sexuales.

—Yo se lo compro. Será mi regalo post-parto para Laila.

Su hermana la miró con los ojos muy abiertos.

—No pongas esa cara, lo hago por ti y mi cuñadito. No quiero que se te quede todo dado de sí ahí abajo, ¿sabes?

Laila se puso como un tomate y ella rompió a reír.

—Lo digo en serio. He leído sobre este chisme. Te lo metes y tienes que apretarlo con los músculos vaginales. Es para ejercitarlo y que quede todo tonificado.

—Una cosita, doctor Ferrec, ¿este huevo del demonio es solo para mujeres que acaban de ser madres? —preguntó su hermana a Adrien con gesto ladino.

—¡En absoluto! Todas las mujeres deberían ejercitar su suelo pélvico. ¡Es fundamental!

—Eso imaginaba. Pues póngame otro para mi hermana —le dijo a ella, entornando la mirada, como si la retara.

—¿De veras crees que tengo algún problema en usar uno de esos? Yo no soy tan antigua como tú. Es más, me lo voy a poner ahora mismo —repuso ella, tomando una de las cajitas con huevos ejercitadores que Adrien había dejado sobre la mesa—, apúntalo a su cuenta. Me lo regala ella —le dijo al hombre señalando a su hermana.

Y levantando la cabeza muy digna, se fue al baño para demostrarle que ella no se acobardaba con una tontería como esa.

La primera sensación fue extraña. Lo notaba, tenía una cosa ahí dentro, pero ni dolía ni era molesto. Era cuestión de acostumbrarse. Y tras colocarse las diminutas braguitas que llevaba ese día, y estirarse la falda del vestido, salió del baño mostrando la más radiante de sus sonrisas.

—Señoras... todas ustedes deberían de tener un aparatito de estos. No lo duden —dijo al regresar.

—Lo último que pienso hacer yo, a mi edad, es incubar un huevo —apuntó Eleanor Coldwater.

Y todas rompieron a reír.



Abby sacudió la mano y puso los ojos en blanco, dando por perdido al grupo. Estaba a punto de acercarse a su hermana a decirle que ella sí debía usar uno tras el parto, cuando su teléfono sonó. Lo tomó de encima de la mesa y cogió la llamada encogiendo la mirada al darse cuenta de que no conocía el número.

Cuando descubrió el remitente, se quedó petrificada.

—Lo siento chicas, tengo que marcharme.

—¿Cómo? ¿A dónde vas? —preguntó su hermana atónita.

—Lo siento, hermanita, es una emergencia. Volveré lo antes posible —dijo antes de salir precipitadamente de allí.

## CAPÍTULO 21

Cuando Abby entró en el despacho de la directora Quinn, sus ojos, antes de nada, se posaron en Olivia, sentada en una de las sillas. Tenía los hombros erguidos, nada amedrentada, y en su mirada incendiaria podía ver que estaba deseando enfrentar pelea. Hasta que la vio. Entonces cambió, mordiéndose los labios, insegura.

—Lo siento, Abby... —le dijo, pero fue cortada de inmediato.

—Olivia, será mejor que permanezcas en silencio —le ordenó la señorita Brice, la maestra de Olivia y Nick.

—Hola, buenos días —saludó a ambas.

—Buenos días, señorita Sutton. Siento que hayamos tenido que molestarla, pero la gravedad de este último incidente requería que actuáramos de inmediato. Hemos estado llamando al doctor West, pero no hemos dado con él. Olivia nos ha dicho que es usted la prometida de su padre...

Abby tragó saliva al tiempo que volvía a mirar a la niña. La súplica era más que evidente en ella, que le pedía con mirada mortificada que no la desmintiera. Resopló antes de volver a dirigirse a las mujeres.

—Dígame, ¿en qué puedo ayudarlas? —decidió atajar.

La directora apretó los labios, al ver que la interrumpía.

—Olivia va a ser expulsada de la escuela y necesitamos que un adulto responsable firme la expulsión.

—¿Expulsada? ¿No le parece un poco exagerado? ¡Es una niña! ¿Qué puede haber hecho para que quieran echarla a pocos días del final del curso?

—Me temo que este solo ha sido un incidente entre muchos. El expediente de Olivia es más extenso que ningún otro de la escuela. Y tan solo lleva un curso con nosotros. Tras mucho deliberar y después de haberle dado múltiples oportunidades para rectificar, tendremos que tomar estas medidas tan drásticas.

—Entiendo lo que quiere decirme. Pero le he preguntado qué ha hecho.

Los labios de la directora volvieron a fruncirse en un rictus severo. Colocó frente a ella una carpeta de cartón, bastante abultada, que parecía contener el expediente de Olivia. No iba a comentarlo, porque eso podría dejar en mal lugar su papel como adulto responsable de defender los derechos de la niña, pero su expediente escolar había sido al menos el doble que aquel, por lo que, si sorprenderla era lo que pretendían aquellas dos mujeres, no lo habían conseguido.

Se limitó a sentarse tras el escritorio, a pesar de no haber sido invitada a hacerlo y abrió la carpeta. Olivia había realizado pintadas en algunas de las taquillas de sus compañeros, marcándolas con una gran X roja. Ese mismo día también escribió en la puerta de la sala de profesores la palabra «Cómplices». En otra ocasión había pintado con rotulador indeleble, ojos en las paredes de varias zonas comunes. Sus últimas actuaciones habían estado dirigidas a inutilizar la puerta de la sala de profesores, sellando la cerradura con pegamento, y en esa ocasión había colgado fotos de sus maestros dentro una diana y las había

colgado por todo el centro.

—Como comprenderá, es evidente que Olivia ha alcanzado el grado de amenaza con esta última barbarie. Y no podemos consentir actos semejantes en esta escuela.

Abby parpadeó varias veces cerrando el expediente, ya había visto suficiente.

—Si no les importa, antes de seguir quiero hablar con Olivia, a solas.

Las dos mujeres volvieron a mirarla con si fuera del todo improcedente, pero no pudieron negarse.

—Está bien. Tiene cinco minutos. Nos gustaría terminar con esto cuanto antes —dijo la directora levantándose de su silla y saliendo junto a Amanda del despacho.

En cuanto se quedaron a solas Olivia se pronunció.

—Abby, siento haberles mentido sobre ti, pero...

—Eso no importa ahora. Ya lo hablaremos más tarde, pero necesito que seas muy sincera conmigo —le dijo girando su silla y tomándola de las manos. Puso su rostro a la altura del de la niña para escrutarla con la mirada.

Olivia se limitó a asentir.

—Yo no he visto lo mismo que ellas en ese expediente. Creo que se están equivocando de lleno.

La niña abrió mucho los ojos, sorprendida.

—Olivia, ¿estás sufriendo acoso escolar?

Olivia se quedó petrificada. Y Abby tomó el expediente y empezó a sacar las

fotografías de los incidentes.

—No creo equivocarme al pensar que estas equis marcan las taquillas de los chicos que acosan y en estas llamas cómplices a tus maestros por no actuar. Estas de los ojos son para demandar vigilancia y las fotos de tus maestros en dianas son para que se sientan un objetivo, como tú. Se me escapa lo de sellar la sala de profesores, pero...

—No me acosan a mí, pero sí a otros niños del colegio. No podía chivarme porque dijeron que si lo hacía la pagarían con Nick. No voy a dejar que le hagan daño a él, y pensé que a lo mejor si hacía estas cosas...

—Llamarías la atención de tus maestros.

La niña asintió.

—¿Y por qué sellaste la puerta de la sala de profesores?

—Se encierran allí a la hora de la comida mientras en el comedor pasan cosas.

Las dos se quedaron mirando y Abby le acarició la mejilla, con una sonrisa.

—Estoy muy orgullosa de ti.

Olivia le devolvió el gesto y suspiró aliviada.

En ese momento la puerta se abrió y las dos mujeres volvieron a entrar.

—Está bien. Es hora de zanjar este asunto —dijo la directora.

—Estoy completamente de acuerdo. Porque cuando los padres del resto de los alumnos sepan que la escuela en la que creen seguros a sus hijos, está dejando desamparados a sus pequeños para que abusen de ellos, y que la única

defensa que tienen es una niña de once años que está a punto de ser castigada por intentar llamar su atención sobre las cosas que deberían haber visto ustedes solos, las cosas se van a poner muy, pero que muy feas para el centro. Empezando por su directora, y terminando por cada uno de los profesores que con su ineptitud y pasotismo han sido cómplices y no han sabido defender a los niños —dijo ella con determinación y firmeza, dejando la carpeta sobre la mesa, con un golpe seco.

La directora tomó asiento, blanca como el papel. Y aquel fue el comienzo de la revolución dentro de la escuela.

\*\*\*

Ryan se pasó la mano por la frente limpiándose el sudor. En el tiempo que llevaba en ese pueblo no había tenido tanto trabajo ni emergencias tan extrañas como en los últimos días. Dejó su maletín en el asiento del copiloto de su coche y se dejó caer en el suyo, soltando un suspiro cansado. Se miró la camisa y vio que la tenía manchada con la sangre de los hermanos Hayes. Aquellos dos insensatos se habían peleado acusándose mutuamente de estar traicionándose entre sí con sus respectivas novias, las mellizas Stevens. Y tan solo unos días después de haberse prometido con ellas. No habían dejado de pelearse hasta que habían terminado ambos con contusiones, cortes e incluso costillas rotas. Y ese no había sido el caso más raro que había atendido.

Decidió que lo mejor era irse a casa directamente. Su madre había ido a Nashville a ver a una vieja amiga y él iba a comer con su hija. Quería llegar a

tiempo de cambiarse de ropa y que esta no lo viese manchado de sangre. Pero cuando llegó a la puerta de su casa, media hora más tarde, se sorprendió al encontrar el coche de Abby allí aparcado. Bajó del vehículo con una sonrisa en los labios. Verla siempre era motivo de alegría, y besarla borraría todo el cansancio acumulado ese día.

Cuando entró en la casa las risas provenientes de la cocina llegaron hasta él. Y con sigilo se acercó a mirar. En el marco de la puerta se quedó fascinado viendo la escena. Olivia y Abby parecían colaborar para cocinar pasta. Charlaban animadas y reían entre confidencias. La imagen no pudo parecerle más hermosa. Volvió a sonreír y con pereza se apartó de la puerta, decidiendo subir a cambiarse antes de hacer acto de presencia. Cuando bajó minutos más tarde con una camisa limpia y un nuevo vaquero, ambas se quedaron mirándolo. Y ante el cambio en sus gestos supo que algo había pasado y que su felicidad de minutos antes, había sido solo un espejismo.

—¿E iban a expulsarte? —preguntó furioso tras relatarle entre las dos, durante la comida, lo sucedido en la escuela.

—Sí, pero Abby los puso en su sitio —dijo Olivia con orgullo.

—Y no sabes cuánto se lo agradezco, pero no entiendo por qué no me contaste todo esto antes a mí. Olivia, ¡soy tu padre! No estoy aquí solo para reñirte. ¿Acaso te he dado la impresión de no poder contar conmigo, en algún momento?

—No papá, pero es que no sabía cómo hacerlo.

—¿No sabías cómo contármelo?

Olivia negó con la cabeza y bajó la mirada.

—Si te sirve de algo, tampoco me lo contó a mí —intervino Abby para calmar los ánimos—. Simplemente lo descubrí al ver el expediente de Olivia que la directora pretendía usar en su contra para expulsarla.

—Viste una historia en todas aquellas pruebas, como buena periodista —adujo Ryan suavizando el gesto.

Abby se sintió tan halagada como avergonzada. Su actual trabajo no es que fuese el *súmmum* del rigor periodístico. Y simplemente asintió.

—Es más fácil cuando se ve el conjunto. No llego a comprender cómo en el colegio no se han dado cuenta antes de lo que estaba sucediendo. Eran tres los niños acosados y cuatro los acosadores. La directora me ha asegurado que se tomarán medidas disciplinarias contra los abusones y cambiarán bastantes cosas en la forma de llevar este tipo de casos y en el trabajo de los profesores.

—¿Y Olivia? —preguntó él dando la mano a su hija.

—Olivia ha sido muy valiente —dijo ella sonriendo—. Y además de haber quedado libre de culpa, su expediente está inmaculado.

—Pues eso hay que celebrarlo. ¿Qué tal si os invito a un helado, antes de tener que volver a la consulta? —preguntó Ryan levantándose de la mesa para empezar a recoger los platos.

—Sí, papá, ¡vamos los tres a tomar helado! —exclamó Olivia, mientras empezaban a recoger ellas también.



—Perfecto, así me contáis cómo es que te han llamado a ti con todo el tema este de la expulsión —dijo señalándola.

A Abby, de la impresión, y pensando que tenían que contarle que el colegio la tomaba por su prometida, se le cayeron los cubiertos al suelo. Cuando se agachó a por ellos, tras el estrépito, el sonido de un nuevo objeto precipitándose contra el suelo la dejó petrificada, abochornada y más roja de lo que había estado en su vida.

Sin atreverse a levantar el rostro siquiera, tuvo que oír la pregunta de Olivia, mientras deseaba que se la tragara la tierra.

—Abby, ¿acabas de poner un huevo?

## CAPÍTULO 22

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó Lenora al entrar en la cocina por la puerta que la comunicaba con el jardín.

Los rostros atónitos de su hijo, su nieta y la señorita Sutton, más roja que un tomate, la miraron estupefactos.

—Abby acaba de poner un huevo —dijo Olivia finalmente.

—¡Oh, Dios mío! ¡No acabo de poner un huevo! —dijo ella tapándose el rostro—. Estaba probando un chisme de estos cuando me llamaron de la escuela. Y la verdad, no he tenido tiempo de acordarme de él —quiso explicarse de alguna manera aunque, la verdad, no creía que fuera a encontrar palabras suficientes que dieran sentido a esa abochornante situación.

—¡Ah! —repuso la madre de Ryan acercándose—. Yo también uso uno de esos, querida.

—¡Abuela! —exclamó Olivia, alucinada.

—Hija mía, cuando tengas mi edad, si no quieres terminar llevando un pañal, tendrás que ejercitarte también —repuso la anciana con total naturalidad.

Abby, que se había quedado petrificada en el sitio, la vio dejar su bolso sobre la encimera, como si ya hubiese dado el tema por zanjado. Miró a Ryan y vio que este contenía la risa, mientras Olivia seguía sin entender una palabra.

—Voy un momento al baño —dijo ella en un susurro, deseando lavar aquel chisme del demonio y guardarlo en su bolso cuanto antes.

—Claro, te esperamos para ir a tomar el helado—le dijo Ryan.

—¿En serio? —preguntó sorprendida. La verdad era que se sentía tan abochornada después del espectáculo que dio por sentado que la salida estaba cancelada.

Ryan se aproximó a ella y le susurró al oído.

—Tal vez puedas enseñarme cómo usas esa cosa esta noche.

Las mejillas de Abby volvieron al color carmesí. Parecía que Ryan acababa de incluir su juguete en los muchos planes que tenía, y mordiéndose los labios, se metió en el baño antes de que él viese cómo se consumía por la excitación.

El helado estuvo delicioso y la compañía de Olivia, Lenora y Ryan, fue espectacular. Le habían contado todo el asunto de la escuela a la madre de Ryan, que al igual que todos, había pasado por todo un abanico de emociones con el tema. Desde la sorpresa al estupor y el más absoluto disgusto. La felicitó por su actuación y durante el resto del tiempo charlaron animadamente los cuatro.

Cuando llegó el momento de despedirse, Ryan la acompañó a su coche.

—¿Entonces, quedamos esta noche? —le preguntó él acariciando su mejilla mientras le apartaba un mechón de cabello.

Abby sintió cómo todo su cuerpo reaccionaba a su contacto. Y bajó el rostro. Sabía que tanto su hija como su madre los observaban a poca distancia.

—Estoy deseando estar contigo a solas —susurró él en su oído.

—No me provoques... Yo vivo con mi familia y tú con la tuya. Si tenías algo más íntimo en mente, deberías olvidarlo —aseguró con una sonrisa.

—Bueno, deja eso de mi cuenta.

Su declaración y la forma en la que ambos se miraron en ese momento, como si se acariciasen, hizo que tragara una saliva inexistente.

—Vale... Pues nos vemos esta noche —repuso abriendo la puerta de su coche.

Antes de darse cuenta de su siguiente movimiento Ryan la tomó de la cintura y, sujetándola con fuerza, depositó un beso sobre sus labios. Abby se quedó parpadeando mientras él se alejaba del coche con una sonrisa. Cuando Lenora y Olivia se despidieron con la mano, con sendas sonrisas encantadas, ella les devolvió el gesto, ruborizada.

Cuando Ryan fue a por ella, seis horas más tarde, el calor no había abandonado su cuerpo. Tan solo la promesa de pasar tiempo con él a solas había estado rondando por su cabeza la mitad del tiempo. La otra mitad la dedicó a sopesar la idea de contarle la verdad sobre su empleo. Seguía sintiéndose culpable por el suceso con Christine. Y le diese las vueltas que le diese, Ryan se estaba convirtiendo en alguien muy importante para ella. No quería mentirle. Tenía que contar la verdad tanto a su familia como a él. Por mucho que le avergonzase la verdad.

La suma de ambas cosas la había tenido con el estómago encogido, pero

cuando él llamó a su puerta y tras abrirla se quedó prendada de su mirada, todo desapareció para ella.

—Hola —dijo admirando lo bien que le sentaba el pantalón azul marino, ceñido a sus caderas, y la camisa celeste que hacía resaltar su mirada gris como una tormenta.

—Hola —repuso él haciendo lo mismo, salvo que sus ojos se desviaron primero a sus hombros desnudos, en los que tan solo descansaban dos pequeños tirantes amarillo pálido, como el resto de su vestido. Después descendió apreciando la forma de su cintura, de la curva de su cadera y cuando sintió que se le secaba la boca, volvió a su rostro, que mostraba una sonrisa.

—Estás preciosa —le dijo él acercándose a ella y, tras su declaración, la besó en los labios.

Fue un beso intenso y lleno de promesas a pesar de la brevedad. Y cuando él gruñó contra sus labios, llevado por la necesidad, Abby supo que esa iba a ser su noche.

—¿Una cabaña de caza? —Abby arrugó la frente y la nariz al mismo tiempo. Solo había ido una vez en su vida a un sitio así, cuando tenía doce años, y podía asegurar que no había sido una gran experiencia. Recordaba los olores y las piezas muertas de animales sobre la mesa. Un escalofrío recorrió su espalda.

—Era de mi abuelo. A mí no me gusta la caza y durante décadas estuvo abandonada. Cuando me instalé en el pueblo fui un día a verla, y desde entonces,

se ha convertido un poco en mi refugio.

Abby solo pudo asentir. La noche se había torcido mucho más de lo que pensaba. No quería estar con él en un lugar tan sórdido. Ryan tomó un desvío mientras salían del pueblo y no tardó en adentrarse en una zona boscosa. Cuando aparcaron frente a la pequeña cabaña de madera lo primero que le vino a la mente fue que aquel sitio se parecía más al escondite de un psicópata asesino que buscaba torturar a sus víctimas sin testigos, que a un nidito romántico.

Bajaron del coche y en la oscuridad de la noche aceptó la mano de Ryan para no torcerse un tobillo recorriendo la corta distancia que llevaba desde el vehículo hasta la construcción de madera. Contuvo el aliento y tan solo cuando Ryan abrió y encendió la luz para darle paso, lo soltó.

—¡Wow! —fue lo único que consiguió decir—. Esto es...

—Lo sé. Tengo que reconocer que cuando vine por primera vez solo pensé en quemarla entera. Pero después me decidí a convertirla en mi proyecto. Le puse un generador, tiré todo lo del interior, limpié, pinté, traje algunos muebles... Y, bueno, creo que ha quedado aceptable.

Abby no tenía palabras. Aceptable no era lo que ella tenía en mente. Era como una casa de cuento. Pequeña, acogedora, hogareña y romántica, muy romántica. Estaba claro que Ryan había pasado por allí ese mismo día, pues la mesa estaba puesta con una preciosa vajilla de porcelana blanca, una brillante cristalería, mantel, servilletas azul cobalto y un par de velas. La cabaña olía a limpio y a bosque. Recorrió el espacio, diáfano, deteniéndose especialmente en

la gran cama que ocupaba una de las paredes, cuando una idea se le pasó por la mente.

—¿Me has traído a tu picadero?

—¿Cómo? ¿Mi qué? —dijo él colocándose delante de ella.

—Tu picadero. Al sitio al que traes a las mujeres para acostarte con ellas.

¿No era eso en lo que pensabas cuando transformaste este sitio?

Ryan empezó a reírse a mandíbula batiente.

Fue a por ella y la tomó por la cintura.

—No. Jamás he traído a nadie aquí. Ya te he dicho que es mi refugio.

La idea de ser la primera que compartía aquel espacio con él le encantó. Y no pudo evitar sonreír.

—Entonces me has invitado para profanarlo. —Sonrió, coqueta.

—Exactamente, de todas las formas posibles —dijo él imitando su gesto.

Abby elevó los brazos y rodeó su cuello, pegándose a él.

—¿Y qué tenías pensado primero, cena o postre? —le susurró insinuante.

—Prefiero dejarlo a tu elección.

—Pues que sea postre. Siempre postre.

Cuando Ryan la llevó hasta la cama, sintió que el corazón comenzaba a desbocársele en el pecho. Como si pudiese oír su frenético corazón, él posó una mano sobre su cuello. Estaba segura de que podría sentir su latido en la yema de los dedos, tanto como lo sentía palpar hasta convertirse en un zumbido sordo en los oídos. Tomó aire intentando calmar los nervios. Pero no fue hasta que él se

apoderó de su boca que lo consiguió. Como si al tiempo que encendía todo su cuerpo, su alma recibiese un bálsamo que hacía que todo desapareciese a su alrededor.

Sintió la mano masculina presionar desde la nuca, acercándola a él. Y su lengua experta exigiendo penetrar en su boca para devastarla. Cada fibra de su ser enardeció. El calor abrasador de su vientre se extendió hasta su sexo latente. Y gimió. Se dejó llevar por el deseo y la necesidad de ser suya, por fin.

Segundos después él la tomó en brazos para dejarla en la cama, despacio, con calma, como si quisiese dar tiempo y no precipitar las cosas. Ella se recostó apoyando los codos y lo contempló. Ryan comenzó a desnudarse, despacio y haciéndola volver loca. Era escandalosamente abrumador. Tenía el torso grande y fuerte, la cintura estrecha, un estómago en el que se marcaban cada uno de sus abdominales. Los oblicuos descendían indicándole el camino que la llevaría a la perdición. Cuando se desabrochó los pantalones y los dejó caer junto con sus calzoncillos, se sintió una virgen viendo por primera vez el imponente miembro de un hombre. No sabía que él escondía semejante poder entre sus piernas y se relamió los labios, como una gata golosa.

Ryan descendió hasta ella sin pensarlo un segundo, colocándose entre sus piernas. Con la boca a la altura de su vientre, apoyó los codos a ambos lados de su cuerpo.

—Quiero besarte —confesó ella abiertamente.

—Tendrás que esperar —dijo levantando la falda de su vestido y besándola



sobre las braguitas. El fuego incandescente de su interior la dejó sin aliento.

Se encogió ligeramente. Pero antes de que pudiese decir nada, le dio otro beso, y esta vez atrapó la tela entre sus dientes tras mordisquearla con suavidad. Abby gimió y cuando esperaba una nueva acometida de su boca, sintió sus dedos aferrar las tiras de sus braguitas y tirar de ellas hacia abajo, despojándola de la prenda. Cuando la tuvo expuesta, le subió la falda hasta las caderas y le abrió las piernas, doblándole las rodillas para exponer su sexo henchido como el mayor de los manjares, solo para su plena satisfacción. Sonrió y hundió el rostro en su sexo. Aspiró el aroma de su esencia femenina mientras frotaba los labios contra su monte tierno. Sin dejar de torturarla, la observó. Ella se aferró a las sábanas y se abrió más para él.

Ryan, disfrutando de verla tan entregada siguió atormentándola, mordisqueando la zona cada vez más sensible y húmeda. Comenzó un camino tortuoso de besos por el interior de sus muslos que la hizo hervir por dentro. Sintió cómo se humedecía su sexo y comenzaba a palpar anticipándose a la embestida de su boca. Cuando pensó que se volvería loca, él abrió con los dedos sus pliegues y lamió su centro con éxtasis.

La acometida de su lengua la dejó sin respiración y jadeante. Pero él no se detuvo y la saboreó con hambre, con anhelo, no dejando un centímetro de su sexo sin atención. Enfebrecida, bajó una mano para presionar la cabeza masculina contra su sexo mientras se arqueaba ofreciéndose. Oleadas de placer cada vez más devastador fueron apoderándose de cada nervio, cada célula de su

cuerpo, hasta que estalló envuelta en una neblina espesa de deseo. Al hacerlo gimió desbordada por la sensación de plenitud que la embargó. Y se levantó como un resorte.

Él enlazó la mirada con la suya y algo se removió en su pecho de forma inquietante. Lo tomó del cuello y tiró de él para que ascendiera sobre su cuerpo. Lo necesitaba dentro, muy dentro, y en ese momento. Jamás había sentido esa necesidad con nadie y estaba segura de que de no satisfacerla, se consumiría para siempre.

Ryan no la defraudó y se acomodó entre sus piernas haciendo rozar sus sexos, devastó su boca, descendió por su cuello, deleitándose en la forma en la que cambiaba el ritmo de su respiración al llegar al lóbulo de su oreja, al hueco de su clavícula. Tiró de los tirantes hacia abajo haciendo descender el vestido y el sujetador hasta su cintura y dejando así sus pechos al descubierto. Libres, llenos, firmes, cuyos pezones oscuros y endurecidos reclamaban la atención de su boca. Los lamió con codicia, jugando con ellos mientras Abby se arqueaba a punto del delirio. Ella comenzó a gemir entregada y él se volvió loco con su respuesta.

—¡Dios mío! Ya no puedo más —exclamó ella con aliento entrecortado.

Él simplemente sonrió, antes de entrar en ella de una sola embestida, hasta llenarla por completo. Se miraron a los ojos, perdiéndose en el universo infinito de sensaciones que se apoderó de los dos cuando entraron en comunión.

Abby estaba segura de que el mundo se había detenido en ese momento, y se

aferró a su cuerpo rodeándolo con las piernas y presionándolo hasta recibirlo por completo. La primera oleada de placer fue instantánea. La cavidad femenina lo recibió, cálida y húmeda, y sintió que estaba en el paraíso. Comenzó a moverse de forma cada vez más intensa, siendo consciente de cada centímetro. Y cuando su cuerpo estalló, convulsionó derramándose por completo en el interior de la mujer que lo enloquecía, lo extasiaba y, por qué no reconocerlo al fin, se había apoderado de su corazón. Fuese cosa del destino o no, ella era suya, y lo sería para siempre. Pues así lo sentía.

## CAPÍTULO 23

Las piernas de Abby comenzaron a rebotar contra el suelo, con tanta intensidad que el banco de asientos al completo comenzó a vibrar también. De repente la mano de Ryan se posó sobre las suyas, entrelazadas sobre sus rodillas.

—Tranquila, todo va a ir bien —le dijo. Tomó sus manos y se las llevó a los labios para besarlas.

Abby le sonrió, pero en lo único que fue capaz de pensar fue en que su hermana estaba dentro del paritorio, y la estaban tratando de urgencia por habersele adelantado el parto. Peter estaba con ella, pero no saber lo que pasaba dentro la estaba volviendo loca.

Aquella mañana, cuando despertó junto a Ryan en la cabaña, lo último que pensó fue que tendría que salir corriendo de allí precipitadamente tras recibir la llamada de su hermana para informarle de que iba camino del hospital. Su voz había sonado más aguda por el dolor que sufría, y a ella no podía ocultarle que también estaba asustada. No era de extrañar, las niñas se habían adelantado cuatro semanas y los riesgos eran muchos.

Sintiendo que sus piernas volvían a rebotar contra el suelo, se levantó como un resorte y empezó a caminar por el pasillo, arriba y abajo. Ryan, intuyendo que necesitaba algo de espacio, no fue tras ella. Pero podía sentir su mirada siguiéndola por el pasillo. Veintitrés, veinticuatro, veinticinco recorridos de pasillo más tarde, las puertas que comunicaban el corredor con la zona de

paritorios se abrieron y su cuñado salió por ellas, más blanco que el papel.

—¡Peter! ¿Cómo está mi hermana? —le preguntó yendo hacia él.

—Bien, está bien. Jamás he conocido a una mujer como ella. Es tan fuerte...

—dijo con admiración.

Abby sonrió abiertamente.

—Sí que lo es. ¿Y las niñas? ¿Cómo están las niñas?

—Son... preciosas. ¡Dios mío! Me van a dar más de un quebradero de cabeza. —Peter se pasó la mano por el rostro y después sacudió la cabeza—. Son como dos pequeños ángeles. Diminutas y tan frágiles... —dijo con la emoción a flor de piel. Era abrumador ver a un hombretón como Peter, un rudo policía de Alabama, en ese estado, y sin pensarlo fue y lo abrazó.

—Enhorabuena, cuñado. Esas pequeñas no podían haber dado con un padre mejor.

Él simplemente asintió limpiándose las crecientes lágrimas que amenazaban con salir en tropel de sus ojos.

—¿Cuándo podré verlas?

—Ahora están los médicos con ellas. Laila lo ha pasado mal. Ha sido un parto difícil. Y los médicos están revisando a las niñas. Van a pasar veinticuatro horas en neonatos, para ser observadas y asegurarse de que comen bien. Puede que tarden un poco más en aprender el reflejo de succión. Son tan pequeñas...

—repitió.

—Pero están bien, ¿verdad?

—Sí, están bien.

—Eso es lo que cuenta —dijo ella.

A pesar de las palabras de su cuñado, no fue hasta cuarenta minutos después, cuando le dieron permiso para ver a su hermana, que consiguió relajarse. Al entrar en la habitación, esta ya estaba abarrotada con globos, peluches y flores que había recibido la pareja como felicitación por su reciente paternidad, de vecinos y amigos.

—¡Hermanitaaa! ¿Las has visto? —le preguntó Laila nada más verla entrar. Por la sonrisa embobada y la mirada somnolienta, supo que a su hermana, que no tomaba ningún tipo de analgésico, jamás, estaba afectada por los calmantes.

—¡Oh, vaya! ¡Menudo pedo llevas! —le dijo riendo.

—¡Nooooo, qué va! —repuso su hermana con el mismo gesto.

—¡Ooooooh sí! ¡Menuda madre estás hecha! Drogándote el mismo día que nacen tus hijas.

Laila frunció el ceño, pero aun así su gesto resultó de lo más gracioso.

—Está bien, ya veo que estás fantástica. Voy a ver a mis sobrinas —le dijo tras darle un sonoro beso en la mejilla.

Salió de allí riendo y feliz. Tenía que haberla grabado con el móvil, así podría reírse de ella en ocasiones futuras. Sin demora fue hasta la sala de bebés. Se preguntaba cómo serían sus caritas, si se parecerían a Nicholas, a su hermana o a su cuñado. Si eran tan frágiles como le había dicho Peter, igual le daba miedo hasta cogerlas. Pero cuando por fin llegó al cristal y la enfermera le indicó cuáles

eran sus cunitas, todo lo que había estado atiborrando su mente desapareció y tan solo un sentimiento enorme, que abarcó al completo su pecho, se abrió paso sin dejar un resquicio libre. Efectivamente, eran pequeñas, indefensas y preciosas. Tal y como las había descrito su cuñado; dos diminutos angelitos. Y lo más importante, ya las quería, las quería tanto que iba a ser imposible que pudiese volver a marcharse de Destiny.

—Son preciosas. —La voz de Ryan la sorprendió a su espalda.

Tras el susto inicial ella sonrió.

—Sí que lo son. Lo más bonito que he visto jamás.

—Recuerdo el día que nació Olivia. No era el primer bebé que ayudaba a traer al mundo, pero jamás me había sentido como lo hice cuando la tuve entre mis brazos. Es algo que no se puede explicar con palabras —dijo sin apartar la vista del cristal, observando a las pequeñas.

Abby, sin embargo, al que no pudo de dejar de observar fue a él. Ya sabía que era un buen padre, pero no dejaba de sorprenderle cómo hablaba de su hija. Por una fracción de segundo, como si fuera un espejismo, imaginó lo que sería verlo acunar en sus brazos a un bebé de los dos. La imagen la impactó tanto que dio con paso atrás sacudiendo la cabeza. «¿Qué demonios le había pasado?». Hasta el momento nunca se había visto como madre. Era muy joven y tenía muchas cosas por vivir antes de tomar una decisión como aquella.

Cuando él se giró hacia ella para rodearla con su brazo y besarla, de los nervios, dejó caer su bolso al suelo y su contenido quedó desparramado sobre la

superficie blanca y pulida.

Ryan se apresuró a ayudarla, agachándose frente a ella. Abby empezó a recoger sus cosas. Siempre se decía que llevaba demasiados trastos en el bolso, pero nunca terminaba por hacer limpieza. Estaba metiendo rápidamente sus tampones de vuelta en el interior cuando vio con estupor que él tomaba su libreta de apuntes. Esta había quedado abierta y en ella se podían leer las anotaciones que hacía cada semana sobre las vidas de sus vecinos y las predicciones. Intentó arrebatársela de las manos, pero él ya había leído lo suficiente para despertar su curiosidad, y la apartó de su alcance.

—Ryan...

—¿Qué... es... esto? —preguntó él petrificado. Y Abby tragó saliva.

—No es nada.

—¿Nada? Aquí hay anotaciones de... personas. Vecinos... Cosas personales de sus vidas.

Abby apretó los labios cuando él llegó a la parte en la que asignaba las anotaciones a los horóscopos y cerró los ojos con fuerza.

—¿Seducir al objeto de deseo, problemas médicos, infidelidades? —Ryan parpadeó al relacionar los consejos con las cosas extrañas que habían estado sucediendo las últimas semanas—. ¿En esto estabas trabajando?

—Yo no quería hacer daño a nadie. Solo escribo una columna...

—¿Has abusado de la confianza de la gente! Utilizas sus experiencias para escribir esa basura. ¡Estás manipulándolos! —bramó lanzando el cuaderno al



suelo, nuevamente, como si le quemara en las manos.

—¿Qué está pasando? —les preguntó una enfermera de neonatos saliendo al pasillo—. Aquí no se puede armar escándalo. ¡Piensen en los bebés!

Ryan dio un paso atrás, dejó de mirarla y levantó la mano, como si alzase un muro entre los dos.

—Disculpe, tiene toda la razón —dijo a la enfermera e, ignorándola por completo, se marchó sin mirar atrás.

Al ver que se marchaba, la enfermera hizo lo propio y volvió al interior de la sala, dejándola allí sola.

La forma que tuvo él de mirarla antes de la interrupción de la enfermera le partió el corazón. Era la primera en avergonzarse de su trabajo, pero que él la viese como una especie de monstruo manipulador, fue más de lo que pudo soportar.

Abby se dejó caer de rodillas en el suelo. Empezó a recoger el contenido de su bolso, con un nudo en la garganta. Cuando llegó al cuaderno, rompió a llorar.

## CAPÍTULO 24

Marvin Gates cerró la ventana de su despacho y se apoyó en la pared. Llevaba treinta años trabajando en el periódico y jamás había visto un piquete de personas en la puerta del edificio protestando por algo. Era curioso que muchos de aquellos que ahora levantaban pancartas y parecían iracundos manifestantes, fuesen los que semanas antes les habían enviado cartas para agradecer o felicitar al nuevo responsable de la columna del horóscopo.

Cuando él recibió la primera semana las predicciones, se preguntó si el cambio, más fresco, desenfadado e irónico de los escritos de Abby sería bien recibido por los lectores. Pero al empezar a recibir felicitaciones de los mismos, pocos días después, se dio cuenta de que había sido el mejor fichaje de todos. El anterior responsable de la columna jamás había movido a las masas ni a favor ni en contra. Sus predicciones eran seguidas por todos por costumbre, sin levantar pasiones. Pero la llegada de la señorita Sutton había cambiado todo. Ahora sus conciudadanos no solo leían la columna, también la comentaban con amigos, la analizaban en corrillos y compartían la forma de expresarse de su creadora.

Contratarla para llevar esa sección había sido una apuesta arriesgada, pero en números de lectores y suscriptores en el periódico, muy provechosa. Siempre había pensado que eso era lo único que contaba, hasta ese día en que la muchedumbre había decidido increparlo desde la calle y forzarlo a revelar el nombre del periodista en cuestión.

No podía hacerlo.

Había prometido a Sutton que su identidad quedaría en secreto y debía defender a su empleada por encima de todo. Pero dudaba mucho que los allí congregados, gritando y recitando llamamientos, fuesen a irse sin ver satisfechas sus demandas.

En ese momento, sin embargo, dejó de oír el gentío del exterior. Y sorprendido volvió a asomarse a la ventana. Cuál fue su sorpresa al percatarse de que, efectivamente, estaban disolviendo la manifestación.

Fue hasta la puerta de su despacho y sacó la cabeza para gritar:

—¡Que alguien me diga qué demonios ha pasado ahí fuera!

Corriendo por el pasillo oyó el repiqueteo de los tacones de Doris, la correctora del periódico.

—Señor Gates, se han ido —dijo sin resuello la pobre mujer.

—Eso ya lo he visto, tengo ojos. ¿Pero por qué? ¿Por qué demonios se han ido, si no han conseguido nada?

—Han convocado una asamblea extraordinaria para debatir el asunto, en las dependencias del ayuntamiento. En dos horas.

—¿Acaso nos hemos vuelto locos?

—Sí, señor, eso parece —dijo la mujer elevando la montura de sus gafas, deslizándolas por la nariz.

—Esto tiene que acabar —terminó por gruñir él y, regresando a su despacho, lo cerró con fuerza, dando un gran portazo que dejó a Doris perpleja.

Dos horas más tarde, cuando Gates entró en la sala de reuniones y votaciones del ayuntamiento, sintió las miradas de sus vecinos clavadas en él. Le había dicho a Sutton que no saliese de su casa. Él iba a solucionar ese asunto rápidamente echando mano de un par de leyes sobre libertad de expresión, el cuarto poder periodístico y el derecho a utilizar un seudónimo de aquellos que se deben a él, en ocasiones, para ocultar su identidad. Pero cuando escuchó la voz de la alcaldesa Baker llamando a la cordura y esta solo recibió abucheos, supo que aquello no iba a terminar bien, y que tendría que hacer algo más drástico.

—¡Queremos saber el nombre de la persona que escribe la columna del horóscopo! ¡Tenemos derecho a saber si han estado manipulándonos! —se oyó la voz de una mujer entre el gentío.

El murmullo incesante de los presentes se encolerizó, apoyando la petición de la voz.

—Por favor, señoras y señores, debemos mantener la calma. Todo esto es ridículo —apuntó la alcaldesa intentando apaciguarlos.

—No lo es. En el periódico se dijo que no debíamos fiarnos de nuestra pareja y que podían traicionarnos con alguien muy cercano —gritaron los Hayes, levantándose—. Y este me partió el labio y la mejilla —señaló uno de ellos—. Y este a mí dos costillas —apuntó el otro.

—¿Pero se están oyendo? —intervino Marvin volviendo a pensar que aquello era absurdo.

—¿Absurdo? Desde que la señorita Andrómeda se hizo cargo de la sección acertaba en todo. ¿Por qué no iba a hacerlo en esto?

El murmullo popular empezó a hacer referencia a las predicciones acertadas que había hecho Sutton. A la que habían empezado a ver como a una especie de Gurú.

—¡Queremos el nombre de la persona que escribe la sección! —gritó otro de los vecinos. Y esta vez las protestas se ampliaron—. Y yo, como uno de los patrocinadores de la columna tengo derecho a saber a quién he estado pagando el sueldo.

Marvin resopló pasándose una mano por la frente.

—No te preocupes, tío. Esto lo soluciono yo rápidamente —le dijo Avery, su sobrino, pasando por su lado y colocándose delante de la mesa y las sillas de la alcaldesa para llamar la atención de los vecinos. Marvin se preguntó qué demonios iba a hacer ese chico para solucionar aquella locura.

—Señoras, señores, entiendo su enfado. Y como miembro del periódico, les hablo para intentar solucionar este tema de una vez por todas. Sé que muchos se sienten agraviados y creo que deberían saber que la persona que ha escrito esas columnas, efectivamente, es una de nosotros...

—¡Avery! ¿Qué demonios estás haciendo? —preguntó Gates encolerizado.

—Lo que hay que hacer, tío. El periódico no se puede hacer responsable del mal trabajo de sus periodistas —dijo el hombre y volvió a dirigirse al público que lo esperaba con expectación—. Se trata de Abby Sutton. Ella es la culpable

y hacia la que deberían dirigir toda su ira.

Marvin se levantó de la silla con la intención de asesinar a su sobrino, pero en lugar de ello, cuando llegó a su altura lo empujó para echarlo a un lado. Y ocupó su puesto frente a los congregados.

—¡De ninguna de las maneras!

—¿Por qué la defiendes, Gates? Ha arruinado la vida de muchos de nosotros. ¿No tenemos derecho a que pague por ello?

Ryan miró a un lado y a otro, a la masa enfebrecida y después a su madre que, como él, no entendía nada. Hacía dos días que había empezado a correr el rumor de que uno de los vecinos escribía la columna del horóscopo. Los mismos que llevaba él sin ver a Abby. Estaba tan enfadado como ellos, pero de ninguna de las maneras pensaba que tuviese que sufrir una caza de brujas y ser acusada publicamente de esa manera. En aquel pueblo se llevaban las cosas al extremo y ese era un claro ejemplo de ello.

Se preguntó quién habría podido contar la verdad y hacer correr el rumor, y ahora, tras escuchar a Avery, sus sospechas iban desde él hasta la enfermera que les había oído discutir el día del parto de Laila, en el hospital.

—¡Escuchadme! ¡Esto es una locura! —gritó Gates tomando la palabra nuevamente.

El murmullo apenas descendió llevado por la conmoción de saber el nombre de la persona que había escrito su amado horóscopo. Las elucubraciones sobre

los motivos por los que había hecho cada predicción empezaron a correr como la espuma entre los asistentes.

Ryan no lo soportó más y se levantó de la silla.

—¡Silencio! Se supone que hemos venido aquí para debatir este tema y están siendo ustedes del todo irracionales.

—Perdone, doctor, pero usted no puede hablar en este tema. No es imparcial, la acusada es su novia... —apuntó uno de los vecinos.

Ryan tomó aire intentando armarse de paciencia.

—¿Y quiere decir eso que esté de acuerdo con todo lo que ha hecho la señorita Sutton? Por supuesto que no. Pero me gustaría aclarar algunas cosas, antes de marcharme. Porque la verdad es que todo esto me parece absurdo.

—Desde aquí no se oye bien— gritó otro de los vecinos y Ryan con resignación salió de su fila de asientos para colocarse junto Marvin Gates.

—Está bien, espero que ahora me oiga todo el mundo —dijo mirando a los presentes, que le prestaron toda su atención. Al ver sus rostros pétreos tomó aire antes de proseguir—. En primer lugar, me gustaría señalar que fueron ustedes los que dieron crédito a las palabras de Abby, cada semana. Nadie les obligó a leer su columna, y mucho menos a sentir y llevar sus palabras al extremo de concederles el valor de la pauta por la que debían guiar sus vidas. Eso no solo es de necios, sino de cobardes. Es más fácil echar la culpa al destino o a una tercera persona de las cosas que nos van mal, que a nuestros actos o nuestro mal juicio. Mientras las predicciones les eran favorables, todo el mundo estaba contento.

Conozco casos entre vosotros de reconciliaciones, matrimonios salvados, peticiones de matrimonios por fin echas tras años de espera —dijo mirando a los hermanos Heyes y a sus novias las mellizas Stevens—. Recuerdo también que algunos de vosotros habéis ido a mi consulta a haceros una revisión por primera vez en muchos años, y eso ha evitado casos más graves de salud, y que, si todos esos consejos os venían tan bien, y los dabais tanto por válidos, no era porque estaban escritos para vosotros. ¿Y con qué interés? Con el de ayudar. Porque estoy seguro de que cuando Abby se dio cuenta de que podía escribir sobre vuestros problemas particulares, no la movió a hacerlo más que su interés por ayudar a sus vecinos.

Ante aquella declaración, el murmullo que había ido descendiendo paulatinamente con su discurso se detuvo por completo. Y ya todos los rostros lo miraban expectantes.

—Piénsenlo bien antes de seguir queriendo crucificar a una de sus conciudadanas por esta estupidez. Ustedes son los que le han dado más valor al consejo de un horóscopo sobre la conveniencia de cuidar su salud, que a su propio médico. Los que han decidido actuar con sus parejas por verlo escrito en una publicación. ¿Quiénes son los responsables de las cosas que han pasado en sus vidas, ¿ella o cada uno de ustedes?

Se hizo el silencio en la sala y los vecinos empezaron a bajar sus rostros, muchos de ellos avergonzados tras la reflexión.

—No tengo nada más que decir —anunció.



Estaba a punto de marcharse cuando oyó la voz de Gates a su lado y se detuvo.

—Pues yo sí tengo que hacerlo. ¡Yo soy Orión! —confesó el señor Gates abriendo los brazos.

La estupefacción en los rostros de los vecinos, fue enorme, y más cuando continuó—. Durante los últimos treinta años, he llevado este periódico. Con orgullo muchas veces, con dolor otras, y con impotencia unas cuantas más. Sobre todo, al darme cuenta de que de entre todas las secciones que proporcionamos a nuestros vecinos cubriendo la actualidad informativa, los ciudadanos y lectores le daban más importancia al horóscopo. Puse la sección en manos de la señorita Sutton porque ya no aguantaba más, y siento que las cosas hayan tenido que llegar a este punto para que quede todo aclarado. Y les digo más, al menos ella intentó hacer algo útil y ayudarles, cosa que admiro. Las predicciones que han estado leyendo en los años que llevaba yo la sección eran auténticas patrañas sin sentido, inventadas y sacadas de Internet, con el simple propósito de rellenar espacio. Reflexionen, señores y señoras. Reflexionen.

Ryan sonrió ante la acalorada declaración de Marvin Gates. Y más ante las miradas estupefactas de los presentes que no podían dar crédito a sus palabras. Él, personalmente, no tenía nada más que hacer allí, y se marchó acompañado de su madre.

—Abby, ¿lo has oído? —preguntó Shioban al teléfono. Había llamado a Abby al comienzo de la asamblea para que pudiese escuchar ella misma lo que

se estaba cociendo y después de las sorprendentes revelaciones que se habían hecho, se preguntaba qué pensaría su amiga.

—Sí, todo. Estoy sin palabras.

## CAPÍTULO 25

Lenora vio bajar a su hijo las escaleras y colocó el periódico sobre la encimera, junto a su café de la mañana, abierto por la sección que quería que leyese. Pero cuando este llegó a su lado no se molestó ni en tomar el café. Tan solo cogió una galleta de limón de la fuente y fue a darle un beso en la frente antes de intentar marcharse a toda prisa.

—¿Es que no piensas desayunar en condiciones?

—Llego tarde, tengo mucha prisa.

—Estoy segura de que tus pacientes pueden esperar diez minutos a que su doctor se alimente adecuadamente.

—Tomaré algo en la clínica.

—Nunca lo haces...

—Madre, no soy un niño.

—No, eres un adulto tonto.

Aquel contundente comentario, hizo que se detuviese a mirarla elevando una ceja.

—¿Qué pasa ahora?

—¿Has hablado ya con Abby?

La pregunta, sin rodeos, hizo que se le hiciese pesado hasta respirar. Una cosa era defender a Abby frente a los vecinos, pues no iba a dejar que la lincharan públicamente. Y otra muy distinta que estuviese de acuerdo con lo que

había hecho. Estaba convencido, tal y como había dicho, de que ella no había tenido malas intenciones a la hora de usar la información de sus vecinos para escribir su sección, pero la verdad, lo que le dolía más era que no hubiese sido sincera con él y no le hubiese contado la verdad antes de que tuviese que descubrirla de cualquier manera. Y eso era algo que no dejaba de dar vueltas en su cabeza.

—No he hablado con ella.

—¿Y no vas a leer la sección del horóscopo de esta mañana?

Ryan resopló.

—Nunca lo he hecho, ¿por qué debería empezar a hacerlo ahora? De hecho, no entiendo siquiera por qué sigue publicándose después de todo lo que ha pasado.

—Yo solo te digo que esta deberías leerla. No solo te va a gustar. Es que nunca antes como ahora tu futuro ha dependido tanto de hacerlo.

Ryan frunció el ceño y tomó la publicación con desgana. No sabía si finalmente leería la columna, pero al menos dejaría de oír a su madre si se la llevaba.

—Luego le echo un vistazo —dijo sin más, antes de marcharse.

Lenora asintió, y sonriendo dio un nuevo sorbo a su café. Solo esperaba que su hijo fuese lo suficientemente inteligente para no dejar escapar su destino.

Ryan se subió a su coche y dejó su maletín y el periódico en el asiento del

copiloto. Se pasó la mano por el pelo y echó la cabeza hacia atrás dejando salir el aire lentamente. Llevaba unos días decaído, taciturno y sin muchas ganas de enfrentarse a las consultas en la clínica. Al menos Christine había regresado y solo tenía que atender a sus propios pacientes. Tomó aire una vez más y giró la llave del contacto, al tiempo que también lo hacía su cabeza, en dirección al periódico. Se detuvo inmediatamente y apagó el motor. Tomó la publicación y comprobó que, efectivamente, la sección del horóscopo de esa semana estaba firmada por Abby, con nombre y apellido. Parpadeó varias veces tras leer su nombre impreso. ¿Ella pensaba seguir con aquella charada? Sacudió la cabeza, no podía ser. Pasó la vista por la columna y se dio cuenta entonces de que no era una columna en sí, sino una especie de carta. Y antes de que pudiese tomar la decisión de si leerla o no, comenzó a hacerlo.

Durante los minutos que dedicó a imbuirse de cada una de las palabras impresas, Ryan se fue deteniendo en algunas importantes como sinceridad, perdón, responsabilidad, respeto y el amor que Abby profesaba a sus vecinos y amigos. Era una carta cargada de sentimientos en la que se disculpaba y asumía toda la culpa por sus actos. Cuando llegó a la parte en la que reconocía que ella misma había sido la que hizo correr el rumor de que Andrómeda era alguien del pueblo, se quedó petrificado. Pero sobre todo le dejó impactado la despedida. Abby confesaba y anunciaba su marcha del pueblo. No queriendo imponer su presencia a todos aquellos a los que había hecho daño.

En ese momento se quedó sin aliento. Ella se marchaba. Quería marcharse

sin mirar atrás. Recordó cómo se había sentido al buscarla por todo Destiny tras su primer encuentro. La sensación de haber perdido la cabeza buscando un espejismo. Y aquello había sido antes de conocerla realmente, de quedar hechizado por su energía, por su dulzura, su picardía, su forma de hablar, de moverse, de besarla... Antes de amarla.

El dolor agudo que sintió en el pecho tras reconocerlo fue tan intenso que se tuvo que aferrar al volante del coche con fuerza.

No podía consentirlo. No dejaría que lo hiciera. No sin escuchar antes lo que tenía que decirle. Y sin esperar un minuto más, arrancó finalmente el motor y condujo hasta su casa.

Cuando llegó hasta la puerta de Abby quince minutos más tarde, le sorprendió ver a Laila saliendo por ella. Tenía los ojos enrojecidos y el gesto descompuesto.

—Si vienes a ver a Abby, llegas tarde —le dijo.

Ryan se quedó petrificado en el sitio.

—¿Se ha marchado ya? ¿Cuándo? —preguntó consternado.

—Hace una hora. Peter la llevó a la estación. Su autobús debe haber salido ya. No creo que volvamos a verla por aquí, al menos por mucho tiempo.

La voz de Laila estaba cargada de dolor y amargura.

—No si puedo impedirlo, Laila. No si puedo impedirlo —dijo antes de ir a su coche y arrancar para salir a toda velocidad de allí.

## CAPÍTULO 26

Abby subió al autobús con la extraña sensación de haber pasado mucho más que unas pocas semanas, desde su llegada, en Destiny. La primera vez que se marchó intentaba huir de su dolor, y en esta ocasión lo hacía del daño que había hecho a los demás. Recordaba perfectamente la forma de mirarla de Ryan, al igual que las voces enfurecidas a través del teléfono cuando la llamó Shioban. Había herido a mucha gente, personas a las que quería. Y no podía soportarlo. Laila se había entristecido con su marcha, pero ella sabía que, tanto para su hermana como para el resto de su familia, sería mucho más sencillo sobrellevar su marcha que las habladurías de la gente en un pueblo como aquel, en el que hablar era gratis, y los chismes corrían como la pólvora.

Caminó por el pasillo de asientos, buscando uno libre que ocupar. Aquel autobús hacía una ruta por las poblaciones cercanas, dado que Destiny era el último punto de recogida antes de llevarlos a Montgomery, casi todos los asientos estaban ya ocupados. Le costó encontrar uno libre. Dejó su mochila en el suelo y entonces, al levantar el rostro, se encontró con Esther, la mujer que conoció el día de su llegada. En cuando ella la vio, la reconoció igualmente y la recibió con una enorme sonrisa mellada.

—¡Pero bueno, muchacha! ¿Ya te marchas? —le preguntó invitándola a sentarse a su lado.

Abby se alegraba de ver a la pintoresca mujer, pero conocía su verborrea y lo

último que ansiaba era un viaje en el que tuviese que explicar todo lo que le había pasado.

—Hola, Esther. Usted también se marcha...

—Yo hago este viaje todos los meses. Voy a ver a mi hermana y vuelvo. Pero siéntese. Quiero que me cuente cómo le ha ido buscando su destino.

—Uy..., me temo que no sería una buena compañía. Estoy cansada, seguro que me paso todo el viaje durmiendo. —Se agachó a coger la mochila, con la intención de buscar otro asiento, pero Esther no la iba a dejar marchar tan fácilmente.

—¡Pamplinas! Siéntese aquí. No hay más que hablar.

La mirada penetrante de la anciana no dejaba lugar a dudas. Forzó una sonrisa y terminó por aceptar. Dejó su mochila en el compartimento superior del equipaje y se sentó finalmente a su lado.

—¿Hoy no lleva compañía? —le preguntó, pensando que si Esther comenzaba a hablarle de sus animales, sin duda olvidaría preguntarle a ella por su estancia en el pueblo.

—No, Filipa pereció como carne de guiso la semana pasada. Hay que reconocer que, aunque fea, tenía unas carnes exquisitas.

Abby la miró sorprendida.

—¿Le puso nombre antes de matarla y comérsela? —preguntó perpleja.

—Por supuesto. Todos los seres deben tener uno al marchar al otro barrio —aseguró la mujer mirándola como si no entendiese que ella lo pusiese en duda.



—Y bueno..., ¿cómo está su Josh? —Abby formuló la pregunta sabiendo que no había tema favorito para la mujer que el de su caballo. Si empezaba a contarle anécdotas, tendrían para todo el viaje.

—Bien, está bien. Pero cuénteme usted, ¿cómo le ha ido por Destiny? ¿Encontró todo lo que buscaba?

Abby bajó la mirada. Y tomó el filo del cinturón de tela que ajustaba su vestido color lavanda para jugar con él entre los dedos.

—Encontré mucho más —respondió escuetamente.

La mujer la observó durante unos segundos.

—¿Sabe? Los caminos empiezan con una decisión. Si esta no nos hace feliz, el camino no es el adecuado.

—A veces no queda más remedio.

Esther estuvo a punto de contestarle con alguna de sus perlas de sabiduría, pero el conductor les informó de que volvían a ponerse en marcha y les recordaba que ya no pararían hasta llegar al final del viaje.

—Ya no hay vuelta atrás —dijo ella.

Y, para su sorpresa, Esther no hizo ningún comentario. Algo que agradeció enormemente ya que no creía poder responderle. El corazón comenzó a latirle desbocado y el nudo de su garganta amenazó con asfixiarla por las ganas de llorar. Cerró los ojos mientras el autobús comenzaba a rodar y a mecerla con su traqueteo. De repente sintió la mano de Esther sobre la suya, y cuando la miró esta solo asintió, como si fuese capaz de leer el tormento de su alma.

Permanecieron así durante largos minutos en los que en su mente solo pudo reproducir una y otra vez escenas de su estancia en casa. Con su hermana, con Nicholas, con Olivia, en la peluquería con sus vecinas, en el periódico, y con Ryan. El hombre que lo había cambiado todo. Con él se había enamorado por primera vez en su vida. No había forma de negarlo. Jamás pensó que podría sentirse así con otro ser humano. Que lograría que se sintiese frágil, vulnerable, y a la vez fuerte, valiente e invencible. Pero ella había roto lo que había entre los dos. No tenía sentido darle más vueltas. Ahora solo le quedaba aprender a vivir con su ausencia.

Se limpió de la mejilla la única lagrima que consiguió escapar de su control. Y sacudió la cabeza buscando algo de entereza que la ayudase a soportar cada kilómetro que la alejaba de cuanto tenía en la vida, de todo lo que quería.

De repente el potente sonido del claxon del autobús sorprendió a todos los pasajeros.

—¡Ese hombre está loco! ¿Pero qué pretende? —dijo el conductor del autobús mirando por el retrovisor.

Los viajeros empezaron a mirar por sus ventanillas hacia la carretera.

—Parece que quiere que pare —dijo uno de los pasajeros.

—¡De eso ni hablar! Tengo un horario que cumplir y nada va a romper la ruta establecida. ¡Cómo que me llamo Russell que eso no pasará en mi turno! —dijo el hombre y apretó el acelerador con determinación.

Abby se preguntó qué estaría pasando. El coche que quería que se detuviesen

no estaba en su lado y ni ella ni Esther podían verlo. Sería alguien que había perdido el autobús. Por un momento pareció que el tipo había desistido pues dejaron de oírse los pitidos de su vehículo. Abby se acomodó en el asiento y por el espejo retrovisor vio la sonrisa satisfecha del conductor, que se había salido con la suya. Hasta que segundos más tarde el incesante pitido volvió, pero esta vez el vehículo salió de la calzada para intentar adelantar al autobús por el arcén.

—¡Loco, está loco! ¿Pero qué hace? —volvió a gritar el conductor—. ¿Es que pretende matarnos?

Abby se asomó inclinándose sobre Esther y se quedó petrificada. El loco que pretendía detener el autobús no era otro que Ryan, su Ryan. El hombre más responsable del mundo, que ahora con la determinación de una manada de búfalos, se asía al volante de su coche para sobrepasar al autobús.

—¡Ryan...! —Su nombre fue lo único que consiguió decir. Y se tapó la boca con la mano.

Esther la miró y tras comprender empezó a reír.

—Me parece, muchacha, que tu destino no va a dejarte escapar. La verdad es que es una estupidez intentar huir de él. —Y tras aquellas frases que la dejaron aún más perpleja, Esther gritó al conductor—. ¡Russell, para el maldito autobús! ¡El chico solo está enamorado! ¡Te estás llevando a su amada! ¿Qué crees que será capaz de hacer si no te detienes? ¿Lo quieres de escolta hasta Montgomery?

—¡Maldita sea! —Bramó el conductor, pero no se detuvo.

Abby, sin embargo, no fue capaz de decir nada, intentando asimilar lo que

estaba pasando.

—¡Russell, para el autobús! ¡Para el autobús! ¡Para el autobús! —El resto de pasajeros, imbuidos por la energía de Esther y su feroz declaración, empezaron a corear la misma cantinela para convencer al conductor.

Entre la espada y la pared, y sabiendo que no conseguiría tener un viaje tranquilo si no obedecía, el hombre, resoplando, terminó por ceder. Y tras poner los intermitentes, se echó a un lado y detuvo el vehículo.

Abby sintió que el corazón se le salía del pecho. Mientras el pasaje al completo rompía en gritos de júbilo por haberlo conseguido. Pasaron del escándalo más absoluto al silencio más sepulcral cuando la puerta del autobús se abrió y Ryan subió por la escalerilla.

—Gracias, señor. Le debo la vida —le dijo al conductor con una de sus encantadoras sonrisas.

—Dese prisa, tengo un horario que cumplir —repuso el hombre, intentando parecer enfadado, aunque ya no se mostraba tan arisco.

Ryan simplemente asintió y empezó a buscarla entre la gente. Abby sopesó por un segundo que él no fuera sino a recriminarle todo lo que le había hecho y se deslizó por el asiento bajando unos centímetros. En cuanto vio su gesto, su compañera de viaje le dio un pellizco en el costado haciéndola saltar.

—¡Esther! —se quejó.

—Vamos, muchacha, que la vida son dos días. ¿Y has visto a ese hombre? Si no te lo quedas tú, me lo quedo yo —aseguró la anciana pasándose una mano por

el cabello para adecentarlo.

Abby sonrió, y entonces sus ojos se cruzaron con los de Ryan. En esa ocasión, como en todas las anteriores, el mundo desapareció para ambos. El ritmo frenético de su corazón cambió drásticamente y su cadencia la envolvió.

—Abby, no puedes marcharte —le dijo él llegando hasta ella. La tomó de las manos y la ayudó a salir de su asiento.

En el momento en el que entraron en contacto, una descarga le recorrió la espalda, dejándola sin aliento.

—Ryan, yo lo siento...

Él la detuvo para que no continuase.

—No, lo siento yo. Tú ya te has disculpado con todo el mundo, y creo que no hay nadie en todo Destiny que no sepa que no pretendías hacer daño, sino ayudar. Tal vez no fue la mejor forma de hacerlo, pero así eres tú. Nunca tomas el camino más sencillo —dijo con una sonrisa—. Yo, sin embargo, no dejé que te explicaras. No te escuché y en tu peor momento no estuve a tu lado. Y lo que es peor, aún no te he dicho lo que siento por ti.

Los ojos de Abby se abrieron de par en par.

—Abigail Jaime Sutton, eres la mujer más alocada, espontánea, divertida, inteligente y sexi que conozco. Y por eso y un millón de cosas más, te amo. Sé que no quieres oír ni hablar del destino, pero creo que te he amado siempre. Como si de alguna forma hubiésemos estado unidos en el tiempo, y nuestros caminos hubiesen estado destinados a encontrarse. No hay otra forma de explicar

que desde el primer momento que te vi, supiese que eras mía, y yo tuyo. Por favor, no te vayas. Déjame amarte y demostrarte que no hay un lugar mejor para tu corazón que junto al mío.

Su declaración había sido tan espectacular que Abby contuvo la respiración y se mordió el labio inferior reteniendo una sonrisa. Miró a un lado y a otro, todos los pasajeros esperaban su respuesta, incluida Esther que no les quitaba ojo.

—¡Que tengo un horario que cumplir! —vociferó Russell perdiendo la paciencia.

—¡Yo también te amo! —dijo ella de repente—. Te amo, te amo, y te amo. Y tal vez sea el destino, o no, pero no quiero volver a separarme de ti tampoco — confesó ella, dejando escapar todo lo que guardaba su corazón.

Ryan no se lo pensó dos veces y abrazándola la besó, apoderándose de su boca a la que tanto había echado de menos. Los vítores del resto de los pasajeros no se hicieron esperar.

El devastador beso, cargado de necesidad, sentimientos liberados y pasión, se rompió al empezar a oír las nuevas protestas del conductor.

—¡Maldita sea! ¿Y ahora qué pasa? —Por el espejo retrovisor, Russell vio cómo se acercaban por la carretera una docena de coches que pitaban sin descanso, levantando tanta polvareda como ruido—. ¡Por todos los diablos! ¿Qué ha hecho usted, señorita, para que venga a buscarla todo el maldito pueblo de Destiny?

La pregunta sorprendió tanto a Ryan como a ella, que frunció el ceño.

—Vamos a averiguar qué quieren nuestros vecinos —dijo Ryan con una sonrisa.

Abby se despidió de Esther con una sonrisa, aunque los nervios atenazaban sus entrañas cuando Ryan cogió su mochila y tomándola de la mano la sacó del autobús.

Para cuando bajaron, de los coches estaban bajando personas del pueblo que no tardaron en rodearles.

—Sutton, no podemos dejar que se marche —dijo Marvin Gates, siendo el primero en tomar la palabra—. Llevo años esperando a encontrar a alguien con el suficiente talento como para dejarlo a cargo de mi querido periódico, y por fin poder jubilarme. Si se va, tendré que dejárselo al zoquete de mi sobrino. ¿Se imagina lo que puede ser eso?

Abby, tan sorprendida como feliz, no tardó en responder.

—No, no llego a imaginarlo. ¿Pero está usted seguro?

—Desde el día de su graduación. Todo el mundo vuelve a casa en algún momento, yo solo estaba esperando que lo hiciera.

—Nosotros tampoco queremos que te vayas —dijeron los hermanos Hayes y sus novias las mellizas Stevens.

—Vosotros... Pero si por mi culpa...

—Gracias a ti nos prometimos tras años de espera. Lo de pelearse por estupideces, fue cosa de ellos —dijo una de las mellizas, con una sonrisa.

Los hermanos sonrieron asintiendo.

—Creo que todas las clientas de la peluquería estamos de acuerdo en que sin tus visitas, risas y comentarios, no sería lo mismo estar allí. Y si no es por ti, yo ya no tendría marido —dijo Priscila, guiñándole un ojo.

—Y si no es por tu recomendación de hacerme una revisión, no habría descubierto que tengo un problema de azúcar. Gracias, Abby —le dijo Eleanor Coldwater.

—Nosotros también queremos darte las gracias. —Abby se encontró envuelta por varios bracitos de los niños que ya no sufrían abusos en el colegio.

Las lágrimas llegaron a sus ojos en ese momento.

Entre las personas allí congregadas por ella se abrió paso su hermana con Nicholas, que no tardó en lanzarse a abrazarla.

—No vuelvas a irte, tía Abby, te necesito —declaró el chico contra su pecho—. Ahora tengo dos hermanas que me van a volver loco si no me echas una mano.

Abby le revolvió el cabello y lo besó en la mejilla con cariño.

La siguiente en ir a su encuentro fue Olivia.

—Yo también te necesito —declaró.

—Olivia...

Abby se agachó cuando ella la instó a hacerlo tirando de su brazo y le susurró algo al oído.

Abby, tras revelarle su secreto, se incorporó rápidamente y echó un vistazo de soslayo a su sobrino. Luego volvió a mirar la cara enrojecida de Olivia.



—¿En serio? ¡Nunca se me habría ocurrido! —dijo haciéndose la sorprendida sobre el interés de Olivia en su mejor amigo.

—Pues sí, necesito consejo. Y además, quiero que mi padre sea feliz. Y no podrá serlo del todo si no formas parte importante de nuestras vidas.

Abby sonrió emocionada.

—Parte muy importante —dijo él. Y antes de que pudiese sospecharlo, Ryan se arrodilló ante ella.

—Abby Sutton, ¿aceptas a este loco, pero encantador pueblo, como tu hogar? ¿Y a mí, en particular, como tu futuro marido? —le preguntó Ryan con una sonrisa expectante.

Abby le acarició el rostro y se perdió en su mirada gris.

—¿No hay anillo? —preguntó conteniendo la risa.

—Lo hay, pero hoy no tenía planeado tener que perseguirte, así que no lo llevo encima. Prometo dártelo, donde tú y yo sabemos... —Le guiñó un ojo y su sonrisa se volvió traviesa. Abby rio.

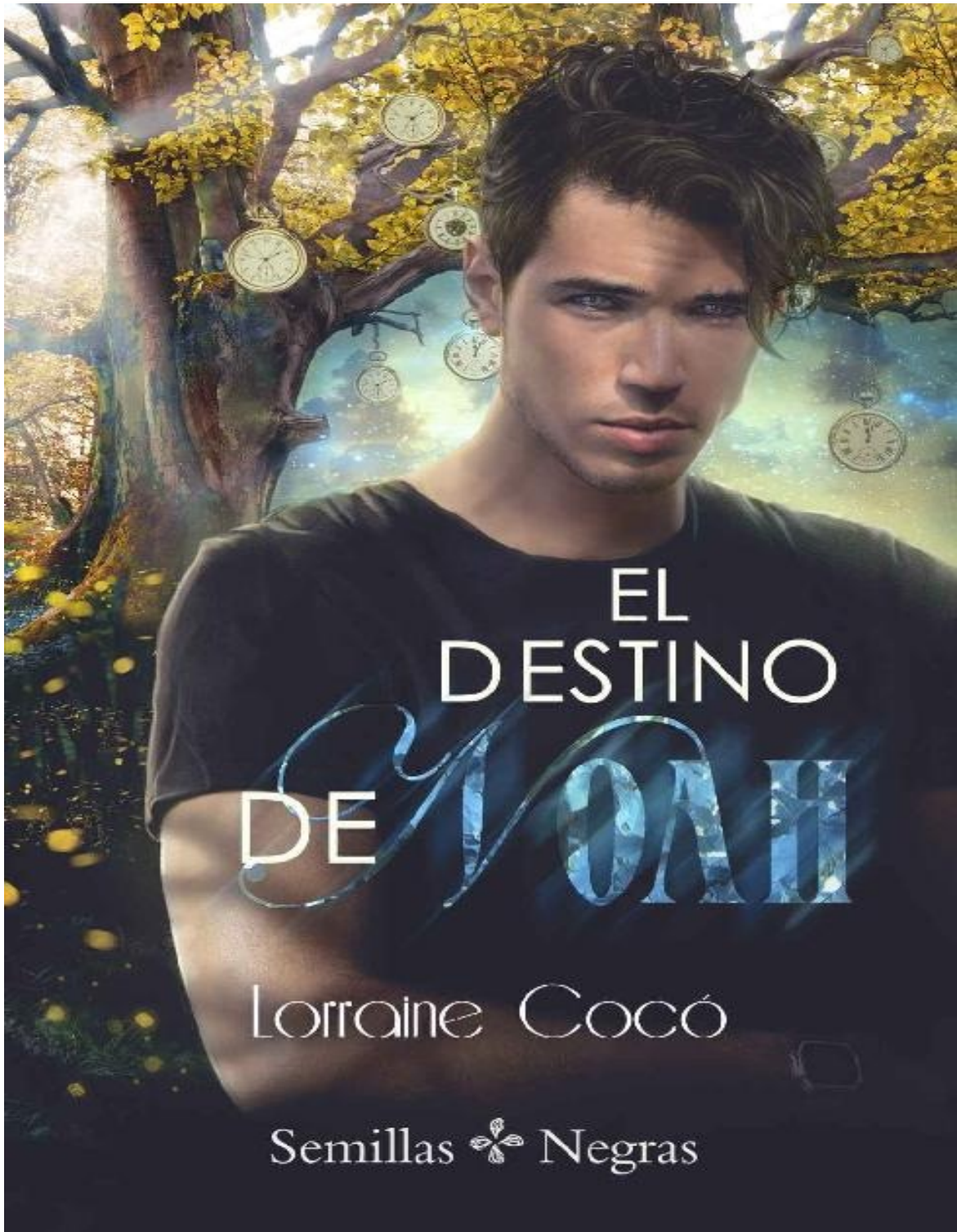
—Sí. Os acepto a todos en general, y a ti, Ryan West, en particular.

Ryan se levantó y tomándola por la cintura la elevó del suelo. Abrazándola con fuerza, la besó en los labios de forma apasionada. Cuando él la depositó en el suelo, el corazón de Abby se detuvo un instante para asumir que acababa de ser alcanzada por su destino.

FIN

PRÓXIMA PUBLICACIÓN

EN NOVIEMBRE/2018



EL  
DESTINO

DE NOAH

Lorraine Cocó

Semillas ✿ Negras

## SOBRE LORRAINE COCÓ

Es autora de ficción romántica desde hace casi veinte años. Nacida en 1976 en Cartagena, Murcia. Ha repartido su vida entre su ciudad natal, Madrid, y un breve periodo en Angola. En la actualidad se dedica a su familia y la escritura a tiempo completo.

Apasionada de la literatura romántica en todos sus subgéneros, abarca con sus novelas varios de ellos; desde la novela contemporánea, a la paranormal, o distópica. Lectora inagotable desde niña, pronto decidió dejar salir a los personajes que habitaban en su fértil imaginación.

En mayo del 2014 consiguió cumplir su sueño de publicar con la editorial Harlequin Harper Collins, su serie *Amor en cadena*, que consta de ocho títulos. Además de ésta, tiene la que denomina su “serie oscura” dedicada a la romántica paranormal y de la que ya se pueden disfrutar, *La Portadora*, *DAKATA*, y *Las hermanas De’Marsi y sus extraordinarias formas de amar*.

En septiembre del 2015 publicó *Se ofrece musa a tiempo parcial*, galardonada en 2016 como mejor comedia romántica, en los Premios Infinito. En 2015 recibió el Premio Púrpura a la mejor autora romántica autopublicada. En 2016 publicó *Besos de mariposa*, continuación de *Se ofrece musa a tiempo parcial*, y los títulos de la Serie Bocaditos: *Hecho con amor* y *Eres la nata de mi chocolate*. En 2017 se adentró en el suspense romántico con su serie que consta de cuatro novelas: *Lo que busco en tu piel*, *Lo que encuentro en tu boca*, *Lo que*

*quiero de ti, Lo que tomo de ti.*

En 2018 hizo su primera incursión en el New Adult con *Los días grises* y su *mirada azul*. Y fue galardonada con el primer puesto en el Premio Literario NORA. Otorgado por compañeros de letras y lectores.

Lorraine sueña con seguir creando historias y viajar por todo el mundo, recogiendo personajes que llevarse en el bolsillo.

## **OTRAS OBRAS DE LA AUTORA**

### **SERIE AMOR EN CADENA:**

Perdición Texana - HQÑ

Ríndete mi amor - HQÑ

Unidos por un ángel - HQÑ

Una boda sin fresas - HQÑ

Mi pequeña tentación - HQÑ

Gotas de chocolate y menta - HQÑ

Con la suerte en los tacones - HQÑ

Dulce como el azúcar - HQÑ

### **OTROS LIBROS:**

Se ofrece musa a tiempo parcial - Romántica's Cocó

Besos de mariposa - Romántica's Cocó

Los días grises y tu mirada azul

Todos los latidos rotos de mi corazón

### **SERIE PARANORMAL:**

DAKATA - Romántica's Cocó

La Portadora - Romántica's Cocó

Las hermanas DeMarsi, y sus extraordinarias formas de amar

### **COLECCIÓN BOCADITOS:**

Hecho con amor - Romántica's Cocó

Eres la nata de mi chocolate - Romántica's Cocó

Sexy Summer Love – Romántica's Cocó

SERIE SUSPENSE ROMÁNTICO:

Lo que busco en tu piel - Romántica's Cocó

Lo que encuentro en tu boca - Romántica's Cocó

Lo que quiero de ti - Romántica's Cocó

Lo que tomo de ti - Romántica's Cocó

NEW ADULT

Los días grises y tu mirada azul - Romántica's Cocó

Todos ellos disponibles en digital y papel.